

SI EL AMOR TE DIERA UNA NUEVA OPORTUNIDAD,  
¿LA DESAPROVECHARÍAS?

# NO HAGO PLANES A *tan* LARGO PLAZO



CRISTINA DURÁN

***NO*** HAGO PLANES A *tan* LARGO PLAZO

**NO HAGO PLANES**  
**A *tan* LARGO PLAZO**

Cristina Durán

Primera edición: mayo 2020

© Cristina Durán - 2020

Registro de la propiedad intelectual M-001785

Diseño de cubierta y maquetación: Estudio Álamo

Imagen de portada: Urban Scenic street Café Watercolor Illustration

<https://stock.adobe.com/es/images/urban-scenic-landscape-street-cafe-watercolor-illustration/215456706>

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro, incluyendo las fotocopias o difusión a través de Internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

# Índice

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

**Yvonne:** ¿dónde estuviste anoche?

**Rick:** ¿anoche? No tengo la menor idea. Hace demasiado tiempo.

**Yvonne:** ¿y qué harás esta noche?

**Rick:** no hago planes a tan largo plazo.

# PRÓLOGO

*Madrid,  
17 de diciembre de 2014*

Una voz femenina conminó a dejar un mensaje después de la señal dado que la persona poseedora del número de teléfono lo tenía apagado o fuera de cobertura. Al sonar el clic, otra voz, en esta ocasión de hombre, comenzó a hablar después de carraspear:

«¿Me oyes, Laura? ¡Claro que me estás oyendo! —La voz hizo una pausa. Tragó. Estaba bebiendo mientras hablaba—. Pues escucha bien lo que te quiero decir para que no lo olvides: te voy a encontrar. Tarde o temprano te encontraré, y lo mismo da el tiempo que tarde en hacerlo, ya sea un año o mil. Quiero que vivas con miedo, que se te quite de la cabeza eso de empezar una nueva vida por estar lejos de mí. ¿Sabes por qué lo voy a hacer? Por una razón. —La persona que hablaba hizo una nueva pausa para dar dos tragos a lo que estuviera bebiendo. Acto seguido, emitió un suspiro grave tras asimilar la nueva inyección de alcohol—. La primera es porque quiero recuperar a mi hija. ¡Es mía también! —estalló el hombre—. Y lo pienso hacer. La niña volverá a estar con quien tiene que estar, que es con su padre —insistió—. La valentía que no tuviste para decírmelo a la cara, en cambio la guardaste para arrancármela. ¡Me la arrancaste! Por eso te buscaré debajo de las piedras, en el fondo del mar, en las cimas de las montañas si es preciso. ¡Quiero a mi hija otra vez a mi lado! —chilló de nuevo fuera de sí.

A continuación, se oyó el silencio.  
Un silencio mortal.

# CAPÍTULO 1

*Ansó, Huesca,  
comienzos de septiembre de 2016*

**A**ntes de que Marcos Esteban pusiera pie en tierra presintió que sería feliz en el lugar al que acababa de llegar. En realidad, lo sabía desde que decidió abandonar su Zaragoza natal para tomar posesión de la plaza de profesor de primaria en Ansó (Huesca); desde el primer segundo que se sintió libre de la sombra de su ex. Un respiro, una bocanada de aire fresco que alivió sus pulmones y apaciguó su alma.

Ansó significaba una nueva vida.

Poner tierra de por medio era lo que buscaba, pero también sentirse persona de nuevo. Dar clases otra vez, por ejemplo, con pasión, que era lo que más le gustaba. El psicólogo le había concedido su beneplácito: podía regresar a su trabajo toda vez que en Zaragoza habían quedado su ex y todo lo que ésta conllevaba.

Marcos bajó del coche, cerró los ojos y respiró casi con ansia durante unos segundos. ¿Era aquello, todo lo que le rodeaba, lo más parecido a la felicidad? ¡Claro que lo era!, se convenció con una sonrisa iluminando su cara; lo más parecido a volver a la vida después de salir de un infierno que casi acaba con la suya.

Escuchó el eco apagado de unos niños jugando, también el de una sierra mecánica y, asimismo, el trino de un pájaro desde un árbol cercano. Se felicitó. A su alrededor Ansó se desperezaba y apenas había más ruido de los que acababa de escuchar, y eso le gustaba; pues todo lo que fuera vivir alejado del ruido, y no sólo físico, le devolvía la vida.

Marcos no deseaba más en ese momento que soltar la maleta y perderse por la calles de la localidad altoaragonesa, comenzar a



explorar sus montes, eternizar charlas con sus gentes.

Tenía unas enormes ganas de empezar a vivir de nuevo.



Dolores Garayoa era regordeta. Tenía un rostro de rasgos muy agradables, con un par de ojos azules que invitaban a navegar por ellos con la paz como compañera. Esperaba a Marcos delante de la puerta de la que sería la casa del profesor a partir de ese momento. Le pareció una chica atractiva, regordeta pero vivaz, y con una sonrisa en la cara que invitaba a abrirse a cualquiera, aunque eso le costaría todavía un tiempo.

Era una manera de actuar que se había impuesto. Sí, estaba deseando gritar a los cuatro vientos sus inmensas ganas de vivir, de conocer gente, de interactuar con ella. Incluso estaba dispuesto a conceder una nueva oportunidad al amor. Marcos deseaba conocer cómo se sentía una persona que estuviera enamorada de otra y que, entre ambos, existiera la misma afinidad, las mismas ganas de amar.

No obstante, quería ir poco a poco para evitar daños innecesarios, y más al llegar a un sitio nuevo donde no conocía a nadie. Sí, el riesgo estaba asumido: había decidido lanzarse a tumba abierta, y eso implicaba asentarse en un lugar nuevo lejos de su entorno natural, pero el consejo del psicólogo también era claro: no abrirse demasiado a los demás hasta conocerlos de verdad y ser reservado en todo momento. Ya tendría tiempo de sacar su verdadera personalidad, esa personalidad jovial, alegre y divertida de la que todo el mundo se enamoraba. Lástima que quien se enamoró de ella, todavía lo llevaba muy adentro, fue la persona que más daño le había hecho en su vida.

—¿Te gusta? —le saludó Dolores regalándole dos besos, tras los que le invitó a compartir su vistazo al paisaje que les rodeaba, la Plaza Domingo Miral de Ansó—. ¿Habías estado alguna vez aquí?

—Unas cuantas. De pequeño solía venir con mis padres a Jaca al menos una semana al año. Luego, ya con los amigos, he venido algunas veces por la zona.

—O sea, que ya conocías Ansó.

—Sí. Por eso, cuando me ofrecieron la posibilidad de dar clase aquí, no me lo pensé dos veces.

—Lo cual te agradezco.

—¿Por qué? —preguntó el profesor con extrañeza.

—No es lugar para una persona joven como tú. ¿Treinta, treinta y pocos? —quiso saber con el ojo izquierdo entrecerrado.

—Treinta y dos recién cumplidos.

—Aquí los inviernos son duros —le advirtió la alcaldesa—. Y muy aburridos —insistió franqueándole el paso una vez abierta la puerta.

Marcos siguió los pasos de Dolores.

—Lo sé —admitió.

—Eso me gusta.

La casa en la que el profesor iba a alojarse, separada del edificio del ayuntamiento por la Calle Mayor, tenía dos plantas y los muros y la fachada cubiertos de piedra; y sobre la puerta había un balcón de madera. El interior era somero: una sala de estar junto al recibidor y, al fondo, una cocina pequeña y funcional pegada a un cuarto de baño. Todo muy nuevo a sus ojos, por lo que Marcos conjeturó que la reforma habría corrido a cargo del consistorio ansotano para preparar la casa de cara a su alojamiento. La alcaldesa le enseñó todas aquellas dependencias con celeridad, pues sabía que Marcos ya tendría tiempo de familiarizarse con cada una. La planta superior tampoco ofrecía demasiados misterios: había un par de habitaciones y un cuarto de baño más amplio que el de la planta inferior.

Dolores abrió la ventana de la que sería la habitación de Marcos a partir de ese momento, por la que penetró la luz que comenzó a arrancar colores a lo que antes eran sombras.

—¿Qué te parece?

—¡Me encanta!

La alcaldesa sonrió satisfecha.

—¿Quieres conocer ahora el colegio, o prefieres dejarlo para más tarde?

—Para más tarde, si no te importa. Me gustaría dar un paseo y estirar las piernas después del viaje.

—Vienes de Zaragoza, ¿verdad?

—Así es.

Dolores no pudo reprimir una carcajada.

—Lo que te digo, un valiente.

Antes de salir le dejó las llaves de la casa encima de la cómoda.

—Por cierto, aprovecha para visitar la tahona de Jimena. Así podrás comprar pan y algo para desayunar. ¡Esta todo recién hecho! La encontrarás en la calle Navarra, la paralela por la que has venido, que es la calle Mayor. La reconocerás por su toldo verde. No tiene pérdida. Te va a encantar, ya lo verás —le dijo ya desde abajo.

Estaba seguro, admitió Marcos en silencio, con la mirada perdida en el cielo y las manos apoyadas en la balaustrada del balcón. Cerró los ojos. Sólo respiraba paz. ¿Cuánto tiempo llevaba sin experimentar esa sensación, aunque fuera de manera efímera? Era paz, y no estaba dispuesto a desperdiciar ni un solo segundo en desaprovechar cada momento de silencio, cada instante que se regalara para disfrutar de todo lo que le rodeaba.

Su estómago rugió. Había tomado un café con leche y una pulguita de tortilla para engañarlo antes de abandonar Zaragoza, así que decidió acercarse hasta la tahona que le había recomendado la alcaldesa. Un bocado a esa hora de la mañana, incluso de pan recién hecho, sin duda redimiría su maltrecho estómago. Por lo tanto, era un buen momento para conocer la tahona de dulces de la que le había hablado Dolores.



Marcos no sabía que, a esa misma hora, cuando se disponía a cerrar la puerta de la que sería su casa en Ansó al menos durante el año para dirigirse a la tahona de Jimena, que ésta no se encontraba allí. Había dejado colgado en la puerta el cartel que avisaba de que volvería en cinco minutos.

Pero Jimena sabía que ese día tardaría mucho más. Siempre le pasaba cuando decidía hacer lo que estaba a punto de hacer.

Se dirigió al río Veral, que corría manso entre dos riberas pobladas de vegetación, de la que se valdría para su propósito. Sólo ella conocía la razón por la que había decidido cerrar la tahona a esa hora de la mañana, y asimismo la razón de refugiarse allí.

Una vez se sintió segura, a salvo de miradas indiscretas gracias a la frondosidad del entorno que la rodeaba, se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el tronco de un árbol. Sacó un teléfono móvil del bolso que llevaba colgado al hombro. Durante unos segundos estuvo pensando si lo encendía o no. Suspiró con fuerza con los ojos cerrados. Sus recuerdos viajaron hasta una noche en El Arenal seis años antes, en Palma de Mallorca.

Iba con sus amigas Cris, Paula, Elena y María. Se conocían desde la infancia, tan distintas que se complementaban a la perfección. Solían salir juntas de fiesta bastantes fines de semana y, al menos, una vez al año, de vacaciones donde el cuerpo les pidiera. Y ese año les pidió la marcha de Mallorca.

Eran cinco amigas con ganas de fiesta echando un vistazo a su alrededor cada vez que entraban a un bar nuevo para escrutar la fauna local. A su vez, sabían que también serían objeto de parecido examen por parte del público masculino de aquellos locales. Eran cinco chicas muy guapas, dos rubias, dos morenas y una pelirroja.

Su mirada se quedó prendada de unos ojos verdes, dos esmeraldas que brillaban en la oscuridad del garito en el que decidieron entrar antes de dar la noche por concluida. Dos esmeraldas que la observaban cada vez con más interés.

—Ese chico ni pestañea —le comentó Cris—. ¡No veas cómo te mira!

Cris y ella se sonrieron.

—¿Que si está bueno? ¡Está como un queso! —le respondió a Cris al oído cuando ésta le indicó que el chico que no dejaba de mirarla se merecía un buen revolcón.

—Eres preciosa... —le dijo el chico, que se había acercado hasta el grupo con timidez después de abandonar a sus amigos. Estos le miraban con asombro. Sabían de su timidez, por lo que no daban crédito a lo que estaban viendo. ¡Germán entrando a una chica!

—Desde luego, Mallorca hace milagros —afirmó entre risas uno de sus amigos. Los demás, tres chicos de parecida edad y estatura, alguno con signos de llevar varias copas encima, le rieron la gracia. Se recrearon en la escena sin reparar en gritos jaleando a su amigo, concedores de su timidez.

—¿Cómo... cómo te llamas? —balbuceó.

—Laura —y le plantó dos besos sin pensárselo—. ¿Y tú?

—Germán.

Se miraron en silencio. Just Luis destrozaba a gusto el *American Pie* de Don McLean por los altavoces del bar. Les daba igual: ni la música, ni el local, ni siquiera sus respectivos amigos tenían sentido para ellos cuando se trataba de mirarse con intensidad sabiendo que se gustaban desde su primer contacto visual.

—¿Te apetece...?

—¿Tomar algo, dar una vuelta? ¿El qué? —le sugirió Laura con una sonrisa que era toda una declaración de intenciones.

Laura Vilchez siempre había sido muy lanzada. Sus amigas se lo decían, y ella les respondía que había que aprovechar el momento, que los años se esfumaban como un silbido en el viento. Era lanzada, impetuosa, en ocasiones irreverente, y muy guapa. Una joya de niña, insistían sus amigas; con un rosario de conquistas a su espalda, de muescas —solía bromear— según el lugar visitado. El resultado de confraternizar con los lugareños, que enriquece el alma y aplaca el calor del cuerpo, explicaba su modo de proceder no sin sorna a la pregunta de por qué tantas conquistas. A las que nunca renunciaba fuera el sitio que fuera, porque Laura se lo podía permitir. Su padre era un afamado cirujano cardiovascular y su madre, una abogada con despacho propio. Al ser hija única, disfrutaba de cualquier capricho que pidiera o se le antojara, de ahí que pudiera asegurar que ya conocía buena parte del mundo, y sin tirarse ningún farol.

—Lo que tú quieras. Yo... —Germán se giró buscando a su grupo de amigos, que seguían riéndose.

Laura no se lo pensó. Era su último día en la isla y no estaba dispuesta a marcharse de Mallorca sin tener una aventura con un chico; que, por lo menos, no se le cayera la cara de vergüenza —les había dicho esa misma tarde a las otras cuatro mientras el sol caía sobre el mar, aprovechando sus últimos rayos en Cala Blava— cuando le preguntaran si había ligado o no en Mallorca. Por eso buscó la boca de Germán sin importarle los gritos de sus amigas, ni mucho menos los de alborozo de sus amigos. Un beso intenso. Laura era fuego, puro fuego; un lago de lava hirviendo a punto de

desbordarse por las faldas del volcán amenazando con abrasar todo lo que encontrara a su paso.

Fue el primero en separarse, aunque seguía mirándola atónito, como si no creyera lo que acababa de pasar, con las dos esmeraldas verdes que tenía por ojos. Y sí, había pasado. Germán esbozó una sonrisa. Laura era su primera conquista en tres años, y no era una conquista cualquiera.

—No entiendo cómo no te las llevas de calle —le increpó meses atrás Martín, uno de sus mejores amigos, que había causado baja por trabajo de las vacaciones del grupo en Mallorca planeadas para ese verano. Necesitaba el dinero para pagarse el último año de carrera.

—Guapo, con conversación... Lo tienes todo, tío. ¿A qué esperas para llevarte al huerto a toda la que se te presente?

Replicaba que era por culpa de la timidez, puesto que se ponía nervioso cada vez que una chica le hablaba o se interesaba por él. A diferencia de Laura, su lista de conquistas se reducía a un par de chicas del instituto y a una compañera de facultad. Mientras, por el camino quedó un rosario de oportunidades esfumadas.

Esa chica, se prometió mirándola sin ocultar su sonrisa, no se iba a escapar como las otras. No pensaba hacerlo. Eso sería un pecado, y no estaba dispuesto a convertirla en un nudo más en su cuerda de arrepentimientos. ¡Cuántas y cuántas se le habían escapado por esa maldita timidez suya! Chicas que le hablaban y hablaban sin que los minutos les importaran a sabiendas de que deseaban compartir luego esos mismos minutos, o más, en un lugar más íntimo y sin más compañía que besos y caricias. Y él, dejándolas escapar.

¡Ay, esa timidez!, se lamentaba siempre. ¡La de chicas que dejó escapar por su culpa! Niñas con las que compartía juegos y risas que, a continuación, pasaron a ser sueños por hacer realidad, el deseo de descubrir por sí mismo lo que había escuchado en boca de otros o visto en revistas que corrían manoseadas de uno a otro de sus amigos hasta llegar a sus manos. Aquellos deseos no convertidos en realidad por su timidez le dejaron mucha huella, por ser sus protagonistas chicas de las que se había quedado prendado. Las miraba absorto y luego, en sus sueños, se veía en su

compañía compartiendo todo tipo de momentos. Con algunas, incluso, soñaba situaciones y momentos que darían para escribir una novela de tan grande que era el deseo que sentía por ellas. Pero luego, cuando el corazón le pedía que fuera a por esa chica que tanto le gustaba, se encontraba de bruces con que era incapaz de dar el paso. No, no se atrevía a pesar de que más de una y de dos se quedaban embobadas hablando con él. Y con eso había aprendido a cargar, para su desgracia.

—¿A dar una vuelta, quizás? —le propuso. Esa noche se sentía seguro y poderoso como nunca. ¿Por qué? No lo sabía. O quizás sí, por cerciorarse de que tenía ante sí a la mujer de su vida y no estaba dispuesto a dejar que se le escapara.

Acabaron la noche al pie del mar, en una tumbona de la playa del Arenal que alguien había dejado allí con las mismas intenciones que ellos. Se desnudaron con rapidez y se besaron con fiereza para, poco a poco, dejarse llevar por una calma que anunciaba las ganas que tenían de eternizar aquel instante, con la oscuridad como confidente y aliada. Los minutos que estuvieron juntos, sus primeros minutos, estuvieron regados de pasión; de una pasión encadenada, deseosa de explotar, de estallar en mil pedazos en el caso de Germán, de compartir todo el amor que llevaba dentro, sus enormes ganas de deshacerse en el cuerpo de otra, de ahogarla en caricias y en besos. En el caso de Laura, convencida de que su búsqueda había llegado a su fin, de que no merecía más la pena compartir fingidas alegrías que, después, se convertían en silencios y más tarde en olvidos cuando la compañía en cuestión recogía su ropa y se marchaba por donde había venido. Se habían encontrado. La magia del destino, manejando sus hilos como sólo sabe con el propósito de convertir un momento llamado a ser efímero en la antesala del camino hacia la eternidad.

Cuando el alba espantó las últimas tinieblas de la noche, Germán y Laura recibieron la primera luz del nuevo día abrazados el uno al otro sentados en la arena, nariz con nariz, mirándose a los ojos; jurando volver a verse. Ya sabían que esa noche sería la primera de otras tantas en las que se amarían con tanta o más pasión que la primera. Una sola noche les había bastado para darse cuenta de que estaban hechos el uno para el otro y que sólo necesitaban

tiempo para consolidar su relación a base de conocerse mejor, de pulir defectos para reforzar el nexa que había forjado una tumbona olvidada en la Playa del Arenal.

Hasta que llegó el accidente.

Todo se fue abajo por culpa del accidente. Lo que iba a ser una vida plena de felicidad y de dicha se convirtió en un infierno.

Jimena encendió el teléfono. No tardaron en entrarle varios mensajes de voz y otros tantos de texto. Los primeros los descartó. Le estremecía escuchar la voz de Germán. No la del Germán que conocía, ese Germán dulce, atento, servicial, sino la de un nuevo Germán que había llegado a su vida a consecuencia del accidente. Un Germán violento, desagradable, irascible.

En más de una ocasión en los últimos meses que convivieron bajo el mismo techo se orinó encima mientras la gritaba. Porque cuando Germán gritaba, lo menos que podía hacer era orinarse encima. ¡Se ponía tan violento...! ¿Cómo era posible que el alcohol pudiera convertir a una persona tímida, incluso dulce en la manera de tratarla, en una bestia sin control? El accidente y sus consecuencias habían mutado la personalidad de Germán, y sólo cuando se mantenía alejado de la bebida aún era esa persona tierna, el chico que la enamoró aquella noche en la playa del Arenal de Mallorca. Sin embargo, eran más los días que Germán se echaba en brazos del cordón umbilical que lo mantenía unido a la vida.

No fueron pocas las que intentó, en vano, apartarle de ese camino, convencerlo de que sería su destrucción y también la de su familia. Pero no pudo, o quizás —esa duda aún le quemaba el alma— no tuvo la paciencia suficiente. Demasiados gritos, demasiado miedo. Y antes de que los gritos dieran paso a otra cosa —Laura sabía cómo acababan estas situaciones porque había conocido varios casos en el bufete de abogados para el que trabajaba, y no estaba dispuesta a ser una más en la lista—, decidió marcharse.

Jimena se llevó la mano a la boca la mano con la que sostenía el móvil y se la mordió con tanta fuerza que se hizo daño. Estaba nerviosa, muy nerviosa. Sabía que encender aquel dicho móvil la descomponía por dentro, y sin embargo lo seguía haciendo a



escondidas de Dolores. ¡Si se enterara de que había salido de la tahona para hacer lo que estaba haciendo, la abroncaría sin remilgo! Empezó a llorar.

Germán la seguía buscando. Aquellos mensajes eran la prueba. Tenía claro que no cejaría en el empeño hasta encontrarlas. Pero no se lo iba a poner fácil. España, pensaba, es demasiado grande como para que las encontrara, y a eso se aferraba. Nadie en su familia conocía su paradero. Su madre sólo tenía constancia de que estaban bien por teléfono y siempre desde una cabina pública. Le insistía en que volverían cuando las condiciones se lo permitieran, aunque en el fondo estuviera convencida de que mientras Germán no quisiera poner fin a su problema, aquello sería una quimera.

Jimena se secó las lágrimas con un clínex mientras revisaba el número de mensajes. Hasta cuarenta desde la última vez que encendió el dichoso móvil, lo que ocurrió tres meses atrás.

Pensaba que Germán se habría olvidado de ella, pero no era así. Insistía durante una temporada y después dejaba pasar el tiempo. Dos, tres meses, y después volvía a la carga. Ahora se encontraba en ese pico de actividad, en ese asedio a la tranquilidad y a los sentimientos de Jimena; que de cara a los habitantes de Ansó era Jimena, la dueña de la panadería y pastelería. Nadie allí conocía su verdadero nombre salvo Dolores, la alcaldesa, que era su ángel de la guarda. La única persona que conocía su historia.

Jimena leyó el último mensaje, enviado dos días antes. Un acto irracional, el suyo, porque siempre juraba que no volvería a leer ningún mensaje más de Germán. Entonces, ¿por qué lo hacía?

¿Significaba eso que le echaba de menos? Quizás al Germán que la envolvía con sus brazos de oso, que la reconfortaba con sus abrazos, que le acariciaba las mejillas con la misma ternura que el día que se conocieron, porque todavía la consideraba como una obra de arte, la más bonita que nunca nadie hubiera sido capaz de concebir. ¡Estaba tan enamorada...! Y él también lo estaba de ella, pero todo se venía abajo cuando quien aparecía en su vida el otro Germán. A ese Germán es al que quería alejar de su vida y de la de su hija, pero como ese Germán era el que cada día más veía Jimena había tomado la determinación de huir de él. Cualquier sitio,

mejor cuanto más alejado, sería más placentero que seguir compartiendo techo con la némesis de su Germán.

Pero leyó el mensaje. Nada más hacerlo le asaltó un llanto desmedido acompañado de un temblor en las manos. Sintió que el corazón se le ponía a cien y una opresión en el pecho le dificultaba la respiración.

La culpa la tenían unos caracteres tipográficos impresos en la pantalla de su móvil que habían desatado un cataclismo en su estado de ánimo.

«No podrás esconderte toda la vida. Te encontraré».

Eso había leído Jimena.

## CAPÍTULO 2

Marcos aproximó la cara a la puerta de cristal de la tahona de Jimena tras apartar la cortina de cordones para ratificar la información que había leído en el cartel —vuelvo en cinco minutos, rezaba dicho cartel—, y se lamentó. No había nadie dentro, pero tenía hambre, y la vista de alguno de los productos que se vendían en la tahona a través de la ventana despertó un nuevo rugido en su estómago. Tendría que esperar, no le quedaba otra; lo que no le importaría en absoluto, toda vez que la dueña avisaba de su corta ausencia. Lo que veía a su alrededor le gustaba tanto...

Había tenido ya un primer contacto con Ansó, con su casco urbano, del que le habían llamado la atención las *arteas*, como le explicó un lugareño que se llamaban los estrechos pasillos resultantes entre casa y casa, producto de la típica arquitectura local; una sinfonía de piedra, madera y pizarra que le parecía el lugar más apropiado para empezar una nueva vida.

Era como volver a empezar, pensó deteniéndose en el paisaje que tenía a su lado. Como la película de José Luis Garci, que casi se sabía de memoria de tantas veces que la había visto. Incluso se sentía como su personaje principal, aquel escritor de apellido Albajara, aunque en su caso no regresaba a Ansó para reencontrarse con su pasado —Gijón en el de aquel personaje—, sino que buscaba encontrarse consigo mismo para, entonces sí, volver a empezar de nuevo. Se lo merecía, admitió asintiendo levemente.

—¿No está Jimena? —oyó a su espalda. Al girarse, Marcos se encontró con la cara de extrañeza de Dolores.

—No, me he encontrado la puerta cerrada y con un cartel en el que dice que vuelve en cinco minutos.

La alcaldesa frunció el ceño.

—¿Acabas de llegar o llevas un buen rato esperando?

—Acababa de llegar. Al ver la tahona cerrada pensé en irme, pero luego lo he pensado mejor y he preferido esperar. Total, si sólo van a ser cinco minutos...

—Ya...

Marcos atisbó un brillo repentino en la mirada de la alcaldesa que le despertó un gesto de preocupación.

—¿Le ha ocurrido algo a Jimena?

—No, no. Habrá salido a tomar café —conjeturó Dolores—. Suele hacerlo a esta hora de la mañana.

—¿Espero entonces?

—Yo seguiría dando un paseo. Hoy no hay demasiada venta y seguro que, al pensarlo, habrá decidido alargar el café un poco más de la cuenta. —Yo seguiría dando un paseo. Hoy no hay demasiada venta y seguro que, al pensarlo, habrá decidido alargar el café un poco más de la cuenta. *Aormino*<sup>[1]</sup> lo hace. A veces es muy

sansela...<sup>[2]</sup> —y le guiñó un ojo.

—Ansotano, supongo —sonrió Marcos.

—Si no queremos que se pierda, habrá que hablarlo, ¿no? —le devolvió Dolores la sonrisa.

—Es una pena.

—Por eso hay que intentar hablarlo, aunque sean sólo palabras sueltas.

—Intentaré aprender alguna —ahora fue él quien le guiñó un ojo a la alcaldesa.

—¡Perfecto! Y ya me acerco yo al bar y le digo a Jimena que se dé prisa. Tú, a lo tuyo.

Marcos se despidió de la alcaldesa y echó a caminar calle abajo. Dolores dejó de seguir su estela con la mirada para centrarla en el escaparate de la tahona mientras se preguntaba dónde estaría oculta Jimena llorando su pena de nuevo.

—¿Por qué lo haces, Laura? ¿Por qué lo haces? —maldijo para sí entre dientes.

Jimena alcanzó la pequeña avenida. Antes de abandonar el río se limpió la cara con agua abundante y se la secó con la toalla de mano que llevaba guardada en el bolso. Después, trató de arreglar el desastre provocado por el sofoco con un poco de maquillaje para que pareciera tan guapa como siempre, aunque por dentro aún tuvieran que pasar unas cuantas horas para recomponer las consecuencias de su intento de naufragio vital.

De pelo castaño y rizado, tenía uno de esos rostros ovalados que transmitía una bonhomía y, asimismo, unas enormes ganas de vivir. Incluso había ganado algo de peso después de unos cuantos años en Ansó, pero sin demasiadas florituras. De constitución delgada, todo lo que comía lo quemaba después corriendo, afición que había aumentado desde que llegó a la villa altoaragonesa; o detrás de Carla, con la que le gustaba salir a las montañas siempre que el tiempo lo permitía. A sus ocho años, la niña era igual de torbellino que ella cuando era pequeña según le aseguraba su madre.

¡La echaba tanto de menos...! Pero era su decisión, no le quedaba más remedio. ¿Y si Germán decidía ir más allá de los gritos e insultos cualquier día? Porque cada día se repetían, y cada vez con mayor frecuencia, pues su estado natural ya era estar borracho. Para olvidar en lo que me he convertido por tu culpa, le chillaba una y otra vez. Clara le preguntaba todos los días por qué papá se había vuelto así y no sabía qué razón darle. Semanas de sufrimiento y, a la vez, en secreto, planificando la escapatoria que tenía en la cabeza. De todas las posibilidades que concibió, la de Ansó era la más factible. Era conocedora de la dificultad que entrañaba, de a qué se exponía, pero todo sacrificio sería pequeño con tal de abandonar el infierno en que se había convertido su vida.

—¡Maldito accidente! —se lamentó una vez más ascendiendo la cuesta que la llevaría a Ansó. Se refería al accidente que cambió la vida de Germán, la de su hija Clara, y también la suya. Y ya eran demasiadas las veces que lo hacía. Pero ¿de qué le servía hacerlo?, también se preguntó. Antes del accidente podía decir que vivía cada día en el cielo. Después, su existencia se convirtió en un infierno que amenazaba con hacerse eterno.

Jimena abrió la puerta de la tahona y dio la vuelta al cartel. Buscó el pequeño espejo que tenía colgado en una pared para examinar su rostro. Esbozó una media sonrisa. Apenas quedaba rastro alguno de la llorera.

—Has llorado, ¿verdad? —le preguntó Dolores entrando por la puerta que comunicaba con la vivienda.

—¡Joder, Lola! —se sobresaltó Jimena—. ¡Avisa de que me estás esperando dentro al menos!

—Te he preguntado si has llorado —insistió la alcaldesa.

—Eso es cosa mía.

—¡No me toques los cojones, Laura, no me toques los cojones...! —le amenazó la edil—. Que sé a qué has bajado al río.

Jimena suspiró con gravedad. Lola —para ella, Dolores era Lola — sólo la llamaba por su nombre real, el que nadie más que la alcaldesa conocía en el pueblo, cuando estaba enfadada o preocupada por Jimena. En este caso, las razones eran ambas.

—Ha vuelto a amenazarte, ¿es cierto?

—Sí —admitió Jimena apoyándose en el mostrador—. Esperaba que ya se hubiera olvidado de mí, pero...

—Nunca se va a olvidar de ti. Y lo sabes.

—Es que esto es, tan, tan... ¡Esto es tan inhumano! —y se echó de nuevo a llorar.

—Laura...

Dolores se acercó a la puerta, a la que echó la llave, y dio la vuelta de nuevo al cartel. Luego cogió de la mano a Jimena y se la llevó a la trastienda, donde la abrazó esperando que se le pasara el llanto. La dejó llorar en silencio.

—Nunca dejaré de buscarte. Tienes que vivir con eso, mi niña, ¿lo entiendes?

La alcaldesa se separó de Jimena y con las dos manos le acarició el rostro trayéndolo para el suyo. Apenas unos centímetros separaban sus narices, sus labios. Esos labios dulces, carnosos, pensó Dolores por un instante. Qué podía hacer si estaba enamorada de Jimena hasta el tuétano; desde el primer día que la descubrió en Ansó entre las ruinas de lo que fue la casa de sus abuelos maternos, escondidas las dos como alimañas al borde de una pulmonía debido al frío y a la lluvia, pues el tejado de la casa

estaba roto y por él se desbordaba el invierno pirenaico sin misericordia alguna.

Lo malo, para su desgracia, es que Laura no era lesbiana, y con eso aprendió a vivir desde que decidió acogerla en su casa y después convertirla en Jimena Arias, una ansotana más. De eso ya habían pasado cuatro años.

Pues era su gran secreto, el que sólo Jimena conocía en Ansó. Más allá de sus inmediaciones es donde Dolores Garayoa, Lola, se liberaba de las ataduras para ser la que era en realidad y se sentía. Secreto por secreto. *Quid pro quo*.

—Anda, sube a lavarte esa cara, que en nada se te va a presentar un cliente.

—¿Un cliente?

—El nuevo profesor de tu hija. Ha llegado esta mañana desde Zaragoza. Más o menos tiene tu edad. Venía con hambre y le recomendé tu tahona. Y, por cierto —le dijo mientras Jimena subía las escaleras—, si yo fuera heterosexual me pensaba eso de que me empotrara a base de bien.

Dolores rio sus propias palabras. En cambio, dudaba de que Jimena las hubiera escuchado estando como estaba con el rostro bajo el grifo, que oía manar desde abajo. No era muy dada a usar esos términos, más apropiados de salidas sin remedio y águilas de caza, como llamaba a las solteronas de su pueblo; de las que no dudaba que serían las primeras en conocer a Marcos, presentarles sus respetos y dejarle las puertas abiertas para lo que pudiera venir después.

—Ya sabes que no estoy en el mercado —le respondió Jimena. Sí, la había escuchado, admitió Dolores.

—Niña, no te puedes echar a perder.

Dolores se acercó a ella.

—Algún día deberías abrir de nuevo las puertas de tu corazón al amor.

—No me apetece conocer a hombre alguno.

—¡Ah! ¿Y a una mujer...? —rio Dolores guiñándole un ojo. La otra no tardó en acompañarla en su risa.

—Estoy bien como estoy, de verdad.

—Vale, vale, pero una flor como tú es un pecado que se marchite. Tú misma. Y ahora, me voy al ayuntamiento. Joaquín, que está muy pesado con lo de tratar el tema de la cerca el jueves en el pleno.

—¿Todavía está con eso?

—Te diré. ¡Ah! Y esta tarde he quedado con el profesor para enseñarle la escuela.

—Estaré en la tahona, por si me necesitas.

—Se llama Marcos.

—¿Quién?

—¡El profesor, coño! ¿Quién va a ser? —la reprendió Dolores con cariño—. ¡Y baja de la parra de una santa vez! Ay, esta niña...



## CAPÍTULO 3

*Madrid,  
mediados de septiembre de 2016*

Aún olía a verano en la calle antes de que el calendario le recordara que el otoño estaba a punto de desatarse. Germán Domínguez subió con cierto resquemor las escaleras desvencijadas de un edificio del centro de la capital. Un edificio de renta antigua, de madera que crujía a cada paso que daba regalándole aullidos tan dolorosos que hacían daño a los oídos; y cuyas paredes, desconchadas en muchos tramos de la escalera, ansiaban una mano de pintura. Pero daría por bien invertido haber acudido a la dirección que le consiguió un conocido si la persona que le había citado allí le ayudaba a lograr su propósito, que era encontrar a Laura y a Clara.

Llamó al timbre, y de inmediato se percató de que no funcionaba. Asimismo, se lo certificó que la puerta estuviera entreabierta; que era una invitación a entrar a todo aquel que se presentara con la misma cantidad de dudas que él. Encuentra a la gente hasta debajo de las piedras, y si no la encuentra es porque quien quiera que sea está muerto, le aseguró la persona que le proporcionó el contacto de Domingo Sánchez. En su tarjeta, que había guardado en el interior de su bolsillo una vez dentro del portal, rezaba que era detective, un especialista en encontrar a gente, tal como le aseguró aquel contacto. Que no te asusten las apariencias ni tampoco dónde tiene la oficina. Caro, pero te dará resultados, le reiteró.

Allí estaba Germán, ante la puerta entreabierta de una casa del último piso del edificio. Apenas le dio tiempo para examinar con más detenimiento la decoración del recibidor —exigua y carente de gusto— cuando un tipo con una cabeza asolada por una alopecia

agresiva, a pesar de disimularla con un flequillo que estiraba sobre la frente hasta el infinito, y embutido en un traje una talla inferior a la suya, como poco, le esperaba plantado en aquella estancia con la mano extendida.

—Bienvenido, señor Domínguez. Le estaba esperando. ¿Desea algo? ¿Agua, quizás un café?

—No, gracias —respondió Germán. Era demasiado escrupuloso como para aceptar una invitación de un tipo tan desagradable a su vista.

—Pues si me quiere acompañar...

Siguió los pasos del detective, cuya humanidad amenazaba con estallar por las costuras del traje en cualquier momento. Le franqueó la puerta de lo que parecía ser su despacho. Un par de estanterías con algunos libros, una mesa con un mar de papeles y carpetas que ocultaban su superficie —«al menos trabajará bien», caviló Germán — y un sillón ajado componían el mobiliario junto con una bandera que a Germán no le gustó en absoluto.

—¿Algún problema? —quiso saber el detective al notar que Germán posaba la mirada con el gesto torcido en una de las alas del águila que se perfilaba en los pliegues de la bandera.

—En absoluto.

—Bien, así que quiere encontrar a... —Domingo comenzó a buscar un papel entre la montaña que asfixiaba la mesa. Al fin, tras unos segundos, lo encontró— Laura Vílchez. ¿Es así?

—Sí, es mi mujer.

—Ya. Y me dijo que se ha marchado con su hija.

—Así es.

—Perfecto...

Domingo se ajustó unas gafas redondas que le conferían un aspecto ridículo. Germán se contuvo. Muy, muy bueno en lo suyo, volvió a recordar que le insistieron ante sus demandas de fiabilidad. Quien se lo había recomendado era de fiar. Seguiría adelante, caviló sin dejar de escrutar al detective.

—¿Alguna sospecha de dónde puede haber huido? ¿Tienen ustedes alguna segunda vivienda, algún pueblo o lugar predilecto de vacaciones?

—Todas las posibilidades que se me han ocurrido en estos dos últimos años ya las he comprobado.

—¿Está seguro?

Germán inspiró con fuerza antes de soltar el aire con gravedad. Desde que le ocurrió el accidente había perdido parte de la paciencia que le caracterizaba. Se molestaba por cualquier comentario que le pusiera en duda. La suerte del detective es que, en ese momento, estaba lúcido. Laura había experimentado en sus carnes lo que era recibir una reprimenda de Germán borracho.

—Al cien por cien.

—Bien... —El investigador le aproximó una hoja y le ofreció un bolígrafo—. Rellene los datos y, si ha traído el dinero que le indiqué, le rogaría que me lo entregara, ya que lo necesito para empezar a trabajar en su caso.

—¿Los 2.000? —le preguntó Germán sin despegar la vista del papel.

—Los 2.000, sí —aseveró el detective intensificando una sonrisa de hiena que Germán no pudo apreciar, ocupado en rellenar la ficha.

—¿Puedo saber en qué los va a emplear? —quiso saber entregándosela.

—Para mover mi maquinaria.

—Su maquinaria...

—Por lo que he podido comprobar ya, a su mujer es como si se la hubiera tragado la tierra, señor Domínguez. Pero le aseguro que en menos de un par de meses esa tierra se habrá abierto y nos dirá dónde se esconde.

—Confío en usted.

—¡Claro que ha de confiar en mí! ¡Siempre aseguro resultados! ¡Ah! Se me olvidaba. Yo dejaría de llamarla y de mandarle mensajes por una buena temporada. Déjela que se confíe.

Germán enarcó las cejas.

—¿Está seguro?

—Mi reputación me precede. Es lo que le ha traído aquí, ¿no es cierto?

Se despidieron con un somero apretón de manos. Mientras bajaba por las escaleras, a Germán le asaltó de nuevo el temor de si había hecho bien en contratar a un detective privado con la

reputación de Domingo Sánchez. Era éste un tipo sin escrúpulos y del que muchos de sus compañeros incluso dudaban de que poseyera el título de detective; de sus métodos la mayoría echaba pestes. Eso también se lo avisó quien se lo había recomendado.

Ya en la calle se encendió un cigarrillo, para lo que tuvo que regresar al interior del portal. Soplaban demasiado el viento y no podía encenderlo a la vez que protegía la llama del viento con la única mano que tenía útil. Una consecuencia más del accidente que había destrozado su vida y también su matrimonio. Ahora sólo le reconfortaba la idea de tener de nuevo a su hija junto a él. ¿Y Laura? La quería con locura, ella y Clara siempre habían sido su razón de existir; y Laura, su locura. Estaba enamorada de su mujer hasta las trancas. Pero ese era el Germán sobrio, el que se resignaba con la suerte que le había tocado en la vida. Por suerte, Laura ganaba lo suficiente en el bufete de su padre como para sostener la economía familiar; y los padres de Laura disponían de un patrimonio importante como para no preocuparse por el dinero. El Germán ebrio, sin embargo, era una frustración con patas por no poder dedicarse a lo que tanto quería, como era el periodismo, ni tampoco a su pasión, que era escribir. El accidente le dejó lisiado de la mano derecha, que ya no podía mover.

Las semanas posteriores fueron lo más parecido a un descenso a los infiernos. Su cabeza se llenó de dudas, de impedimentos que se le hacían muros infranqueables. Aprender a escribir de nuevo con la izquierda, teclear sólo con esa mano... Lloró durante noches y noches y se hundió en el pozo de la depresión que se acentuó con la rescisión del contrato en la revista para la que trabajaba. Y Laura, a su lado, sintiéndose culpable, la gran culpable de la situación, pues fue la responsable del accidente que había dejado a Germán en esa situación tan desgraciada.

Laura hizo lo posible y lo imposible por devolverlo a la normalidad, le animó a emprender otros caminos, a sentirse útil, pero Germán se hundió más y más en su depresión. Hasta que encontró en la bebida una válvula de escape y entonces apareció otro Germán en la vida de Laura: el Germán borracho e irascible, el Germán que la culpaba de su desgracia, de ser un lisiado. Un

Germán que devoraba cada vez más y más espacio al Germán que aún seguía enamorado de Laura.

El Germán que había salido del despacho de Domingo Sánchez era el segundo. Y lo había abandonado con la promesa de que la encontraría. Aún le tendría que pagar 2.000 euros más en caso de que así fuera, y no le quedaban dudas de que lo haría. La sonrisa de hiena que le regaló cuando se despidieron era toda una declaración de intenciones.

Pero ¿con cuál se encontraría Laura llegado el momento?



Germán anduvo sin rumbo fijo por el centro de Madrid. Un paseo que le vendría bien para poner en orden sus pensamientos y sentimientos. Unos y otros tenían como protagonistas a las mismas personas: Laura Vílchez y su hija Clara.

Gran Vía abajo la circulación era intensa, por las aceras subían y bajaban turistas y locales, los primeros con mapas en las manos y los segundos viendo la vida pasar. Reparó en una pareja de la que le separaban diez metros si acaso. Paseaban cogidos de la mano después de arrancarse un beso en medio de la acera. Eran jóvenes y la chica le parecía parecida a Laura. O quizás es que sólo veía su cara en cualquiera de una mujer que viera.

A la semana de regresar a Madrid después de conocerse en Mallorca, volvieron a verse y acabaron de la misma manera que lo hicieron aquella primera noche, pero ya sin mar ante el que amarse ni olas que los abrazaran. En lugar de mar, el asiento trasero del coche de Laura, un Ford Ka en el que faltaba espacio para moverse. Y, sin embargo, llegarían a conocer cada centímetro cuadrado de ese coche como las palmas de sus manos. Para darse un achuchón, suficiente, le reconocía ella sentaba sobre él con las manos entrelazadas en su cuello después de aquellos primeros encuentros.

¡Cuántas aventuras vivieron en aquel Ford Ka! Los padres de Laura gozaban de un estatus económico desahogado, no así los de Germán, que bastante tenían con intentar llegar a fin de mes. No obstante, el dinero nunca fue un obstáculo ni un argumento que

pusiera cortapisas a su felicidad, y si Germán no podía permitirse una habitación en un hotel de cinco estrellas o comer en un restaurante de postín —colaboraba como podía en el sostenimiento de la economía familiar trabajando de un establecimiento de hamburguesas de lunes a viernes por las tardes—, Laura se amoldaba a las posibilidades de su pareja, y lo mismo dormía en una modesta pensión como se comía un bocadillo acompañado de una lata de cerveza sentada en la acera de un parque. Estaba al lado de su amor, y eso era lo que más le importaba.

Dos años después llegó la boda. Estaban seguros, querían, estaban deseando unir sus vidas y formar una familia. Los padres de Laura no tanto, pues pensaban que Germán era poca cosa para su hija, futuro periodista e hijo de unos padres de extracción humilde con poco más que ofrecerle que su trabajo y esfuerzo. Pero estaba enamorada de él y eso sí que era noticia para su madre, conocedora de las andanzas de su hija por las madres de algunas de sus amigas. Ese chico es un pedazo de pan y tiene a tu hija en palmitas, le dijo una; ¡hay que ver cómo la quiere el novio que se ha echado!, y también cómo se miran cuando están con más gente a su alrededor, le corroboró otra. Laura atesoraba una fama que a su madre disgustaba un tanto, aunque lo único que hacía era comportarse como ella a su edad, pero de manera más libre, sin complejo alguno como sí le ocurrió en su época. Por eso prefirió que se casara con Germán, con ser menos partido de lo que hubieran preferido para Laura, a que siguiera engrosando una lista de conquistas, con el peligro que eso conllevaba. Porque Laura no decía a nada que no.

La boda se celebró en el pueblo de los padres de Laura, en Cáceres. Una boda inolvidable, vestida con un traje hecho a medida por un diseñador de renombre tan espectacular que dejó con la boca abierta a todos los que acudieron al enlace. Los padres de Germán quisieron que su hijo estuviera a la altura y le regalaron un traje también hecho a medida por un sastre de no tanto renombre, pero de una apariencia impecable. En absoluto desentonaba al lado de Laura.

Ese día, la iglesia del pueblo de los padres de Laura fue decorada como no se recordaba en mucho tiempo. Quien se casaba era

Laura, la hija de los Vílchez, una de sus familias más importantes, sino la que más. Flores de toda clase se repartían por la planta central y las naves laterales de la iglesia. Rosas, tulipanes, claveles, orquídeas... ¡Hasta contrataron a un coro rociero para que animara la boda con sus canciones!, dado que Laura era muy dada a ese tipo de música.

Al año siguiente, llegó Clara. Un embarazo rápido y deseado. Germán lloró como un niño cuando Laura le confirmó que estaba en estado, y cuidó de su embarazo de una manera casi enfermiza vigilando el crecimiento de su vientre casi centímetro a centímetro; accediendo a cada uno de los caprichos de Laura durante su embarazo, y fueron unos pocos, con tal de tenerla contenta; cuidándola como si se tratara de una auténtica reina.

No podían ser más felices. Germán amaba a Laura con locura, como para darle su vida si así se lo hubiera pedido alguna vez, porque su vida era Laura, sus pensamientos eran para Laura. Laura era su todo. Laura, tan lanzada el primer día que la conoció, con esa personalidad única, pero que luego, en la intimidad, se diluía en sus besos, le reconocía que su vida era la suya; y que, si un día le faltara, no sabría cómo vivir sin él.

La llegada de Clara fue la confirmación de su amor, las bases de su estabilidad en forma de familia. Pero hijos únicos como eran los dos, tenían claro que tras Clara vendría otro hermanito. O hermanita, lo mismo les daba, para que Clara no estuviera sola en el mundo cuando ellos faltaran.

Después ocurrió el accidente, y todos esos sueños, todos los planes, se diluyeron como un azucarillo en un vaso de agua.

Cuando Germán quiso darse cuenta ya tenía enfrente la fuente de la Cibeles. Había caminado un buen trecho absorto en sus pensamientos. Aún hacía calor en Madrid y los paseantes lo hacían en manga corta confundiendo turistas y propios de la ciudad. Varios coches hicieron sonar sus cláxones. Calle Alcalá arriba, otros tantos buscaban el monumento que daba nombre a dicha calle.

Y él, ¿a dónde iría ahora?

Apagó el cigarrillo que fumaba aplastándolo con la puntera del pie derecho. Se apoyó en la barandilla que separaba la acera del asfalto y se quedó mirando a la fuente. Si te ha dicho dos meses, en

dos meses encontrará a Laura. Dalo por hecho, le aseguró la persona que le proporcionó el contacto del detective Domingo Sánchez.

Sólo tendría que esperar dos meses para recuperar a Clara y a Laura. Y entonces, ¿qué pasaría? Si lo encontrara sobrio, intentaría convencerla de que todo sería diferente, le prometería que haría todo lo posible por cambiar, por ellas dos. Si lo encontrara borracho...

Y cada vez le costaba más mantenerse sobrio.



## CAPÍTULO 4

*Ansó,  
comienzos de octubre de 2016*

**E**ran las siete de la mañana y hacía frío. Peor sería en diciembre, pensó Marcos, cerrando la puerta de su casa tras de sí; puede que incluso no pudiera salir a correr como solía hacer todos los días nada más levantarse de la cama desde hacía cosa de un año para estar en forma. Pero también comenzó a correr para distraer la mente, para espantar el recuerdo de su ex Isabel de una vez.

Sí, hacía frío en Ansó, pero eso le daba igual. Incluso se había trazado una ruta en el lapso que ya llevaba residiendo en la localidad altoaragonesa —menos de un mes—. Todas las mañanas tomaba la carretera de Fago, cruzaba el puente sobre el río Veral y dejaba atrás los últimos caseríos del pueblo para seguir el trazado de la A-176. Un trazado algo exigente, lo sabía, pero le gustaba probarse. Una hora de carrera a lo sumo para, a la vuelta, pasarse por la tahona de Jimena, donde compraría unas magdalenas recién hechas. Las haces riquísimas, le había dicho ya en más de una y de dos ocasiones.

Guapa, muy guapa Jimena, le reconoció a Dolores al día siguiente de conocerla en la tahona. Después iba a tener otra oportunidad de charlar con ella con más calma fuera de la tahona: en el encuentro que mantenía con todos los padres de sus alumnos al comenzar el curso. Era una manera de conocerlos y, así, estar más al tanto de las necesidades de cada uno de aquellos, de sus particularidades, etc. El día elegido para conocerlos desfilaron por la clase cinco parejas de padres y Jimena, que lo hizo sola. Al principio no le sorprendió que viniera así, pues entendió que su marido estaría trabajando y carecería de tiempo para conocer al profesor de

su hija. Fue Clara quien le explicó que vivía sola con su madre y que vinieron a vivir a Ansó tras fallecer su padre en un accidente de tráfico. De eso habían pasado ya cuatro años, así que de su padre no tenía más que algunos recuerdos.

Por la puerta de la tahona, que había dejado abierta un comprador que acababa de salir, se escapaba un olor dulzón y embriagador. Marcos se detuvo ante la puerta y manipuló el cronómetro. Los registros que leyó en su pequeña pantalla le satisficieron no tanto por el número de calorías quemadas, sino por la cantidad de tiempo que había estado corriendo. Había recuperado la forma, sonrió satisfecho, aunque lo de las calorías no era ninguna tontería, pues desde que había llegado a Ansó ya acumulaba algún kilo de más, que tampoco es que le importara demasiado. De constitución delgada, se sentía satisfecho con que su cuerpo ya pesara un kilo más.

—¡Qué bien huele siempre en esta tahona!

—Buenos días, Marcos —le saludó Jimena asomando la cabeza a través de la puerta que comunicaba la tahona con el obrador.

Éste era pequeño, suficiente para elaborar tartas, pasteles y toda suerte de dulces que le pidieran sus clientes, así como para calentar la masa de pan que le traían todos los días desde Jaca.

—¿Qué te apetece hoy? —le preguntó con una sonrisa que derretía mientras ponía sobre el mostrador, una tras otra, diversas bandejas llenas de dulces—. Las magdalenas ya sabes cómo están, y...

—¿Y esto? —le cortó Marcos señalando una bandeja con dulces que llamaban tanto la atención. Unos dulces en forma de lazo—. ¿No son Lazos de Jaca?

—Sí, ¿los has probado?

El rostro de Marcos se iluminó.

—Hace ya mucho tiempo de eso...

—¡Toma uno! Son muy ricos y naturales, ya sabes que sólo llevan agua, harina, maicena y yemas de huevo. ¡Ah! Y azúcar para decorarlos.

—¡Bufff, no me tientes...! —Marcos le dedicó una sonrisa pícara—. Me encantaría, pero desde que frecuento tu tahona me temo que

he cogido algún que otro kilo, y ganarlos es más fácil, pero perderlos...

—¡Venga! ¡Pero si estás hecho un tirillas! —rió Jimena—. Además, por un par que te comas no te va a pasar nada.

Jimena le puso cinco lazos en una bolsa de plástico que cerró ayudándose de la máquina de precintar.

—Pero... —trató de protestar el profesor.

—¡Nada! He dicho que te los lleves, y te los llevas.

—Bueno, pero también unas magdalenas para desayunar, que ayer se me acabaron.

—¿Y tú eres el que dice que no quieres engordar?

Rieron. Jimena se retiró el mechón que le colgaba de la frente. Atisbó en la mirada de Marcos un velo de agradecimiento. El profesor tenía una de esas miradas negras e infinitas en la que navegar sin fin; una mirada sincera y limpia por la que asomaba un alma que gritaba unas enormes ganas de vivir. Y eso le gustaba. La vitalidad, las ganas de beberse la vida de un golpe, de comérsela de un bocado. Lo hacía a sorbitos cortos y a bocaditos, pues todavía le pesaba lo vivido con Germán. Un infierno como ese quitaba las ganas de volver a amar durante una larga temporada. Y, sin embargo, Marcos tenía algo que le atraía. Esa candidez de la que hacía gala sin pudor y que emanaba de un alma limpia pero que también había sufrido lo suyo, como se le escapó a Dolores una noche de sábado en su casa, en una de esas noches a las que ambas eran tan dadas para exorcizar demonios con una botella de tequila como compañera de velada.

—Pero ¿tú lo has visto bien? ¿Tú has visto qué pectorales tiene? —le insistía Dolores cuando la borrachera comenzaba a manifestarse—. ¡Que yo le vi quitarse la camiseta el sábado pasado, que no veas qué calor hizo esa mañana, y tiene una tableta que ni la de Elgorriaga!

Y reían. Reían sin parar. Porque, para Jimena, Clara era su motivo para seguir adelante, su tabla a la que agarrarse cuando el temporal arreciaba; y Dolores, el faro a cuyo haz de luz aferrarse en todo momento. Sólo se conocían desde hacía cuatro años, pero suficientes para cerciorarse de que Lola era esa amiga de la vida

que siempre había querido tener a su lado para que le dijera, le aconsejara, la condujera con sabiduría por el camino recto.

Aunque había otro motivo por el que Jimena estaba más inclinada a reír, a manifestar su alegría: Germán había dejado de llamarla y también de dejarle mensajes en el contestador de su teléfono móvil. ¿Significaba eso que se había desentendido de ella otra vez por una temporada? Quizás. Pero esos días sin noticias de su ex eran lo que más disfrutaba, y ahora estaba en uno de esos días.

—Algo tendré que desayunar, ¿no? —dijo Marcos.

—Ya lo sé. Ahora también tienes los lazos.

—¡Ay, madre!

Jimena volvió a reír por la expresión con la que le obsequió Marcos, que se mordió el labio inferior componiendo un mohín de perdición antes de marcharse de la tahona.

Se llevó las manos al delantal, que manoseó con calma y la mirada fija en ninguna parte.

—¿Tú te crees que una preciosidad como tú se puede marchitar como estás haciendo? ¡O te lías con un tío, y ese es el mejor que hay por estos lares, o te lías conmigo! ¡Pero no sigas dejando escapar el tiempo, que no vuelve!

Eso le había insistido Dolores el último sábado al calor de aquella botella de tequila ante la que intentaban arreglar el mundo en vano.

Jimena soltó el mandil y regresó al obrador con una pregunta que le quemaba tanto la entrañas como le pesaba en la cabeza: ¿y si Dolores tuviera razón y estuviera dejando escapar lo mejor de la vida, cuando lo que de verdad tendría que hacer es vivirla, y más ahora sin el miedo ni el peligro que representaba Germán?



Marcos se metió en la ducha en medio de la bruma creada después de que hubiera estado soltando agua durante varios minutos. Le gustaba el agua caliente, y también que el cuarto de baño lo estuviera para disfrutar de la ducha. Una vez acabara se cambiaría y desayunaría para, a continuación, dirigirse al Colegio Agrupado Rural Virgen de Puyeta, la escuela de Ansó.

Llevaba unas semanas de curso y estaba encantado con los alumnos que tenía. Vivaces unos, revoltosos otros, pero todos con unas ganas innatas de aprender, curiosos, siempre con una pregunta en la boca a punto de disparar. De todos, la que más era Clara, el vivo retrato de su madre, Jimena: el mismo pelo castaño y rizado, los mismos rasgos faciales, aunque más dicharachera y extrovertida de lo que conocía a su madre; una niña con unas aptitudes muy buenas y una mejor actitud para aprender.

Fue acordarse de Jimena y sufrir una erección. No sólo por su recuerdo, sino por lo que le rememoró en ese momento, una imagen del día anterior, cuando le regaló la visión de su minúsculo tanga negro asomando por el pantalón al agacharse para recoger la bolsa que se le había caído al suelo. De inmediato asoció el recuerdo de la mujer a la visión de su ropa interior, y eso provocó dicha reacción tan natural en una persona en plenitud como Marcos.

Había llegado el momento de dar el paso y recuperar lo único que le faltaba para que la normalidad fuera completa: una persona de la que enamorarse de verdad, que le correspondiera, que le quisiera sin concesiones y que no tuviera una calculadora entre las piernas. Necesitaba una persona con la que compartir confidencias porque sí, sin miedo a represalias, a la que besar porque le apetecía besarla, con la que hacer el amor porque los dos querían diluirse en el cuerpo del otro calando sus respectivas razones, besarse hasta que no les quedara ni un solo gramo de fuerza.

Cierto es que su currículum amoroso era un tanto escaso, pues se podían contar con los dedos de la mano, y sobraban dedos, el número de sus conquistas, exiguo comparado con algunos de sus mejores amigos, que presumían —y no para tirarse el pisto. Había sido testigo de ello— de haber plantado banderas en buena parte de Aragón y de sus alrededores. Puede que hubiera seguido el camino de aquéllos, pero en el suyo se cruzó Isabel en el último año del instituto. Esa fue su desgracia. Cuando el amor nacía para él, también empezó a morir.

—¿Sabes que la larga que se sienta en uno de los pupitres de atrás no deja de hablar de ti a sus amigas? —le confesó David, uno de sus mejores amigos, un día al comienzo de su último año en el instituto.

—¿En serio?

—Sí, tronco. Y no se corta, ¿eh? Que qué bueno está el orejas, que hay que ver qué culito tan delicioso tiene el orejas...

—Pero me llama el orejas... —se lamentó Marcos.

—¿Cómo quieres que te llame, tronco, si tienes unas orejas que ni las de Dumbo? —le replicó su amigo soltando una enorme carcajada.

Marcos sonrió al recordar el episodio antes de restregarse el gel con la esponja. No es que las tuviera grandes, pero sí separadas, razón por la que se las operó antes de entrar en la universidad para estudiar Magisterio. Una manera de acabar con un trauma que le acompañaba desde la infancia y al que sus padres siempre le decían que pondrían remedio. No fue, no obstante, hasta antes de que comenzara su vida universitaria cuando eso ocurrió.

Dos cines y un par de conciertos, como canta Ana Torroja, y comenzaron a salir; y antes de acabar la carrera aprendieron a conocer sus cuerpos, a amarse, a regalarse lo mejor el uno al otro.

—Oye, ¿tu novia no es un poco dominante? —le preguntó David al año de empezar a salir, cuando su primer curso de Magisterio, carrera que los dos eligieron, caminaba por el ecuador, tras decirle que no a una escapada programada a París que el grupo de amigos había planeado.

—Será a ti que te da esa impresión.

—Será... —David se quedó pensativo—. Pero esa tía es muy dominante y tú, un muñeco en sus manos. ¿Qué es eso de renunciar a tus colegas de toda la vida porque una tía te diga que no?

—¡Vale! —se enfadó Marcos—. Dejemos este asunto de una vez. No iré a París, ¿estamos?

—Estamos, pero tu novia es...

—¿A que te parto la cara? —le amenazó a David con cara de muy pocos amigos.

Si aún le hubiera hecho caso cuando todavía estaba a tiempo... En aquel viaje, sus amigos quemaron París y vivieron tal cantidad de historias que no había día, y así estuvieron unos cuantos meses, que no hubiera alguna que contar.

Isabel fue la primera y única novia que Marcos tuvo y también su mujer con el tiempo. De haber hecho caso a David, las cosas hubieran sido muy distintas. Los consejos, las palabras sabias, a las que siempre solía hacer caso omiso. A David no se lo hizo, y así le fue. Pero aquello ocurrió hace tiempo. Ahora, al poco de aterrizar en Ansó, quien le daba consejos en materia de amoríos era Dolores, y con intenciones bien distintas; como el primer día que se sentaron a tomar un café al calor del sol de comienzos de otoño en la terraza del Bar Aisa, al pie del ayuntamiento de Ansó, con eso de que ella quería saber cómo le iba en sus primeras semanas en la localidad, si ya se había hecho a su vida, etcétera.

—Veo que Jimena te interesa... —le comentó Dolores sin pudor alguno.

—Pero, pero... —balbuceó Marcos, sorprendido al no esperar ese ataque frontal por parte de la alcaldesa.

—¿Te parece guapa o no?

—¡Pues claro que me lo parece! —replicó con firmeza.

—¿A que es una chica que merece la pena conocer? —insistió Dolores aquella tarde con intención.

—¿Qué quieres decir?

—Eso, que es una persona que merece la pena conocer. Sabes ya que es viuda, ¿verdad?

—Sí, me lo dijo su hija y luego me lo corroboró ella.

—Pues deberías de dejar de mirarla como la miras y decirle ya de una vez que te gusta.

—¿Qué? —expulsó Marcos el trago de café que acababa de ingerir, con el que se había atragantado por culpa de lo que Dolores le acababa de decir.

—Pues eso, joder, que se te van los ojos detrás de ella cuando la ves. Que te gusta un huevo, ¿o me vas a decir que no?

Marcos se sonrojó.

—¿Tanto se me nota?

—¡De aquí a Lima, tío!

—No estaría mal, no. Pero... —Marcos se calló.

—Pero ¿qué? —preguntó Dolores frunciendo el ceño.

—Cosas mías —replicó Marcos muy serio zanjando la conversación.

Aquel día se prometió que le haría caso a Dolores, que ya era hora de sentirse persona de verdad. Una persona que reía, que lloraba, que vivía, que amaba. La erección se mantenía. ¿Cuánto tiempo hacía que no experimentaba una así? Ni lo recordaba ya. Desde antes de que intentara quitarse la vida, seguro. Después, ni siquiera le asaltaron las ganas de intentarlo. Sólo quería enterrar a Isabel en el pozo del olvido. Pero ahí estaba la erección, intacta, sin merma. Marcos se acarició el pene con curiosidad, y al hacerlo le regresó la imagen del minúsculo tanga negro de Jimena, su cara limpia y ovalada, esa sonrisa que podría iluminar la Comarca de la Jacetania si se lo propusiera.

Sí, Jimena le ponía, y Ansó era un lugar ideal para comenzar una aventura con otra persona a su lado. Un sitio tranquilo con lugares para pasear, para quererse, para conocerse mejor. Lo tenía todo, y también estaba seguro —por lo que le había dejado caer la alcaldesa— de que Jimena tarde o temprano emprendería el mismo camino. Los dos estaban en la mejor edad para amarse, para dejarse llevar por la pasión, por esa excitación que ahora mismo se acababa manifestar en su cuerpo revelándose de una manera vigorosa.

Le ponía. A Marcos le ponía mucho Jimena, y ya no podía aguantar más, así que cerró el grifo de la ducha y no pudo evitar masturbarse pensando en ella.

Ya tendría tiempo para ducharse.



## CAPÍTULO 5

*Ansó,  
mediados de octubre de 2016*

Jimena acudió a la reunión a la que le había convocado Marcos después de que acabaran las clases. Esa semana, el profesor se propuso conocer un poco más a los padres de todos los alumnos tras su encuentro inicial mantenido con anterioridad, charlar con ellos de manera relajada y, de paso, saber más de sus alumnos. Una reunión informal sin más.

Claro que su intención era bien distinta en el caso de Jimena. Los encuentros con los demás padres se habían traducido en una charla cordial, en muchos casos amena. Con la mamá de Clara, sin embargo, pretendía conocerla un poco más, aunque sin que eso se notara demasiado, pues tampoco se trataba de molestarla ni de incomodarla con sus preguntas. Cada vez se masturbaba con más frecuencia pensando en ella, y eso le hacía sentirse reconfortado, porque desde el intento de suicidio no había vuelto a experimentar ese deseo por ninguna mujer. Lo había intentado navegando alguna que vez por distintos portales pornográficos, pero el bloqueo era mayor que sus ganas de disfrutar del momento. Siempre le asaltaba el recuerdo de Isabel, la única mujer con la que lo había hecho, y la esperanza de una posible magia se evaporaba en la soledad de su frustración. No obstante, el deseo que sentía por Jimena podía con cualquier temor que pudiera experimentar.

—¡Joder, es que está como un queso! —le confesó un día por teléfono a su amigo Filemón, una de sus amistades de la infancia con la que solía hablar una vez por semana.

—¡Pero, bueno! ¡Marcos hablando así de una tía!

—¿Es que no puedo hacerlo? —El tono de voz de Marcos sonó irónico.

—¡Al contrario! ¡Encantado de verte así, tío! De verte tan feliz de nuevo con tu vida, pero más de que tengas ganas de volver a sentir el cuerpo de otra mujer contra el tuyo. ¡No sabes cuánto me alegro, Marcos!

Marcos vio entrar a Jimena en la calle Arrigo, una vía que resumía la esencia de Ansó: estrecha y empedrada, con la iglesia de San Pedro de fondo. Vestía un traje estampado sencillo y lucía unas gafas de sol. Se levantó para saludarla e intercambiaron un par de besos para, después, invitarla a sentarse en otra de las sillas de la pequeña terraza.

—Buen sitio para la reunión.

—¿Te gusta?

—A tu predecesor ni se le hubiera ocurrido.

—Por lo he ido sabiendo, era más tradicional, ¿verdad?

—Lo has definido a la perfección.

Jimena rio tras pronunciar aquellas palabras. Por lo que a Marcos le habían contado Dolores y el resto de los padres con los que ya había hablado, el profesor al que había reemplazado era mucho más clásico tanto en sus planteamientos como en las clases, y también en el trato.

La sonrisa franca de Jimena dejaba ver su dentadura blanca y perfecta. Bajo el toldo que protegía la terraza, y una vez sentada, se deshizo de las gafas de sol, que dejó sobre la mesa de madera. La camarera les trajo un par de cafés y aún gastó unas cuantas frases con Jimena, con la que mostraba poseer mucha complicidad. Entre otras cosas, le surtía de la bollería que servía en su bar-restaurante.

—Desde luego, un acierto esto de montar las reuniones con los padres de tus alumnos fuera de la escuela. ¡Te felicito!

—¡Gracias! —le agradeció con una sonrisa—. Me gusta conocer a los padres de mis alumnos más allá de la clásica reunión de comienzo de curso, y a ser posible fuera del entorno habitual. Creo que así fluyen mejor las cosas.

—Si me lo permites, Marcos, eres una bendición para los chicos.

Marcos se estremeció al escuchar su nombre en boca de Jimena. Sus miradas se cruzaron. Dos miradas limpias y acuosas, dos

miradas que, sin saberlo el uno de la otra, buscaban las mismas respuestas para las mismas preguntas.

—¿En serio? —se sorprendió enarcando las cejas para, después, posar la mirada en el vaso de café, que se llevó a los labios.

—No hay día que Clara no venga diciendo que habéis aprendido tal o cual cosa con una alegría que, desde luego, no le transmitía Javier. Bueno, Don Javier —volvió a reír Jimena—, como quería que le llamaran.

—Creo que la esencia reside en los métodos, en cómo transmitirlos. Al fin y al cabo, los contenidos están ahí, y en estos tiempos están al alcance de cualquiera gracias a Internet. Por eso mismo, si quieres competir con esas alternativas, has de llamar la atención, imbuirles de las ganas de aprender de una manera distinta.

—Pues mi hija está enamorada de ti —rio Jimena, más si cabe, con estas palabras, risa que contagió a Marcos.

—Mira, al menos ya hay una chica aquí que se fija en mí.

La risa se amplió unos instantes más. Los dos removieron el vaso de café y casi se lo llevaron a los labios al unísono. A Marcos no le pasó desapercibido el repentino brillo, casi una explosión líquida, que se dibujó en la mirada de Jimena tras escuchar aquella confesión. Y lo mejor de todo, y eso es lo que más le sorprendía, es que no se arrepentía de habérsela hecho. ¡Sí, sí, sí! Había cambiado, y para bien. No sólo se permitía bromear con una mujer como lo estaba haciendo con Jimena, sino que también se negaba a coartar a su cuerpo de experimentar lo que sentía de verdad. En este caso, y en este momento, una erección que había florecido entre sus piernas cuya energía aumentaba con las risas, con las miradas y las palabras de Jimena.

—Es una niña muy inteligente —volvió a hablar Marcos tras carraspear—. Es más, te voy a confesar una cosa: es la más inteligente del grupo. Tiene una capacidad de análisis que me fascina, además de una facilidad pasmosa para explicar sus conocimientos.

—Me alegra saberlo. Me siento muy orgullosa de ser su madre.

—¿Tienes estudios universitarios?

Marcos le hizo la pregunta de manera natural, con absoluta sinceridad, producto de la conversación que mantenían. Jimena se recostó en el respaldo de su silla medio sonriendo.

—Me licencié en derecho y tengo un máster. Después ejercí como abogada durante una temporada.

—Eso se nota. Los hijos aprenden de sus padres. Al respecto...

—Marcos dudó unos instantes. Al fin, decidió decírselo—: me dijo Clara que su papá murió hace cuatro años.

—En un accidente.

—Lo siento.

—A todo te haces en la vida. —Jimena se encogió de hombros y compuso una sonrisa melancólica—. Apenas sufrió, el sufrimiento me lo comí yo. En ocasiones echa de menos a su padre, pero entonces me siento con ella y le digo que la estará mirando desde el cielo y se sentirá orgulloso de sus progresos, de cómo crece. Esa es la mejor manera de no olvidarlo.

El poso de aquella sonrisa melancólica se adueñó de la atmósfera de la conversación y los dos se quedaron en silencio removiendo sus respectivos cafés. Jimena lo hacía con la mirada perdida. Tan joven y viuda, pensó Marcos, lo que tiene que haber sufrido esta mujer, asintió mirándola unos segundos. Desvió la mirada a su café cuando vio que ella hacía lo propio, pero en su caso buscando la de Marcos.

—Fue duro, muy duro. Demasiados recuerdos, demasiadas cosas, y por eso decidí venir aquí, a Ansó, donde mi familia poseía una casa. Fue una decisión temporal por entonces. —le explicó—. Pedí una excedencia en el despacho en el que trabajaba y pensé que un tiempo aquí nos vendría muy bien. No quería encerrarme en casa, con tantos recuerdos de Germán rodeándome. —Le nombró por primera vez. Marcos supo entonces cómo se llamaba—, por eso decidí poner tierra de por medio. Unos meses, tampoco mucho más, pero los meses se convirtieron en cuatro años, y aquí seguimos —le reconoció ahora sonriendo con franqueza—. Clara es feliz en Ansó, la veo crecer de una manera que, en Madrid, donde residíamos cuando vivía su padre, hubiera sido imposible; rodeada de la naturaleza, creciendo como pocos otros niños pueden crecer. Y yo, al verla así, también soy feliz.

Marcos reparó en la mirada de Jimena, impregnada de una película húmeda, e intuyó que estaría navegando por sus sentimientos, algo que no pretendía en absoluto. Por eso, pensó, quizá fuera una buena idea mantener la conversación mientras daban un paseo por las calles de Ansó. Confiaba en que Jimena le dijera que sí. Le apetecía seguir disfrutando de su compañía, conversar con ella, disfrutar de su sonrisa.

«Sí, Marcos —se convenció con una alegría interior que hacía tiempo que no había sentido—, ¡te estás enamorando!», se dijo a sí mismo casi exultante de ánimo.

—¿Te apetece que sigamos la conversación, digamos, dando una vuelta?

Jimena accedió asintiendo con una sonrisa en los labios.

Se levantaron después de pagar Marcos la consumición y comenzaron a andar por la calle Argo en dirección opuesta a la iglesia de San Pedro. Una ráfaga de viento levantó la falda del vestido de Jimena, que se plisó. Se echó a reír ante la expresión de sorpresa de Marcos. Ella pensaba que era por la escena en sí, curiosa y simpática a la vez. A él, sin embargo, le hubiera gustado conocer de qué color era la ropa interior que llevaba puesta Jimena esa tarde.



La tarde era muy agradable para ser mediados de octubre, con el otoño reinando según indicaba el calendario. Sí se notaban sus indicios en las copas de algunos de los árboles que tenían a la vista Marcos y Jimena mientras paseaban por los alrededores de Ansó. El sol doraba algunas de sus copas y ofrecía a la vista un regalo único, detalle que la chica le explicaba mostrándole este o aquel árbol con el conocimiento de quien estaba hecha a la vida en un entorno natural tan maravilloso como envidiable.

Dejaron Ansó tras cambiar la calle Argo por la de La Fuente y afrontar la de Extramuros, por la que caminaban ahora. Llevaban algo más de media hora paseando y se sentían a gusto el uno junto a la otra hablando de cosas triviales relacionadas con Clara, con la vida de Ansó, e incluso de Dolores, su alcaldesa, una figura que

fascinaba a Jimena. Lo que no esperaba Marcos era la confesión que le hizo aprovechando la complicidad que se había instalado entre los dos.

—¿Lesbiana? —ahogó su chillido de estupefacción.

—¡No me jodas que no lo has notado! —bromeó Jimena—. El pelo corto, su manera de hablar, cómo me mira...

Dicho esto, fueron ellos quienes se miraron y rieron a continuación el comentario de Jimena.

—No fastidies que...

—¿Me tiró los tejos? —completó Jimena la frase sin reprimir la risa—. Nada más llegar. Sentí darle calabazas, porque a mí me gustan mucho los hombres, pero somos muy buenas amigas. Es mi mejor amiga aquí y casi de toda mi vida.

«A mí me gustan mucho los hombres». La frase repicó en los oídos de Marcos. «¡Y uno está deseando tenerte entre sus brazos! ¡Y ese hombre soy yo!», se animó si le hacía falta animarse, lo que estaba convencido de que ya no era necesario. Quizás hace un par de años, con la losa de Isabel todavía encima de su cabeza, todavía, pero ahora... ¡A este nuevo Marcos nada le puede parar!, se convenció sin perder ni un átomo de autoestima.

—Tuvo que ser curiosa la escena... —comentó él.

—Nunca me había ocurrido algo así. Me ayudó muchísimo cuando Clara y yo llegamos aquí. Es como mi hermana mayor, la quiero con locura, pero un día pensó que entre nosotras podría existir algo que sólo ocurría en su imaginación. Que la rechazara le supuso una decepción, y créeme que me costó algunos cafés y varias tardes de conversación convencerla de que nos iría mucho mejor si fuéramos amigas, pero amigas de verdad, puesto que como pareja no teníamos ningún futuro. Vela mucho por nosotras dos y de cuando en cuando me anima para que salgamos juntas por Jaca. Ya sabes —le guiñó un ojo.

—¿A Jaca?

—Ansó es un paraíso, pero es un pueblo pequeño. Si lo que quieres son aventuras, Jaca te ofrece más posibilidades. Lola las encuentra allí y también se empeña en que yo encuentre las mías... —Hizo una pausa intencionada—. Que dice que ya va siendo hora.

El estómago de Marcos era un enjambre de abejas aguijoneándolo con saña. Tuvo que hacer esfuerzos para no traslucir el nerviosismo que aquellas palabras le habían despertado; palabras que eran una invitación, una puerta abierta para sus intenciones. ¡Y tenía tantas ganas de abrirla por completo...! «¡Ese tío te come con los ojos!» le reconoció Lola ante un café la tarde anterior, la víspera de la reunión que Marcos quería mantener con Jimena al igual que había hecho con el resto de los padres. Lo que Marcos no sabía es que Jimena también había acudido a la reunión con las mismas intenciones, con las mismas ganas de hacer ciertas preguntas. Se sentía igual de juguetona.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —le inquirió.

Ahí, sí, Marcos levantó la vista del asfalto y la miró. Brillaba su mirada.

—Bueno, depende, claro... —acertó a decir él.

—No te preocupes, que no soy nada chismosa —se disculpó Jimena entre risas—. Me dijo Lola que vienes de Zaragoza...

—En efecto.

—Muchas ganas habrías de tener para abandonar Zaragoza y venir a un pueblo tan pequeño como este. ¿Nadie te ha contado cómo son aquí los inviernos? —dijo Jimena terminando la frase con otra sonrisa.

—Lo sé. Conozco Ansó desde que era niño porque venía con mis padres a Jaca, y a mi padre le gustaba venir a comprar embutido a una tienda que había antes abierta aquí. Luego, además, también he venido con amigos. Ya sabes, de casa rural y esas cosas. Además, es curioso: lo mismo que me has preguntado tú lo hizo Dolores el mismo día que llegué aquí.

Marcos se calló. Estaba mintiendo. Había vuelto a Ansó en ocasiones, pero no con amigos, sino con Isabel hasta que ésta decidió que no volverían a hacerlo nunca más porque lo detestaba. Odiaba aquel pueblo altoaragonés con todas sus fuerzas, un lugar del que Marcos sí estaba enamorado y al que se había escapado a escondidas en más de una ocasión aprovechado su relativa cercanía de Zaragoza. Allí se oxigenaba en todos los sentidos, y cuando regresaba a la capital aragonesa lo hacía con la esperanza de que ese oxígeno le durara el mayor tiempo posible, lo que nunca

era así. Isabel consumía sus reservas de oxígeno hasta reducirlas a la nada.

—Entonces ya sabes lo que te espera.

—Frío y mucho frío.

—Nada que no evite un poco de calor, ¿no?

Jimena acabó la frase guiñándole el ojo izquierdo y el cuerpo de Marcos experimentó una combustión instantánea. Jimena había desatado en su interior un fuego que no le quedaría más remedio que extinguir más tarde, una vez hubiera regresado a su casa, en forma de masturbación; con la constatación de que Jimena le había abierto la puerta de par en par. Y le esperaba detrás de ella.



## CAPÍTULO 6

*Ansó,  
la tarde del sábado previo a la  
Noche de Todos los Santos de 2016*

—Joder, Lola, ¡no lo acabo de ver!

—¡No me jodas! ¿Te lo quieres tirar o no? ¡Coño! ¡Pues qué mejor ocasión que la noche de Halloween!

—Que sí, pero ¿no ves el disfraz un poco provocativo?

Lola se había plantado en la tahona de Jimena con una disfraz de diablesa. Eran varios los locales que habían decidido celebrar una fiesta de Halloween. La oportunidad para que Marcos y Jimena fraguaran lo que sentían el uno por el otro.

—Vamos a ver, ¿no me estás diciendo que el profesor te pone como una moto?

—Sí, Lola, me pone como una moto, pero...

—¿Y que se pone más nervioso que un flan cuando va a la tahona? —contrató Lola—. ¡Que le molas un montón se ve de aquí a Lima! Así que, ¡espabila! Esta noche le vas a poner más caliente que el palo de un churrero. Y si os entran ganas, os dejo mi casa. ¿Cuánto tiempo hace que no te das una alegría para el cuerpo, Macarena?

—Pues...

—¡Pues eso!

Jimena echó un nuevo vistazo al disfraz de diablesa que Dolores le había comprado en Jaca. Llamaba mucho la atención, sí, por la minifalda roja y la capa que envolvía el cuerpo que decoraba un corpiño del mismo color. El disfraz lo remataban unos cuernos que se iluminaban y unas medias de color rojo con su correspondiente ligero. Muy provocativo, pero perfecto para sus intereses. Lo volvió

a mirar y se echó a reír con ganas. Dolores no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. ¡Cuántas ganas tenía de ver a Jimena así de feliz! La oportunidad estaba al alcance de su mano y, por su parte, estaba dispuesta a poner todo para que no la desaprovechara.

Con ese disfraz estaba convencida de que Marcos se derretiría sin remedio. Marcos, y también todos los solteros de Ansó, para los que se había convertido en objeto de deseo, suspiros y masturbaciones a la luz del downlight de un cuarto de baño. Es que la pastelera está muy rica, le recordaba Dolores que le decían los solteros al referirse a ella.

—Bueno, pues te dejo, que me voy para casa, que yo también me voy a disfrazar esta noche.

—¿De qué?

—¡Ahhh! Es una sorpresa... —le dejó caer Dolores—. ¡Ups, se me olvidaba!

La alcaldesa se animó a darle un pico a Jimena y se marchó de su casa tras dejarle sobre la mesa el paquete de preservativos que le había comprado, y que estuvo a punto de llevarse consigo de no haberse acordado. Jimena sonrió con la mirada posada en el paquete. Se sentía igual de nerviosa que la noche en que perdió la virginidad.



Dolores acaba de salir por la puerta de la casa de Marcos, al que había dejado, tal como le había advertido a Jimena, más caliente que el palo de un churrero. Le bastó con enseñarle una foto del disfraz que le había comprado en Jaca para que, una vez solo, su mente se llenara de imágenes y su cuerpo de sensaciones pasadas, pero que deseaba —más que desear, casi ansiaba— volver a experimentar. Jimena vestida de diablesa, pensamiento que se tradujo en otra erección.

Desde que pasearon tras el café que compartieron en la pequeña terraza de la calle Arrigo se habían vuelto a ver con más frecuencia que antes. Sus encuentros ya no se resumían a la visita de Marcos a la tahona para surtirse de dulces, sino que se habían ampliado

con la presencia de Jimena en el colegio, a la hora de la salida de clase, para recoger a Clara. Y ésta, que había heredado la viveza e inteligencia de su madre, no tuvo reparos en preguntarle una mañana, en el transcurso de uno de los recreos, la cuestión que llevaba bullendo en su cabeza desde hacía varios días:

—Marcos —Clara le tuteaba al igual que todos sus compañeros del colegio. Ni profesor ni señor maestro. Marcos a secas. Así se lo había pedido a todos—, ¿por qué no te haces novio de mi madre?

—¿Qué has dicho? —respondió el profesor sobresaltado y mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie más había escuchado la pregunta, gesto del que se percató Clara.

—Que por qué no te haces novio de mi madre. Y no hace falta que mires a todas partes para saber si nos han escuchado. Ya lo sabemos todos.

La risa se desató en la boca de Clara, divertida por ver el azoramiento que se había apoderado de su profesor, cuya cara enrojecida era digna de ser admirada.

—¿Qué es eso que ya sabéis todo? —le preguntó Marcos con el hilillo de voz que salió de su garganta, lo que hizo aumentar más el nivel de la risa de Clara.

—¡Que te gusta mi mamá! —le chilló alborozada. Y para sorpresa del profesor, se dirigió al resto de sus compañeros, desperdigados a la hora del recreo—: ¿A que a Marcos le gusta mi mamá?

—¡Sííí! —respondieron todos al unísono. De pronto, el profesor no tardó en verse rodeado de un grupo de niños que, a la vez que botaban a su alrededor, le chillaban la misma frase de manera repetida—: ¡A Marcos le gusta Jimena! ¡A Marcos le gusta Jimena! ¡A Marcos le gusta Jimena!

La fiesta de Halloween a la que tenía pensado asistir era el acicate que necesitaba para dar el paso que ansiaba. ¡Sí, lo estaba deseando! ¿Cómo no iba a desear disfrutar de Jimena a solas? ¿Cuántas noches había soñado con sus ojos, con su boca, con su cuerpo? ¿Cuántas mañanas se había despertado acompañado de los rescoldos del último pensamiento puesto en Jimena, y cuya evidencia era el bulto que asomaba a través de su slip? No habían sido pocas las veces en la última semana que había dado la bienvenida al nuevo día aliviándose con la imagen de la chica de la

tahona en su cabeza; asumiendo que era momento de lanzarse de nuevo a vivir la vida, a disfrutar de un poco de calor a su lado, de una presencia que le llenaba por completo.

Así que tenía decidido darle la sorpresa a Jimena y también a Dolores. Una tarde de la semana anterior había bajado a Jaca para adquirir algunos complementos con los que completar su disfraz de vampiro. Siempre había querido vestirse como uno, pero Isabel nunca se lo permitía. Es más, su ex detestaba una fiesta como la de Halloween, que consideraba una imposición imperialista y una excusa más para desatar la vena consumista en la gente.

Isabel ya no estaba a su lado, por lo que había llegado el momento de dar rienda suelta a una de las grandes ilusiones de su vida. La sorpresa que se llevarían Jimena y Dolores sería de las de época, pues ninguna de las dos se imaginaba que Marcos llevaba semanas pergeñando cómo iba a ser su disfraz de Halloween y dónde podría comprarlo en Jaca.

De pronto, llamaron a la puerta. Miró el reloj. Aún eran las seis de la tarde, pronto para acudir al bar donde se celebraría la fiesta. Puede que fueran los críos, que tenían pensado salir a recorrer las calles y preguntar casa por casa aquello ya famoso de truco o trato. Marcos también lo había previsto, pues junto a la puerta descansaba una bolsa llena de chicles, caramelos y piruletas para repartirla entre los niños que acudieran a su casa.

Sonriente y con la bolsa en la mano, abrió la puerta. La sonrisa tardó en helarse un segundo, lo que le costó reconocer a la persona que tenía delante, embutida en un abrigo largo; y su sonrisa cínica, siempre tan ácida.

—¡Hola, Marcos! Cuánto tiempo, ¿verdad?

El cuerpo del profesor se vio arrasado por un ataque de nervios brutal. No, no podía ser, se lamentó negando con la cabeza y el labio inferior temblándole. Las tinieblas comenzaban a apoderarse de Ansó sumiéndolo todo en la oscuridad, y ya brillaban las farolas encendidas, que dotaban de claridad y calidez al entorno. En su interior, sin embargo, se expandían sin posibilidad de detenerlas.

—¿Ya se te ha olvidado saludar? —le preguntó la mujer que tenía delante.

—Claro que no, Isabel.

Sí, la mujer que le había hecho aquella pregunta era Isabel Remacha, su ex, quien por razones que desconocía había decidido visitarle esa tarde.

Justo esa tarde.

## CAPÍTULO 7

*Ansó,  
horas más tarde*

Jimena era el centro de atención de la fiesta. Lo sabía, y por eso se sentía un tanto cohibida. Más de uno y de dos no dejaban de mirarla bien de reojo, bien de manera directa. Los murmullos se sucedían a su alrededor, y si bien no los podía escuchar sí era consciente de cuál podría ser su contenido. En todos los casos, parecido, por no decir el mismo: lo ligera que se había presentado la chica de la tahona en la fiesta.

Dolores, que no le quitaba de encima la vista, se percató al instante del azoramiento que se había apoderado del estado de ánimo de Jimena. Ser el centro de atención de todo el mundo era algo que no le gustaba, y mucho menos por la razón que la había llevado hasta allí: el traje que vestía. Sí, inspiraba, despertaba sentimientos y algo más en todos los hombres que se encontraban en aquel local de Ansó.

Y el único que de verdad le importaba, la razón por la que se había vestido de esa guisa aún no había hecho acto de presencia. ¿Lo haría? Una pregunta que había comenzado a sobrevolar su cabeza desde hacía varios minutos, temerosa de que Marcos decidiera no acudir a la fiesta. ¿Lo haría? La seguridad con la que Dolores le había dicho que acudiría le tranquilizaba un tanto, pero las manecillas del reloj corrían y aún no se había presentado. Quizás se hubiera sentido indispuerto a última hora, o bien se podría haber quedado dormido al echar una cabezadita. Eran tantas las posibilidades... A Jimena no se le iban las dudas que surcaban por su cabeza sin que fuera capaz de detenerlas.

Pero no, la alcaldesa le había jurado que iría, razón por la que se animó a comprarle el ya famoso disfraz. Había acudido a la tienda de una conocida a Jaca para adquirir el suyo, el clásico disfraz de bruja de la noche de Halloween, cuando a la dependienta se le escapó que el profesor del colegio había estado un rato antes para llevarse un disfraz de vampiro, detalle que prefirió ocultarle a Jimena. Sería una sorpresa.

No obstante, allí estaba a su lado Dolores, lanzando una mirada tras otra a la puerta de entrada del local donde se celebraba la fiesta. De pronto, la alcaldesa percibió la vibración del teléfono móvil que llevaba guardado en un pequeño bolso colgado al hombro y que disimulaba con la capa del disfraz. Al echar un vistazo a la pantalla compuso un gesto de extrañeza. Recibir una llamada de Gloria, la dueña de una cafetería de Jaca y buena amiga suya, y más a esas horas de la noche, no era habitual. ¿Qué podrá querer esta mujer?, se preguntó antes de responder la llamada.

—¿Gloria? ¿Qué pasa?

Dolores se quedó en silencio y después cerró los ojos maldiciendo. La conversación fue breve. Colgó después de abrirlos, lo que tardó unos segundos en hacerlo. Jimena se asustó al verla reaccionar de esa manera.

—¿Qué ha pasado?

—No te lo vas a creer...



Dolores recorrió los poco más de 50 kilómetros que separaban Ansó de Jaca, en cuyo cuartel de la Guardia Civil estaba detenido Marcos, como si de una conductora de competición se tratara. ¿Por qué estaba Marcos en Jaca cuando, horas antes, le había prometido que asistiría a la fiesta de Halloween organizada por el ayuntamiento? Llevaba masticando esa pregunta desde que salió de Ansó; y también esta otra: ¿por qué estaba detenido Marcos en el cuartel de la Guardia Civil? ¿Qué le había llevado a acabar allí? Preguntas cuyas respuestas sólo tenían los agentes de la benemérita, a los que conocía. Y esperaba que alguno de ellos, sobre todo su

sargento, Eduardo García, le pudiera responder a cualquiera de aquellas preguntas.

Aparcó el coche —más bien lo dejó tirado como pudo— en la Avenida de Francia, cerca de la entrada al cuartel, y corrió hasta sus dependencias, donde se topó con Javier, un agente joven, casi barbilampión, que apenas llevaba unos meses en el destacamento de Jaca.

—¿Qué desea? —la detuvo aquel agente en su alocada carrera.

—¡Quiero ver al sargento García de inmediato!

—¿Con qué motivo?

—¡La detención del joven que se han llevado esta noche de la cafetería de Gloria!

No hizo falta avisar al sargento, pues éste salió por la puerta de su despacho al escuchar la voz de Dolores. Se conocían desde hacía unos cuantos años, y lo más importante de todo: se respetaban.

—Lola, ven.

La alcaldesa le siguió hasta su despacho, cuyo acceso le franqueó. La alcaldesa tomó asiento en una de las sillas dispuestas ante la mesa. Eduardo García, un hombre algo mayor que ella, un tanto obeso y de mirada alegre, lo hizo en su sillón. En una ocasión le reconoció que vivía bien en Jaca, y sólo hacía falta navegar por aquella mirada y reparar en su barriga para cerciorarse de que así era.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Dolores de sopetón.

—Nada grave, no te preocupes —le tranquilizó el sargento—. Está en el calabozo durmiéndola. Se ha agarrado un pedo de consideración.

—¡Pero si no bebe!

—Pues para no beber, no veas... Se ha pimplado una botella de vodka él solito.

—¿De vodka?

—Y en una hora y pico.

—¡Ay, Dios...! Pero, pero...

Dolores no daba crédito a lo que estaba escuchando. Marcos, borracho, detenido en el calabozo de Jaca. Y ella, vestida de bruja delante del sargento de la Guardia Civil, cuya vestimenta no le había



sorprendido en absoluto. Cada vez más gente se disfrazaba en una noche como esa.

—Se personó a las siete de la tarde en la cafetería de Gloria acompañado de una mujer.

—¿De una mujer? —grito sorprendida la alcaldesa.

—Por lo que nos contó Gloria, la mujer llevó la conversación en todo momento. Hablaron como cerca de una hora y después se marchó del bar dejándole con la mirada perdida y absorto durante un par de minutos. Cuando volvió en sí, sonrió, se acercó a la barra y pidió una botella de vodka y un vaso. Que tenía que celebrarlo, eso le dijo a Gloria. En poco más de una hora se la cepilló. ¡Y no veas con qué alegría se la pimpló! No sé quién sería la mujer con la que se encontró allí, pero Gloria dice tras dejarle solo no hacía más que dar gritos de alegría. Luego, ya borracho, se encaró con otro cliente en el servicio porque tardaba en salir y se estaba meando. Estuvieron a punto de acabar a hostias, así que Gloria nos llamó, decidimos acudir al lugar y nos llevamos detenidos a los dos para tomarles declaración. Al vecino le soltamos hace media hora. A tu masestro, como comprenderás, no podíamos hacerlo.

Dolores escuchó el relato con atención, relato que le despertó otra cantidad de dudas similar a las que le asaltaron en el viaje de ida hasta Jaca. Una mujer, un encuentro, una borrachera a consecuencia del encuentro. Tres ingredientes de un misterio que se agrandaba en su cabeza.

—Entonces, ¿no hay cargos contra él?

—Qué cargos vamos a tener... El otro cliente no quiso meterse en jaleos y prefirió quitárselo de encima. Acudimos allí porque Gloria nos lo pidió, no fuera que se le calentaran los cascos y, al final, le diera una paliza a tu maestro.

—¿Me lo puedo llevar entonces?

—Deberías. Mejor que duerma la mona en una cama caliente que aquí, en el calabozo.

Dolores respiró. Al menos, regresaría a Ansó con Marcos. Lo malo es que la fiesta de Halloween, sobre todo para ella y, también sospechaba, para Jimena, ya había acabado.

—¿Me ayudaríais a meterlo en el coche? —le pidió al sargento.

—¿Dónde has aparcado?

—Delante de la puerta.

—Le diré a Javier que me ayude. Tú espera en el coche.

—Muchas gracias, Eduardo.

—No hay de qué. Eso sí, mañana ya le puedes echar una buena reprimenda. No me gusta que nadie venga a Jaca a liarla. Si vuelve otra vez, no seré tan condescendiente.

Cinco minutos después, los dos agentes salieron sosteniendo a Marcos, con la cabeza agachada y sin enterarse de nada de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Le sentaron en el asiento del copiloto y le colocaron el cinturón de seguridad. Eduardo dedicó un saludo a la alcaldesa que ésta devolvió asintiendo con la cabeza. Por delante, otros cincuenta kilómetros que recorrer, pero ahora de manera más relajada que a la ida. Y con decenas de preguntas revoloteando en su cabeza que no tendrían respuesta, y confiaba en que así fuera, al menos hasta la mañana siguiente.

Ya con el motor arrancado decidió llamar a Jimena. No tardó en escuchar su voz.

—Laura, me tienes que ayudar a meter a Marcos en mi casa, yo sola no puedo. Te aviso en cuanto llegue al pueblo. ¡Que no veas qué borrachera ha cogido el amigo!

## CAPÍTULO 8

*Ansó,  
mañana posterior a la  
Noche de todos los Santos de 2016*

**M**arcos se despertó con un enorme dolor de cabeza. Y lo hizo aturdido, pues no reconocía el lugar donde se encontraba; ni tampoco recordaba lo que había ocurrido desde que Isabel salió por la puerta de la cafetería de Jaca en la que habían hablado un buen rato, incluso varios instantes de manera bastante civilizada para lo que eran sus conversaciones en los últimos tiempos, y decidió pedir una botella de vodka para celebrar que, al fin, era una persona libre.

Isabel había regresado a su vida, pero por suerte ya no lo haría nunca más. Se presentó esa tarde en Ansó para ofrecerle un trato a Marcos y éste no rehusó nada más informarle su ex de manera somera. Sin embargo, no quería que le vieran en el pueblo con ella, ni tampoco que nadie conociera el contenido de su conversación, por lo que, tras acceder Isabel, bajaron hasta Jaca, donde entraron en el primer bar que vieron abierto y allí cerraron el trato que había venido a proponerle: el divorcio a cambio del piso de Zaragoza; la libertad que tanto ansiaba Marcos, una paz con la que llevaba tiempo soñando, a cambio de unas cuantas decenas de miles de euros. No se lo pensó dos veces cuando su ex le presentó los documentos redactados por su abogado, al que el profesor conocía, para que los firmara y así diera validez al trato que le ofrecía. Un piso que ya no le suponía nada, tan vacío de recuerdos como de su presencia desde hacía algo más de un año y medio, a cambio del divorcio; divorcio del que, como Marcos sospechaba, también Isabel

se iba a beneficiar, pues tenía planes con su actual pareja, con la que llevaba saliendo algo menos de medio año.

—O firmas, o te hundo más la vida. Y sabes que puedo hacerlo.

Esa fue la amenaza que le expuso en la cafetería de Jaca. A pesar de que esa firma le iba a suponer la pérdida de mucho dinero, nada valía tanto como verse libre de la atadura de su ex, de sus cambios de humor, de su temperamento volcánico. Al verla desaparecer por la puerta con los documentos firmados bajo el brazo pidió lo primero que se le ocurrió para celebrarlo. Nunca había probado el vodka, pero le apetecía celebrarlo con una bebida de hombres de verdad, como decían esos amigos a los que hacía varios años que no veía porque a Isabel no le gustaban.

El primer chupito y el segundo chupito se los bebió de golpe, y con ellos también se fueron los recuerdos que aún le quedaban de su pasado junto a ella: el primer beso, la primera vez que lo hicieron, el día de su boda en El Pilar porque Isabel siempre quiso casarse allí... Mediada la botella, Marcos ya se había desenchufado por completo de la realidad que le rodeaba.

Cuando, tras escuchar que llamaban a la puerta de la habitación en la que había dormido, vio aparecer a continuación el rostro redondeado de Dolores, se sintió más tranquilo.

—¿Estoy en tu casa?

—Después de que acudiera a tu rescate.

Marcos se incorporó lentamente una vez Dolores subió la persiana y la luz entró a raudales en la habitación. Emitió un gemido, pues le dolía la cabeza, y aún creía sentir que todo se movía a su alrededor.

—No me acuerdo de nada de lo que ocurrió.

—Ahora te lo cuento yo, que desde luego... ¡Anda a darte una buena ducha y después desayuna como Dios manda, que tienes que meterte algo sólido en el cuerpo!

—No me vendría mal, desde luego.

—¡Pues ya estás tardando!

—Si soy capaz de llegar a la ducha, claro —se lamentó.

—¡Anda, tira, tira...! Que bien dicho está eso de noche de fiesta, mañana de ibuprofeno. Luego te doy uno con el café.

Diez minutos más tarde, Marcos entró en la cocina de la casa de Dolores. En la mesa había dispuesta una cafetera con café recién hecho a la que acompañaban una botella de zumo natural y un plato con algunos de los dulces que elaboraba Jimena. Fue lo primero que miró Marcos, gesto que no le pasó desapercibido a la alcaldesa.

—¿Los miras con hambre, o con cara de pena por lo que te perdiste anoche?

No terminó aquellas palabras cuando Dolores le mostró una fotografía tomada con su teléfono móvil en la que aparecía Jimena vestida de diablesa.

—Pues eso es lo que te perdiste anoche.

Marcos suspiró, y acto seguido acrecentó su cara de pesar.

—Más lo lamento yo, Dolores, te lo juro.

—Espero que tengas una explicación para lo que hiciste anoche en Jaca.

—Lo último que recuerdo es que comencé a beber como un cosaco después de que Isabel se marchara. De lo demás, nada de nada.

—¿Isabel? ¿Quién es esa mujer?

—Mi ex.

Dolores recibió la confesión con una sorpresa que se reflejó en su mirada y, asimismo, en sus cejas enarcadas.

—¿Estabas casado?

—Aún lo estoy. Estoy separado, pero no divorciado. Decidí separarme de mi mujer después de recuperarme de un intento de suicidio.

—¿¡Que qué?! ¿Que te intentaste suicidar? ¡Qué me estás contando!

La alcaldesa se levantó de la silla en la que había tomado asiento para charlar con Marcos y se dirigió a un armario, del que sacó una taza. Se la llenó de café y se sentó de nuevo. Tras darle un trago y encenderse un cigarrillo, expulsó el humo con calma.

—No me jodas que te intentaste suicidar por culpa de esa pava.

—Así es.

—¿Puedo saber la razón?

—Ella misma.

—¿Qué pasa, que era una bruja?

—Si sólo fuera una bruja...—Marcos dio un sorbo a su café y se limpió los labios con una servilleta—. Pero, al fin, ya no me molestará más.

—¿Por qué?

—Me concede el divorcio a cambio de quedarse con el piso que nos regalaron mis padres en Zaragoza cuando decidimos casarnos.

—Y le has dicho que sí, sin más.

—Con tal de no verla nunca más. Sé que pierdo bastante dinero, pero mi salud mental y física me lo agradecerán.

—¿Y estás seguro de que no volverá a molestarte?

—He firmado un documento en el que así se recoge. A partir de ahora puede hacer lo que le plazca con el piso, es suyo. A cambio, me concede el divorcio. Ya es pasado en mi vida, y no sabes cuánto...

Esas últimas palabras le costaron a Marcos un mundo. Conforme las pronunciaba comenzó a desmoronarse por dentro, mientras que por fuera las primeras lágrimas que encharcaron sus ojos se convirtieron en un llanto imposible de frenar. Dolores le abrazó con cariño y le dejó desahogarse con calma. En silencio, pensaba lo iguales que eran Marcos y Jimena, su pasado tan parecido, preñado de dolor y de sufrimiento. Le acarició un par de veces el pelo dejando que llorara aquellas lágrimas tan llenas de dolor, pero que a la vez suponían una liberación para él. Porque Marcos ya era una persona libre y Dolores tenía más que claro, tras el episodio que estaba viviendo en su casa, que el profesor lo único que necesitaba era mucho cariño y comprensión de una persona que supiera lo que suponía pasar por un trance semejante. Por eso se permitió sonreír, una sonrisa por el triunfo del amor que veía ya tan cercano para ellos.

Marcos se separó de Dolores con suavidad, se recompuso secándose las lágrimas con la servilleta de papel y dio un trago al café, que acompañó de un mordisco a uno de los dulces dispuestos en la bandeja. Masticó en silencio con la mirada perdida y la alcaldesa le dejó hacer en silencio, que navegara con calma por sus sentimientos para recoger los restos del naufragio y recomponer con ellos su alma.

El suspiro que emitió a continuación lo acompañó de una mirada fija en la de Dolores, y ésta lo interpretó que ya estaba preparado para hablar.

—No vi las señales, o quizás no quise verlas antes de casarnos. Todo el mundo me lo advirtió. Piénsalo bien antes de dar el paso, no te cases con esa pava todavía, espera a conocerla mejor, que tiene pinta de trepa, que va a por ti. Esto lo decían porque mis padres tienen dinero, les ha ido bien en la vida. Mi padre es empresario, tiene una empresa de logística, y mi madre es enfermera. Además, soy hijo único. Un buen partido, como podrás ver. Pero Isabel me había capturado sin remedio, y lo hizo con su mejor arma: el sexo.

—¿Qué pasa, que era una máquina en la cama?

Marcos esbozó una sonrisa antes de contestar:

—Algo así. Mi experiencia sexual antes de conocerla era nula, de tal manera que me inició en ese mundo. En la época de estudiantes, casi a diario, incluso dos veces al día, y claro, para mí eso era el paraíso. Luego, cuando decidimos irnos a vivir juntos, alquilamos un piso y aquello ya fue el desmadre. De todo, Dolores, hacíamos de todo, por delante y por detrás. Se prestaba a todo, no decía a nada que no... Y lo que estaba haciendo sin darme cuenta era depender de ella, crear una necesidad que, en cuanto nos casamos, recortó de raíz. A partir de ese momento cerró el grifo, lo hacíamos con cuentagotas, lo racionó de tal manera que comencé a padecer ansiedad. Para mí, el sexo se había convertido en una droga, y por eso lo transformó en un premio, de tal manera que sólo lo hacíamos cuando hacía algo que aprobaba o perseguía con ahínco. Se apoderó de las cuentas, se hizo con el control de todo, me controlaba la vida, con quién iba a tomar café, con quién hablaba por teléfono...

Dolores no daba crédito a lo que estaba escuchando. «¡Hija de la gran puta!», se dijo para sí escuchando el relato del profesor, que seguía vomitando sus recuerdos:

—Todo, Dolores, todo. Me fue quitando la personalidad, se apoderó de mi vida poco a poco, me indicaba qué tenía que hacer y qué no... Mis padres y algunos de mis amigos vinieron a casa en muchas ocasiones para saber qué estaba ocurriendo, y ahí salió la verdadera Isabel: decía a lágrima viva que me tenía miedo, que

había días que me ponía demasiado violento con ella, que un día casi le levanto la mano... Cuando era al revés, era Isabel quien me machacaba psicológicamente, quien me desmerecía, y hasta llegó a pegarme una bofetada un día en la cocina sin venir a cuento. A partir de ahí mi existencia se convirtió en un infierno, estar bajo el mismo techo era una tortura, me hundió. Hasta que un día, por sorpresa, llegué a casa antes de lo previsto y la vi en la cama con otro. No dije nada, salí de casa, me puse a caminar sin sentido y me vi apoyado en la barandilla del Pabellón del Tercer Milenio, ya sabes, el de la Expo, y me arrojé al agua, sin más. Sólo quería descansar, y a punto estuve de conseguirlo de no ser por un par de piragüistas que me rescataron y llevaron al hospital.

—No me jodas... —murmuró Dolores, boquiabierta. En su cabeza, la sucesión de *hija de puta* dedicados a Isabel, la ex de Marcos, no tenía fin.

—Me diagnosticaron un cuadro depresivo, ansiedad... De todo. Estuve un mes en el hospital y otros seis meses de tratamiento intensivo; luego seis meses más con vigilancia viviendo en casa de mis padres, tras los cuales el doctor que llevó mi caso determinó que ya podía volver a trabajar. Es más, me lo aconsejaba para reincorporarme a la vida normal, pero fuera de Zaragoza. Por eso, cuando me ofrecieron la plaza de Ansó, no lo pensé dos veces. Para mí esto significa volver a nacer, Dolores, y más después de lo de ayer.

La alcaldesa dio un nuevo sorbo a su taza de café con la mirada puesta en Marcos. Éste, por su parte, tomó otro dulce, que devoró en un santiamén. Estaba hambriento, pues la noche anterior apenas dio más bocado que las galletitas que les sirvieron con los cafés que tomó. Dolores carraspeó.

—Estáis hechos el uno para el otro, desde luego.

—¿A quién te refieres?

—A ti y a Jimena. Si alguien se merece la felicidad, no tengo ninguna duda de que sois vosotros dos.

—Sí, porque mira que quedarse viuda tan joven, y con una criatura que sacar adelante... —se lamentó Marcos mojando una magdalena en el café.

Dolores suspiró.



—No es viuda.

El último bocado de magdalena se le atragantó al profesor, que tosió con fuerza. Se limpió la boca con la servilleta sin dejar de mirar a la alcaldesa, que lo observaba con rostro expectante.

—¿Cómo que no es viuda? ¡Pero si...! —trató de protestar.

—Como que su marido se llama Germán y está tan vivo como tú y yo. Y Jimena... —Dolores volvió a suspirar mirando con intensidad a Marcos—. ¿Hacemos un pacto? Lo que te voy a contar es secreto, yo no te he contado nada, y espero que no le digas nada a Jimena hasta que se decida a contártelo. Confío en ti. Un secreto por otro, ¿estamos?

—Estamos —le prometió Marcos.

—Jimena no se llama Jimena, su nombre real es Laura, Laura Vílchez, y es madrileña. Una abogada de padres forrados, como los tuyos, mira, otra coincidencia más —se permitió bromear con él—. Vino aquí hace cuatro años huyendo de su marido, que también le hacía la vida imposible. Me inventé ese nombre para protegerla, para evitar que nadie la reconociera como quien era por su nombre y, vete tú a saber, le fuera con el cuento a su marido.

«¡Alucino pepinillos!», pensó Marcos. Que Jimena no fuera tal, sino que se llamara Laura y que hubiera huido de casa era lo último que podía esperar. «En todas partes cuecen habas», siguió pensando sin que su cara atónita por el relato de Dolores se descompusiera en ningún momento.

—Su vida era un paraíso. Casada con el hombre de su vida, se querían con locura, y la llegada de su hija Clara fue el culmen de su felicidad. Pero Germán sufrió un accidente y a partir de entonces su vida se convirtió en un infierno. Se hundió en una depresión porque, por culpa del accidente, perdió el trabajo y se aferró a la bebida como tabla de salvación a pesar de que Laura hizo todo lo que estuvo en su mano para sacarle de la depresión. Se volvió violento, irascible, pero de ahí nunca pasó. Su vida se volvió insoportable y decidió huir de Madrid con Clara hace cuatro años apenas con lo puesto. Encontró refugio aquí, en Ansó, con el otoño encima, en una casa en ruinas que fue de sus abuelos maternos. Un día, al pasar por delante, escuché ruido en su interior, pero pensé que se trataría de algún gato. Dos días después me pilló una tormenta en plena

calle, de tal manera que decidí refugiarme en aquella casa hasta que escampara. Me encontré a las dos asustadas, ateridas de frío, Clara aferrada a su madre; como dos alimañas muertas de miedo, ocultándose de cualquier mirada.

«¡Virgen Santa del amor hermoso!», caviló Marcos con aquella confesión que le acababa de hacer la alcaldesa de Ansó. Por un momento cruzó por su cabeza la imagen de Jimena y de Clara como si fueran animales, refugiadas en un lugar insalubre, ocultas por miedo a que las descubrieran. Negó con la cabeza dichas imágenes durante unos segundos. ¿Quién podría ser el cabrón que las había hecho sufrir de esa manera? ¿Para tanto había sido el accidente sufrido como para cambiar su relación con esposa e hija? Preguntas para las que, temía, sólo Jimena tendría la respuesta, y dudaba si alguna vez se la daría. Más aún, dudaba si se atrevería a hacérselas en algún momento.

—Me las llevé a casa de inmediato —siguió Dolores con su relato— y allí Laura me confesó quién era, y entonces la recordé. Al principio me costó de lo delgada y demacrada que estaba. ¡Tenía tan mal aspecto...! Pero luego empecé a recordarla. ¡Claro que me acordaba de nuestros juegos en la plaza, por las calles de Ansó cuando éramos niñas! Con el tiempo dejó de venir con tanta asiduidad y tampoco la casa estaba en condiciones de alojar a nadie. Mientras pensábamos dónde alojarlas estuvieron conmigo. En cuanto a algo en lo que trabajara, le sugerí que por qué no se dedicaba a fabricar dulces. Durante el tiempo que vivió en casa demostró tener buena mano para la repostería, y entre todos la ayudamos a montar la tahona que ya conoces. A cambio, todos los años realiza la declaración de la renta de buena parte de los habitantes de Ansó. Una manera de agradecerles todo lo que han hecho por ella y su hija. ¿Qué te parece?

Marcos se quedó pensativo durante unos instantes tratando de asimilar lo que acababa de escuchar, y también las anteriores imágenes de Jimena y de Clara. No daba crédito a lo que había escuchado. Mantenía la mirada clavada en un punto indeterminado del suelo con su cabeza viajando hasta aquella casa, al obrador donde Jimena preparaba sus pasteles, a la bañera donde madre e hija compartirían secretos al final del día, al dormitorio donde estaba

seguro de que a Jimena todavía se le escaparía alguna lágrima antes de quedarse dormida pensando en todo lo pasado. Nunca haría sufrir a nadie de esa manera, y menos a una persona como Jimena. A una chica así la colmaría de besos, de abrazos, de atenciones, pero nunca de reproches, de lamentos y de insultos. No, no era como Germán, y también tenía claro que Jimena tampoco era Isabel. En consecuencia, lo tenía claro: la puerta del amor estaba más que abierta, y por ella entraba una luz en forma de sonrisa y de miradas de Jimena que, estaba convencido, le iluminaría para siempre.

—¿Y no va a volver nunca a Madrid?

—No se atreve. Teme mucho a Germán, por eso tiene decidido quedarse aquí para siempre si es preciso, pero no regresará a Madrid. Lo siente por sus padres, a los que lleva sin ver desde que tuvo que salir huyendo de casa, pero prefiere que las cosas sean así.

—Joder...

—Un tiempo lleva, sí —se atrevió Dolores a bromear—. Más que tú incluso, fíjate.

Marcos se echó a reír. ¡Como le gustaba poder reír de esa manera, sin recato! Llevaba apenas unos meses en Ansó y ya se había hecho por completo a su vida, pero más a su gente. A Dolores, que le había ganado con su bonhomía y su carácter extrovertido; a Jimena, o a Laura, como se llamaba, por su dulzura y una compañía con la que se sentía tan a gusto. Laura, Jimena. El nombre y su imagen sobrevolaron sus pensamientos por unos segundos. No pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Estás pensando en ella, ¿eh?

—¿Yo?

—Vamos, vamos, que esa sonrisa no engaña... —volvió a reír Dolores.

—Pues sí, estoy pensando en Jimena, no te voy a engañar. Ahora sabiendo que no tengo ninguna atadura más en mi vida...

—¡Mira qué bien! ¿No crees entonces que se merece una disculpa por lo de anoche? —insistió la alcaldesa—. ¡Que no veas qué vergüenza sintió al principio mi niña al verse vestida de aquella guisa! Y todo por ti.

La última frase retumbó unos segundos en la cabeza de Marcos, al que Dolores volvió a mostrar la imagen captada la noche anterior con una sonrisa pícaro en los labios. Estaba preciosa. Más allá de lo sensual de la imagen y lo que el disfraz transmitía, no podía evitar que el pulso se le acelerara cada vez que la veía —ya fuera en persona o en foto—, la oía hablar, o alguien mencionaba su nombre en su presencia. Lo que viene a ser colado por sus huesos. Fuegos artificiales en su cabeza de todos los colores, bengalas chisporroteando a su alrededor y corazones flotando en el aire.

—Venga, que la niña está para que le hagan un homenaje tras otro todos los días. Y se lo tienes que dar tú, que yo, por mucho que quiera...

Dolores y Marcos rieron de nuevo. Rieron durante un buen rato. Mientras lo hacían, la alcaldesa reparó en el rostro del profesor, en las lágrimas que le saltaban de los ojos, en su expresión de felicidad. «Si alguien se merece ser feliz en esta vida son estos dos», caviló sin dejar de reír.

Lo merecían.

## CAPÍTULO 9

*Ansó,  
comienzos de noviembre de 2016*

**M**arcos se miró de nuevo ante el espejo. ¿Cuántas veces lo había hecho ya en los últimos cinco minutos? Y no es que fuera coqueto, en absoluto, pero quería estar convencido de que el atuendo escogido —un jersey oscuro, pantalones algo más claros lavados a la piedra y unas zapatillas deportivas— para la comida con Jimena era el apropiado. La primera cita, y no quería cagarla. Bien es cierto que, como le había dicho Dolores, lo de menos era cómo fuera vestido, pero quería causar una buena sensación y tenía ropa suficiente para hacerlo. Se trataba de combinarla con gusto, nada más. Tras revisarse otra vez delante del espejo, convino que el atuendo escogido sería del gusto de Jimena.

Ésta le había propuesto comer juntos unos días antes, cuando lo que quería proponerle Marcos ese miércoles que entró en la tahona era invitarla a cenar, por ejemplo, en Jaca, los dos solos en un restaurante. Un viernes o un sábado, por ejemplo, para resarcirla por lo de la noche de Halloween. Una noche de cena con velas, vino, risas, miradas que se encendieran cada vez que se miraran y cuchicheos y confidencias que sólo ellos entendieran. Y después...

Jimena le propuso comer en su casa, dado que Clara tenía un cumpleaños, y luego, una sesión de cine con *Casablanca* y mantita en el sofá. Y lo que surja, remató con esas palabras la invitación. Marcos compró unas cuantas magdalenas y salió de la tahona como alma que lleva el diablo para marcharse a su casa, donde se desahogó en la taza del inodoro con las palabras de Jimena como compañía y recordando el rostro plácido con el que se las dijo. Con Clara de cumpleaños, mantita y el calor del vino de la comida —

porque había comprado un buen vino—, no tenía dudas de que lo que surgiera sería el final de aquella comida que se disponían a tener. Eso pensó dando por concluido el examen de su atuendo. Sobresaliente, asintió con una sonrisa en los labios, sonrisa que vio a través del cristal. ¿Cuánto tiempo hacía que no se sentía así de bien, así de feliz? ¡La salida definitiva de Isabel de su vida le había llenado de una alegría infinita!

El sol asomaba con timidez entre las nubes cuando salió a la calle. Había gente en la Plaza Domingo Miral de Ansó: un grupo de personas fuera del bar fumando y bebiendo cerveza y algunas parejas sentadas en varios de los bancos de la plaza. Se notaba cierta animación, pues los sábados con tiempo bonancible era habitual ver a turistas visitando el pueblo. Le separaban cerca de cinco minutos de la casa donde Jimena tenía la tahona —la vivienda estaba encima, en la primera planta—, que se le escaparon en un suspiro caminando ensimismado.

—¡Sube, estoy arriba! —oyó desde dentro de la casa. La hoja superior de la puerta estaba abierta—. ¡Buenas tardes! —le recibió Jimena con dos besos al comienzo del pasillo—.

—He traído vino.

—Hala, ¡qué vino más bueno! —le felicitó Jimena por la elección—. ¡Hoy tenemos carne para comer!

—¿Lo conoces?

—No, pero me suena mucho. A ver si te gusta el menú que he preparado.

Jimena tomó de la mano a Marcos y le llevó hasta la cocina, cuya atmósfera olía de maravilla. El horno estaba encendido, por lo que el profesor supuso que la carne se estaba terminando de hacer. En la mesa había una lata de espárragos, una ensalada de escarola y tomate y unos platos de queso y de chorizo recién cortados.

—Hambre no vamos a pasar, desde luego... —protestó Marcos con sorna.

—¡Ah! Y el postre.

Jimena abrió la nevera, de la que sacó una fuente de macedonia de frutas.

—¡Lástima no haberme traído algún táper...!

—¿Abrimos la botella? —le propuso Jimena.

Tras abrirla, le sirvió una copa al profesor y ella también se sirvió otra para brindar. Brillaban sus miradas, que se cruzaron probando el vino. Marcos lo paladeó con calma y esbozó un gesto de satisfacción.

—Sí que está bueno, sí.

—¿Algo para picar?

Se sentaron a la mesa para compartir los platos de queso y de chorizo. El primero le supo espectacular a Marcos, pero no menos que el segundo.

—¡Joder, el tiempo que no comía este queso!

—Es Queso Ansó-Hecho, de aquí.

—Sí, sí, lo conozco, pero hacía años que no lo probaba.

—Me alegro de haber acertado entonces.

Jimena le acercó su copa para brindar y los cristales chocaron emitiendo un chasquido suave. Después de dar un trago a sus respectivas copas las dejaron sobre la mesa y se miraron. ¿Qué vieron cada uno en la mirada del otro? El deseo de que ese momento se volviera eterno, las mismas llamas incendiando sus pupilas, fijas en las del otro. Un momento tan esperando como anhelado que, por fin, estaba sucediendo, y se trataba de disfrutarlo con calma toda vez que el cumpleaños al que Clara estaba invitada tenía visos de que duraría bastante tiempo. Jimena lo sabía de antemano porque así se lo había asegurado la madre del cumpleañosero, Javier, el mejor amigo de su hija.

—Creo que te debo una disculpa —abrió Marcos el fuego.

—No me debes nada.

—Sí, te debo una explicación porque sé que... —Marcos suspiró y se llevó a continuación las manos al rostro, que se masajeó.

¿Cómo decirle algo que sabía todo el mundo, que Jimena se había vestido de una manera un tanto atrevida para que se fijara en ella esa noche? Sí, era sencillo decirlo. Oye, que aquella noche ibas cañón y yo, como un gilipollas, me pillé un pedo del quince y desperdicié la ocasión.

Lo tenía fácil, pero daba por seguro que Jimena le preguntaría por el origen del pedo, a cuento de qué se le ocurrió emborracharse así aquella noche. Dudas que surcaban por su cabeza con una inquietud que le embargaba. No quería cagarla. Sabía, porque

saltaba a la vista, que Jimena estaba colada por él, lo que era recíproco, pero quería hacer las cosas bien. Era como volver a empezar.

Pero a estas dudas, de repente, le asaltó otra aún más grande: ¿y si Dolores ya le había contado algo a Jimena? ¿Y si la alcaldesa ya le hubiera confesado la existencia de Isabel, el porqué de su borrachera, e incluso lo del suicidio? También había conocido por la alcaldesa que no se llamaba Jimena, sino Laura, y que todavía estaba casada. Sí, había que ir con tacto, se convenció. Y eso que de lo que quería hablar era del traje de diablesa que vistió aquella noche. «¡Esta maldita manera tuya de comerte la cabeza!», se cabreó consigo mismo. «¿No habíamos quedado que seguridad a tope? ¡Pues venga con ella! Demuéstrale que eres un tío echado para delante, que los tienes bien puestos. ¡Vamos, Marcos!», se dijo para terminar de animarse.

—Si te digo la verdad, no lo vi al principio. Cuando me lo mostró Dolores me pareció tan, tan... —se adelantó Jimena en la confesión.

—¿Pornográfico?

—¡Eso mismo le dije yo! —se echó a reír, y Marcos hizo lo propio—. Eso te pareció al ver la foto, ¿verdad?

—Sí —confesó Marcos—. Es que telita, ¿eh? ¡Vaya disfraz, desde luego!

—Eso era lo que quería, ponerte a cien.

Jimena se levantó para comprobar el estado de la carne. Antes de dirigirse al horno le dio un pico a Marcos en los labios y se llegó hasta el horno mirando hacia atrás para dedicarle una sonrisa pícaro.

—¡Oye! ¡No me dejes así! —protestó el profesor.

—La carne ya está. ¿Comemos?

—Pero... —Marcos se levantó ayudado de la mano que le tendió Jimena, a la que abrazó por la cintura—. ¿No estábamos con los aperitivos?

Jimena volvió a darle otro pico y se deshizo con suavidad del brazo de Marcos.

—¿Qué prefieres, aperitivo o postre?

La mesa del comedor ya estaba lista. Una mesa sencilla, cuadrada, cubierta con un mantel de cuadros y, sobre ella, dos



platos y la cubertería junto a dos servilletas del mismo diseño que el mantel. Entre los dos trajeron los platos de queso y chorizo, el bol de la ensalada y el plato de espárragos.

Fue una comida tranquila en la que hablaron de todo: de los progresos de Clara en el colegio, de lo lista y avispada que era la hija de Jimena, pero también de cosas del día a día y de cómo Marcos ya estaba integrado en la vida de Ansó. Al acabar la última cucharada del postre, el profesor resopló.

—¡Bufff! ¡Estoy lleno!

—Nada que no sea capaz de remediar una copa de pacharán ordesano —le guiñó Jimena el ojo izquierdo.

Se levantó y se acercó a una estantería del salón, dentro de la que Marcos vio varios vasos pequeños y más copas de vino. Después tomó una frasca de cristal llena de un líquido de color oscuro con la que llenó los dos vasos.

—¿De un trago? —le propuso Jimena.

—¡Venga!

El calor del trago se desbordó dentro del cuerpo de Marcos.

—¡Joder! ¡Ya no me acordaba de lo que pegaba este pacharán!

—Pero ¿a que sienta bien?

—¡De maravilla!

—Entonces, ¿otro?

—No te voy a decir que no.

El siguiente chupito lo bebieron de manera más reposada. Jimena le observaba en silencio. Estaba preciosa, se congratuló Marcos. Había escogido una camisa blanca y una minifalda negra ocultando las piernas bajo unas medias negras y unas botas altas del mismo color; y llevaba el pelo suelto, cuyo color castaño le pareció más brillante que nunca.

—Tú sí que estás hecha a la vida de Ansó...

—A todo te haces en la vida. Es un buen sitio para cicatrizar recuerdos, ¿verdad?

«Cicatrizar recuerdos», se repitió Marcos, que asintió en silencio y sin dejar de mirarla. De aquella respuesta dedujo que estaba al corriente de su vida al igual que él lo estaba de la suya. Dolores había hecho un trabajo perfecto en su objetivo de que olvidaran un

pasado no demasiado agradable y encararan un futuro que sería como ellos quisieran.

—No hace falta entonces hablar, ¿no?

—Dolores ya te habrá puesto al corriente, ¿no es cierto? ¡Mira que la quiero, pero cuando quiere ser chismosa, no hay quien la pare! —protestó Jimena con una sonrisa decorando sus labios.

—¿Y te molesta?

—¿Te molesta a ti que me haya explicado el porqué de tu borrachera? —atacó Jimena sin perder la sonrisa.

—No, en absoluto. —Una sonrisa se ensanchó ahora en los labios de Marcos.

—El pasado es el pasado, no lo podemos cambiar, por desgracia, pero lo que está por construir es el futuro. Creo que los dos estamos deseando pasar página, nos gustamos, y nos merecemos aprovechar esa oportunidad que se nos ha presentado. ¿No lo crees así?

—Sólo tengo una pregunta: ¿cómo prefieres que te llame?

—Me llamo Laura y es un nombre que me gusta mucho. Jimena... —Se encogió de hombros—. Cuando haya gente delante, sigue llamándome así, pero prefiero Laura si estamos los dos solos.

—Me gusta mucho Laura... —reconoció Marcos.

—¿Sí?

Esta pregunta la emitió Jimena ya en pie dirigiéndose al profesor, que seguía sentado en la silla. Le invitó a agarrarse de sus manos y encaminó sus pasos al sofá, donde los dos tomaron asiento. Se miraron con calma casi nariz con nariz, y los dos sonrieron a medias al comprobar que sus miradas eran idénticas. La de Marcos era un remanso de paz, una tierra apacible bajo un horizonte claro y limpio que invitaba a quedarse a vivir en él para siempre; la de Jimena era un bálsamo de tranquilidad, un lugar donde no existía más espacio que para el amor, y de eso tenía toneladas para repartir. Marcos acarició su rostro recorriéndolo con calma, trazando su contorno y deteniéndose en la nariz, cuyo perfil acarició con el índice de su mano derecha; índice que descendió a los labios, cuyo contorno dibujó como quien quisiera plasmar la obra más bella del mundo en un lienzo por llenar. Aquel dedo acabó en la barbilla de Jimena, y ayudándose del pulgar y del índice la acarició y luego la tomó con

extrema dulzura para aproximar el rostro a sus labios, que clamaban por fundirse en uno solo con los de la Jimena. Sus labios se acoplaron con extrema suavidad en un beso que eternizaron. Un beso que disfrutaron como quien paladea la mayor de las ambrosías, como quien sabe que nunca se va a hartar de saborear el manjar más dulce y delicioso del mundo.

Después de ese beso hubo varias réplicas de menor intensidad, como un terremoto que pierde intensidad después de devastar con su primera manifestación; pues aquel primer beso que se dieron había sido como un terremoto para los dos, un terremoto liberador, un terremoto también purificador, ya que ninguno de los dos tenía dudas de que vendrían más, mucho más poderosos e intensos que el primero, pero terremotos que ansiaban experimentar.

Siguieron besándose con calma de manera más corta y seguida, pequeños besos en los labios tras los que abrieron los ojos. Apenas unos centímetros separaban sus miradas y cada uno advirtió en la del otro un mar de tranquilidad en el que estaban deseando sumergirse; mares tan calmados que se podría navegar por ellos sin miedo a ninguna ola porque no había lugar para tempestades. Ya eran cosa del pasado, habían quedado atrás para uno y otro.

—¡Dios mío, eres preciosa...! —bisbiseó Marcos devorando a Jimena con la mirada.

—¡Qué ganas tenía de que llegara este momento, Marcos...! —le confesó Jimena tras besarle de nuevo y diciéndole estas palabras al oído abrazándose a su cuello.

A Marcos se le erizó la piel al escuchar aquella confesión; y también lo que sabía que se le erizaría en cuanto Jimena se sentara encima de él. «¡Qué alegría echarte en los brazos de alguien que te habla con tanta dulzura, que te besa así!», se congratuló dichoso por la felicidad que le embargaba.

Jimena se deshacía en cada beso que le daba a Marcos. Su alma se diluía como una cascada de agua confluyendo en la boca del profesor, contagiándole de un calor que se estaba volviendo insoportable en aquel comedor que, aún siendo de un tamaño aceptable, le parecía cada vez más pequeño.

—No sabes las ganas que tenía de estar así contigo —le confesó Jimena entre beso y beso. Besos cortos pero intensos. Besos que

se deshacían en una catarata de lava que descendía por sus respectivas gargantas prendiendo todo lo que encontraba a su paso, y encendiendo una pasión que había subido ya tantos grados que haría reventar cualquier termómetro que osara medirla.

«¡Ya es tuya, Marcos! ¡Es tuya, dale lo que te está pidiendo!», se animó el profesor, que se deshizo con suavidad de Jimena para dejarla en el lado libre del sofá. Desde esa postura la contempló, con los ojos entrecerrados y los labios con los que le pedía que no dejara de besarla. Pero, con calma, le quitó los zapatos y comenzó a acariciarle los pies; para después extender las caricias a las piernas y muslos de Jimena, que empezaba a perder el control de sus sentidos y reclamaba una vez más los labios de Marcos para darle calor a los suyos. Fue en ese momento cuando ella se incorporó y le buscó con una intensidad que incluso sorprendió a Marcos, y todos los besos anteriores quedaron empequeñecidos por la sobredosis de pasión que Jimena había decidido poner en aquel momento.

—¡Mamá! ¡Mamá!

De repente, los dos brincaron del sofá tan sorprendidos como acelerados mientras oían subir a Clara por las escaleras.

—Pero ¿no decías que tenía un cumpleaños? —acertó a decir un sobresaltado Marcos.

—¡Que sí, que la he dejado en casa de los padres de Javier hace un par de horas! —se disculpó Jimena como pudo.

Clara entró en el salón acompañado de otro niño, donde encontraron de pie a su madre y a Marcos, que se habían recompuesto como habían podido.

—¡Mamá! El papá de Javier nos invita a todos a ir a la hamburguesería de Jaca esta tarde. ¿Puedo ir?

Jimena suspiró mirando primero a Marcos, tan acelerado por lo que acababa de vivir como por el susto que les había dado Clara, y luego a su hija.

—Ve, ve. Pero no hacía falta que hubieras venido para pedirme permiso, ¿eh? Me fío del papá de Javier.

—Ya, pero como siempre dices que te cuente todo, pues he venido a contártelo.

—Bueno, eso ya lo hablaremos otro día.

—¡Gracias, mami!

Clara se colgó del cuello de su madre, a la que dio un beso en cada mejilla.

—¡Venga, vámonos! —le dijo a continuación a Javier, el chico que le acompañaba.

Marcos y Jimena oyeron los gritos de júbilo de los dos niños bajando las escaleras, y ya solos se echaron a reír.

—Anda que si nos llega a pillar en plena faena... —le reconoció Jimena.

—Mejor que no haya sucedido —articuló él con una sonrisa.

—¿Y no quieres que ocurra?

El profesor posó las manos en la cintura de Jimena y las bajó para explorar el universo de sensaciones y de maravillas que escondía su minifalda negra. Primero le acarició la piel y, a continuación, sus dedos siguieron parte del contorno del tanga que vestía. Su respiración tomó velocidad desplomándose por la pendiente de su deseo. Jimena lo notó, por lo que no le hizo falta escrutar una mirada que ya se había recuperado del susto anterior. Aún así lo hizo. Pocas miradas tan limpias como la de Marcos había visto, una mirada que invitaba a zambullirse en ella a sabiendas de que lo que le esperaba dentro era algo que sólo podría saber si lo experimentaba. Y estaba deseándolo.

—Claro que quiero, Jimena —le dijo Marcos casi con un susurro.

La aludida notó cómo la mirada de Marcos añadía unos cuantos grados más al estado de ebullición al que ya ardía su cuerpo, y que había alcanzado en apenas unos minutos, los que habían transcurrido desde que Clara desapareció escaleras abajo; producto de las ganas de volver a sentir cómo un hombre se desbordaba en su interior con todas sus ganas.

Sin querer, Marcos desvió un momento la mirada a la mesa, donde Jimena había dejado el devedé de la película que tenían pensado ver después de comer, y no pudo evitar de una manera que llamó la atención de Jimena.

—¿Qué pasa? —le preguntó tras besarle.

—Acabo de recordar una frase que le dice Rick Blaine a Yvonne, aquella novia francesa suya, en *Casablanca*.

—¿Y qué frase es esa?

—Cuando Yvonne le pregunta a Rick qué plan tiene para esa noche y aquél le contesta que no hace planes a tan largo plazo, y yo tampoco.

Jimena volvió a besarle.

—¿Entonces? —le preguntó de nuevo.

—Yo no hago planes a tan largo plazo.

Marcos tomó a Jimena entre sus brazos y la llevó hasta la habitación, en cuya cama la depositó como si hubiera dejado la cerámica más delicada. Un mero espejismo de lo que vendría después, un viaje hasta los confines de la pasión que muy pocos han podido hacer. Sólo quienes han comprado un billete de ida hasta ese destino a sabiendas que van a disfrutar por igual tanto de los prolegómenos como el viaje en sí y también de su final. Un final que supone el comienzo de otro viaje sin destino ni duración para dos almas que estaban por encontrarse en aquel viaje.

## CAPÍTULO 10

*Ansó,  
mediados de diciembre de 2016*

**M**arcos había decidido evaluar a sus alumnos tras el puente de diciembre, pues las vacaciones de Navidad estaban cada vez más cerca y quería tener una idea más clara de la evolución de cada uno de ellos. Por eso, y al acabar el horario de clase, decidió dedicar algunas horas cada día a mejorar el rendimiento de sus alumnos: atención en la lectura, en matemáticas, en sus primeras nociones de inglés.... La iniciativa, como todas las anteriores, fueron bien recibidas por los padres, y eso animó a Marcos a pensar en acciones similares de cara a meses venideros para mejorar el aprendizaje de los alumnos.

Esa tarde, la alumna que le esperaba era Clara. Pero con la hija de Jimena tenía un problema: si necesitaba esas acciones de apoyo, pues demostraba día tras día estar por encima de todos sus compañeros en lectura y comprensión, así como también en matemáticas y otras asignaturas. Esa misma mañana, al acabar las clases, Clara se le acercó para preguntarle a qué hora tenía acudir. Lo que no esperaba es lo que Marcos le iba a decir.

—Estás por encima de tus compañeros, Clara. Tú no necesitas estas clases. Quizás, si sigo aquí el año que viene, y viendo tus facultades, podríamos pensar en comenzar a darte otras cosas.

—¿No vas a seguir aquí? —le preguntó la niña con cara de susto.

—No depende de mí, Clara. A mí me gustaría quedarme, pero eso lo deciden otras personas. De todas formas, ¡aún queda mucho tiempo para que ocurra eso!

Pero allí estaba Clara, esperándole sentada junto a la puerta de la escuela, aguardando a que Marcos llegara de comer, pues sabía

que, aunque no le hicieran falta las clases de refuerzo, el profesor siempre acudía un rato por las tardes para preparar las del día siguiente, o bien para afrontar tareas que tenía pendientes.

—¡Hola, Marcos! —le saludó Clara levantándose para saludarle.

—¿No te he dicho que no hacía falta que vinieras?

—¡Sí, pero mi madre dice que tienes que tratar a todos por igual!  
—protestó la niña.

Marcos resopló levantando la mirada hacia el techo.

—Vale, pasa... Ya hablaré con tu madre.

Clara se sentó a la mesa frente a Marcos, que la escrutaba con calma en silencio. Era el vivo retrato de Jimena, tenía la misma chispa en la mirada y la determinación era muy parecida; tan inteligente como su madre o incluso más. Por eso no le sorprendió lo que comenzó a confesarle.

—Mi madre está muy contenta últimamente. Ríe mucho más que antes, incluso canta mientras cocina o está haciendo algo por casa... ¡Y a mí me gusta mucho verla tan contenta!

—Me alegro de que tu madre esté tan contenta.

—¿Eso es que ya sois novios?

—¿Eh? ¿Qué, qué... qué? —tartamudeó el profesor.

—¡Ahora sí que sois novios, ahora sí! —chilló divertida Clara.

—¡Calla, calla! ¡Que te van a oír!

—¿A que sí que sois novios? —insistió—. ¡Ahora es verdad, ahora es verdad!

—¡Por Dios, Clara! —entonces rio Marcos—. ¡Que te va a escuchar cualquiera!

—¡Pues dímelo! —rio también la niña.

—Vamos a ver. —Marcos se levantó, tomó una silla y la aproximó a la de Clara antes de sentarse—. ¿Mamá te ha contado algo?

—¡Mamá y yo no tenemos secretos! —le confesó entre risas—. Lo único que me ha pedido es que no diga nada todavía a mis compañeros.

—Entonces ya lo sabes.

—¡Claro! Pero quería saberlo por ti también.

—¿Ves por qué no necesitas clases de apoyo ni de refuerzo? Eres muy inteligente, tanto o más que tu madre, y tienes una



capacidad de analizar las cosas que ya quisieran muchas personas con más edad que tú.

—¿Y os vais a casar?

—¡Clara! —estalló Marcos también entre risas—. Nos estamos conociendo. Es muy pronto para pensar en esas cosas.

—¡Pero yo te quiero tener como papá!

«¡Yo te quiero tener como papá!». La confesión explotó en la línea de flotación de Marcos. Alguna vez se lo planteó al empezar con Isabel. Sus padres decían que era muy niño, que le encantaba contar cuentos a los hijos de sus amigos, y pocos dudaban de que sería buen padre. Con su ex no hubo lugar, pues las ganas se le quitaron en cuanto le reveló su verdadera faz; y sentía una predilección especial por Clara no sólo por ser hija de Jimena, sino por las posibilidades que atisbaba en la niña. Enseñarle a conocer los primeros clásicos, a deleitarse con la pintura, a apasionarse con la historia... ¿Por qué no?, pensaba cada día viendo sus progresos. Todo dependía de su permanencia o no en la plaza de Ansó, pero de seguir... ¿por qué no?, insistió. Enseñarla no sólo como alumna, sino también guiar sus pasos, educarla como su padre.

—Aún es pronto para eso —besó su cabeza con cariño y casi el mismo amor que depositaba dentro de su madre cada vez que se acostaba con ella.

Miró después a la niña con una mirada cargada de ternura. ¡Clara era para comérsela! Comenzaba a sentirla como algo propio, algo más que una alumna, pero ese pensamiento le provocó una nube negra que sobrevoló sus pensamientos.

—¿Echas de menos a tu papá?

—Algunas veces, sí —admitió con rostro contraído—. Mi papá me quería mucho y yo también le quería mucho. ¡Por eso quiero que tú seas mi papá ahora! —se le iluminó la cara de repente con sólo pronunciar aquellas palabras—. ¡Quiero salir contigo a montar en bicicleta, a correr por el bosque! ¡Quiero hacer muchas cosas contigo!

«¡Quiero hacer muchas cosas contigo!». Una frase que, estaba seguro, daría muchas vueltas en su cabeza ese día y también los siguientes. Ganarse el amor de una madre era cuestión de

paciencia, cariño y también de mucho amor, pero el de un hijo o una hija... Siempre queda el recuerdo de su verdadero padre, y eso es algo contra lo que es muy difícil luchar.

Marcos no pudo evitar pensar en Germán. ¿Y si cualquier día daba con el paradero de Laura y Clara? ¿Qué pasaría entonces? ¿Y si en ese momento, fuera cual fuera la época, él y Jimena hubieran decidido dar a su relación un barniz de estabilidad en forma de un hermanito para Clara? ¿Qué pasaría con ellos? Siempre estaba la posibilidad de la separación, claro, siguió pensando. En el fondo, Jimena y Germán ya lo estaban. En la forma, no. Y, como eso, muchos más interrogantes como olas que amenazan con hacer zozobrar el barco de su felicidad. Un lío inmenso, una situación con demasiadas aristas y vertientes legales que le sobrepasaban.

Pero ¿para qué pensar en algo que aún no se había producido y tampoco era seguro que fuera a ocurrir? Por eso volvió a acordarse de Rick Blaine y de su famosa frase. No merecía la pena hacer planes a tan largo plazo si lo que importaba era el minuto siguiente, la hora siguiente, el día siguiente.

Eso, y porque la victoria sólo se consigue, como en el caso de Jimena, con amor y también infinita paciencia. Mucha, muchísima, era consciente Marcos. Y, en el caso de Clara, el amor y el cariño ya los tenía ganados. Sin embargo, eso no evitaba que le asaltara la figura de Germán en el recuerdo y cómo tuvo que ser el accidente y las consecuencias posteriores que resquebrajaron el cielo bajo el que vivía lo que era una familia feliz.

¿Le pediría a Jimena que le contara qué ocurrió? Una nueva duda más que se acumulaba en el ánimo de Marcos.



A la hora que Clara le confesaba a Marcos en Ansó que estaba deseando que el profesor se convirtiera en su padre, el verdadero, Germán, subía las desvencijadas escaleras que le conducirían al despacho del investigador privado Domingo Sánchez. Llevaba tiempo sin tener noticias suyas y esa tarde se había propuesto visitarle para saber más de sus pesquisas.

Como ocurrió el día que acudió allí para contratar sus servicios, la puerta estaba entreabierta, así que no se molestó en llamar, sino que recorrió el pasillo que ya conocía hasta alcanzar la del despacho tras la que, supuso, se encontraría el detective.

—¡Hombre, señor Domínguez! ¡Qué sorpresa verle por aquí!

—He terminado unas gestiones por aquí cerca y me he dicho: ¿por qué no visitar al señor Domingo Sánchez? —mintió.

—Qué casualidad... —replicó son sorna el detective, que había cazado al vuelo el embuste de su cliente, que ese día había acudido muy sobrio—. E imagino que, ya que está aquí, le interesará saber cómo marchan mis pesquisas, ¿no es así?

—Pues no me vendría mal saberlo. Comprenderá que es mucho el dinero que le pagué y quiera conocer cómo marchan las cosas...

—Marchan, que no es poco.

—¿Sólo marchan?

—Me está costando mucho dar con su mujer. Ya se lo dije el primer día: es como si se la hubiera tragado la tierra. ¡Y le aseguro que he removido Roma con Santiago, pero me está siendo imposible encontrar una pista fiable de la que tirar!

—¡Vaya! Pensaba que ya había conseguido algo.

—Pues no, ya lo ve. Aunque, ya que está aquí, me gustaría hacerle una pregunta y así me ahorro la llamada que quería hacerle en los próximos días.

Germán se tomó su tiempo antes de contestar para escrutar la cara del detective. Le encontró más repulsivo si cabe que en su primer encuentro; con el rostro picado por la viruela y una papada que hacía desaparecer cualquier constancia de cuello. Ahora, sobrio como se encontraba, le parecía un tipo desagradable no sólo por sus maneras de trabajar y de actuar, sino también a la vista. Qué diría Laura cuando lo tuviera enfrente, si es que alguna vez lograba dar con su paradero; de qué manera reaccionaría al tenerlo delante. No dudaba que le provocaría una náusea infinita, pues eso y no otra cosa es lo que despertaba el detective a ojos de cualquiera.

—¿Podría contarme cómo fue el accidente que dio origen a toda esta situación? Es el único detalle que me falta por conocer.

—¿Cómo dice? —preguntó Germán muy sorprendido.

—El accidente. Quiero saber qué ocurrió. Tuvo que ser algo muy importante para que su mujer esté actuando como lo está haciendo...

Accidente. Nueve letras que comenzaron a bailar en la cabeza de Germán componiendo un baile rabioso. Sólo recordarlo, el momento en que todo ocurrió, le había erizado la piel. Cómo olvidarlo. Había recibido las últimas palabras de aquella apreciación con la mirada perdida en algún punto indeterminado de la mesa del detective. La levantó para toparse con la del investigador, brillante, decidida, expectante esperando sus palabras.

—Ocurrió un fin de semana en un pueblo de Cuenca hace cuatro años. Estábamos en una casa rural que habíamos alquilado el fin de semana. Fue el sábado por la mañana, no se me olvidará nunca. Había un pozo en la casa y Laura se empeñó en por qué no sacaba un poco de agua para Clara. Llevábamos una botella en la mochila que colgaba de mi espalda y le dije que bebiera mejor de ella, pero se empeñó. Que si era algo gracioso, que si era agua natural, agua de verdad, y no la de la botella; que también me haría una foto sacando el cubo de agua junto a Clara y la enmarcaríamos para colgarla en el salón... Así que lo hice, pero con tal mala fortuna que la mano se me quedó pillada con la polea. Acudimos de inmediato a las urgencias del hospital de Cuenca y me vendaron la mano. Volvimos a Madrid, pero a los pocos días empecé a perder la sensibilidad de la mano. Acudimos a nuestro hospital de referencia, comenzaron a realizarme pruebas y me diagnosticaron un problema en un nervio tras lo cual me pusieron un tratamiento, pero no funcionó. Al mes del accidente apenas podía mover el brazo y sólo un poco la mano. A los dos meses, ninguno de los dos.

—¿Eso fue lo que ocurrió? —quiso saber el detective enarcando las cejas—. Si he entendido bien, ¿su mano se le quedó enganchada con la cuerda de un pozo?

—Lo que le he contado. ¿Acaso no me cree? —le dijo Germán. Por el tono de voz que había empleado, empezaba a ponerse violento—. ¡Por su culpa me quedé así! Si no me hubiera pedido sacar ese maldito cubo de agua, yo estaría bien y mi mujer no hubiera escapado de casa llevándose a mi hija.

Domingo asintió mientras escuchaba Germán y, una vez acabó, pegó un puñetazo en la mesa.

—Como para no odiarla. ¡La madre que las parió! Es para que no salieran nunca de la cocina, allí, encadenadas, que es para lo único que valen las mujeres. Bueno, para eso y para prestarse a satisfacer nuestros deseos siempre que lo deseamos. ¿No es así?

Germán, más calmado, se quedó horrorizado al escuchar aquellas palabras con las que el detective se calificaba por sí mismo.

—Hombre, si usted lo dice...

—¡Claro que lo digo! ¡Mire cómo está usted por su culpa! ¡Inútil de por vida! Pero tenga claro que la encontraré. ¡Claro que la encontraré! ¡Delo por seguro!

Germán abandonó aquel despacho con una sensación de asco, de asco infinito por ver en manos de quién había dejado la búsqueda de su mujer. Pero la culpa era de sí mismo, del otro Germán que emergía embriagado por los vapores del alcohol anulando sus pensamientos. Ese Germán que también era responsable de la muerte de su matrimonio y de la huida de su mujer y de su hija. Ese Germán era el gran culpable de todo, hasta de abrir las puertas de su vida a un tipo tan indeseable como el detective Domingo Sánchez. Pero el daño estaba hecho, y lo único que podía hacer era mantener a aquel Germán a buen recaudo la mayor parte del tiempo posible. Pero eso era ya casi imposible. Sobre todo, si el cuerpo le pedía su dosis diaria de alcohol con la que sentirse bien.

Y ya se la estaba pidiendo.



Germán encontró acomodo en la esquina del primer bar que encontró en su deambular. El bar era lo de menos, lo que le importaba, lo que ansiaba, era esa dosis de alcohol que le hiciera olvidar todo y olvidarse de todo y de todos. Pero la visita al detective había abierto su caja de las pesadillas, por la que amenazaba con escaparse la que más le atormentaba: la del accidente que arruinó su vida y la de su familia.

Porque tenía claro que la causa verdadera sólo la conocían dos personas. Él era una, y la otra se encontraba en paradero desconocido desde hacía varios años, se llamaba Laura Vílchez y era, todavía, su mujer. Los dos, sólo ellos dos, eran los únicos que sabían qué pasó aquella mañana en Cuenca. Porque fue en Cuenca, lo único en lo que no mintió a Domingo Sánchez. La causa, sin embargo, fue bien distinta.

Pidió un nuevo vaso de *whisky* mientras su cabeza volvía a aquel mes de junio de 2013 cuando los tres decidieron pasar el fin de semana en un pueblo de Cuenca del que tenían muy buenas referencias. El pueblo tenía de todo: un entorno natural envidiable, varias casas rurales, y actividades de todo tipo para la familia, muchas dedicadas a los más pequeños el sábado por la mañana. Así que, mientras Clara se disponía a pasarla entre payasos y animadores culturales junto con otros niños que habían acudido al pueblo para pasar el fin de semana, Germán y Laura decidieron aprovechar la mañana para darse una vuelta por aquel entorno privilegiado, toda una experiencia para los sentidos. La casa rural ofrecía varias opciones: senderismo, acudir junto a un apicultor a ver cómo cuidaba sus colmenas, entre otras, pero la que más atraía a Laura era dar una vuelta a lomos de un tándem, ya que tenía muchas ganas de montar en bicicleta, y así los dos podrían ir juntos sin necesidad de esperar al otro.

—No conocemos los caminos, no sabemos qué nos podemos encontrar... —trató de convencerla—. Además —Germán miró el programa de actividades—, podemos hacer lo de la apicultura. La verdad es que tiene muy buena pinta —le sugirió para quitarle la idea de la cabeza.

—Eso, esa tarde con Clara —le contestó Laura. Aunque, sonriente, se mantenía firme en su postura—. ¿Qué te pasa, cariño? ¿No quieres montar en bicicleta conmigo? ¡Pero si te gusta mucho!

—¡Claro que me gusta! Pero, no sé... —Germán suspiró—. Tengo un mal presentimiento.

—¿Un mal presentimiento?

—Como si nos fuera a pasar algo si montamos en bicicleta.

—¡Ya estás con tus paranoias! —protestó Jimena dándole un beso en los labios—. ¡Venga, que no va a pasar nada!

—Vale, pero la llevo yo —se ofreció Germán.

—Joooo... —protestó Laura componiendo un puchero con los labios—. A mí me apetece llevarlo.

—Cariño, ¿cuánto tiempo hace que no llevas una bicicleta?

—No me acuerdo ya... ¡pero montar en bicicleta nunca se olvida!

—Que sí, cariño, pero ten en cuenta que vamos a recorrer senderos, pero puede que nos encontremos con peligros. No sé.

—¿Otra vez la paranoia? —rio Laura con acidez—. ¡Qué peligros ni qué peligros! ¡Que estamos en Cuenca, no en la selva!

—Ya, pero...

El nuevo *whisky* le duró un suspiro a Germán. El recuerdo le quemaba. Montaba en bicicleta de montaña desde los quince años, estaba acostumbrado a salir varios fines de semana al mes junto con los componentes de un grupo de BTT que había conocido, y era su gran pasión.

—¿Es que no te fías de mí? —le preguntó Laura. Después le besó en los labios. Fue un beso corto pero intenso.

—Sí que me fío, quesito —así la llamaba desde que se conocieron cuando estaban solos—. Pero esto es un tándem y no es fácil llevarlo.

—Hacemos una cosa: empiezo yo a llevarlo, y luego, cuando veas que el terreno se complica o te sientes más seguro llevándolo tú, te haces a los mandos.

—Vaaaale —resopló Germán vencido. Laura tenía un enorme poder de convicción, además de gozar de una perseverancia que, en toda las ocasiones, acababa por derrotarle. Siempre cedía a sus deseos con tal de tenerla contenta.

Con el sol por compañía brillando por encima de las copas de los pinos, Germán y Laura se internaron en un bosque con las cabezas protegidas con cascos. Ella iba delante y él detrás. El terreno era sencillito, llano, y la vereda discurría por un camino de un par de metros de anchura que no ofrecía ninguna dificultad.

—Mete plato grande y el segundo piñón pequeño, que el terreno es bueno —le recomendó Germán.

—¡A sus órdenes! —replicó su mujer riendo.

Una cortina húmeda veló la mirada de Germán al recordar los acontecimientos. Con un gesto pidió al camarero que le sirviera otro

*whisky*. El hombre dudó si hacerle caso o no, pues ese cliente ya llevaba tres en un corto espacio de tiempo.

—¡Que me lo sirvas, te he dicho! —le chilló dando un fuerte golpe a la barra.

El camarero obedeció y le llenó de nuevo el vaso, cuyo líquido tardó un segundo en caer por la garganta de Germán en un proceso irrefrenable de anular su personalidad. Se miró al espejo que se abría tras la barra y que reflejaba su imagen. Le costó reconocerse, con el pelo enmarañado y unas profundas ojeras decorando su cara. Poco le importaba tener ese aspecto tan desastroso, y más en ese momento que estaba recordando el origen de su caída a los infiernos.

¿Quién iba a esperar que se les iba a cruzar un jabalí? Laura hizo caso a Germán y metió plato grande, pero al ver que su marido imprimía una mayor cadencia al pedaleo se animó y metió el piñón más pequeño aprovechando que el sendero seguía discurriendo por terreno llano. De repente, se les apareció aquel jabalí, una pieza enorme. Laura se asustó, apartó las manos del manillar y perdió el control del tándem. A pesar de que Germán hizo todo lo posible por mantenerlo en pie, se fueron al suelo. El impacto fue considerable, pero quien se llevó la peor suerte fue él al chocar con un árbol.

—¡Cariño!, ¿estás bien? —chilló Laura, aún caída en el suelo, al escuchar los lamentos de su marido.

—¡Me he dado bien contra el árbol! ¡Me duele mucho el brazo y toda la parte izquierda del cuerpo!

—¡Espera que me levante!

Laura se incorporó de inmediato, y al llegar al lugar donde había caído Germán se asustó al ver el brazo en una posición antinatural.

—¡Dios mío, te has roto el brazo izquierdo!

—¡No lo sé, quesito! ¡Me duele, me quema mucho y no siento la mano!

—¡Voy a llamar a los de la casa para que vengan a buscarnos! Así no podemos regresar a la base.

Esa tarde la pasaron en el hospital de Cuenca después de que alguien de la casa acudiera a auxiliarlos y los llevara al citado hospital. Tras una cura de urgencia, les recomendaron que acudieran a su médico de inmediato, o bien esperar al lunes para



que a Germán se le pudieran hacer más pruebas. Fue Laura quien decidió lo primero, y esa misma noche regresaron a Madrid para, al día siguiente, acudir al hospital al que solían ir por cualquier problema relacionado con su salud. Tras varias pruebas, el diagnóstico no pudo ser peor: desgarro del plexo braquial.

Lo siguiente fueron meses de rehabilitación para recuperar la articulación del brazo cuyos resultados resultaron descorazonadores para Germán. Avanzaba, pero no lo suficiente para su gusto. Verse así, sin estar en las condiciones que le gustaría, igual que antes del accidente, era algo que le desesperaba, tanto o más como la lentitud —para él— de los avances del fisio. Fue esa una temporada en la que Laura lloró en silencio y se maldijo una y otra vez por no haberle hecho caso, pero ya era tarde. Un día Germán llegó bebido a casa y se enfrentó con ella. Estoy así por tu culpa, le dijo.

El inicio de su infierno no había hecho más que comenzar.

## CAPÍTULO 11

*Ansó,  
madrugada de año nuevo de 2017*

**D**e fondo sonaban voces de alegría. La noche era muy fría y destrellada y no eran pocas las luces encendidas en casas y alojamientos rurales, pues muchas personas habían escogido Ansó para pasar la noche de año nuevo; y también eran unos cuantos los visitantes que hacían de la localidad altoaragonesa su punto de partida para disfrutar de las estaciones de esquí de los alrededores, funcionando en plena temporada. A pesar del frío, a Marcos le apetecía dar una vuelta antes de regresar a casa después de celebrar la salida del año viejo y la entrada del nuevo en casa de Dolores, donde compartió velada con la alcaldesa, con Jimena y su hija, Clara, y también un par de matrimonios con los que tanto Dolores como Jimena tenían muy buena amistad.

Esa noche Marcos había bebido algo más de la cuenta. Por eso Jimena no quiso dejarlo solo y se emperró en acompañarle a pesar de las tibias protestas del profesor.

Se alejaron del casco urbano, a cuyas calles habían salido ya personas para hacer lo mismo que ellos o nada más que para tomar el aire antes de regresar a la fiesta montada. A pesar de la oscuridad, caminaban dejándose llevar por la noche y por el ruido del río Veral, que discurría a varios centenares de metros de distancia, y con la compañía de un cielo cuajado de estrellas. Cuando vio que la luz residual de Ansó ya era mínima, Marcos se detuvo para contemplar con calma ese regalo de la naturaleza que ahora disfrutaba casi extasiado.

—¿Te has preguntado alguna vez si estaremos solos? —le preguntó a Jimena, que le dedicó un gesto de sorpresa.

—¿Ahora me vas a venir con eso de Sagan de si fuera verdad, cuánto espacio desaprovechado?

Marcos rio abrazando a Jimena, a la que besó. ¡Se sentía tan feliz a su lado! El tiempo que llevaban juntos le parecía estar viviendo en una nube que nunca se deshacía, sino que los cobijaba y trasportaba por cielos que ella estaba deseando volver a transitar y él conocer de verdad. Cielos donde los colores eran los que elegían, brillantes al amanecer, con la luz abriéndose paso entre las tinieblas, y rutilantes al atardecer, cuando el sol se deshacía en tonos anaranjados y rojizos antes de que su luz se extinguiera por completo hasta el día siguiente.

—¿Acaso no es verdad? Y si fuera verdad, ¿qué te parecería? ¡Elige un planeta, una estrella, lo que quieras, que son nuestros! —bromeó.

—Orión —replicó Jimena sin pensárselo.

—¿Y por qué Orión?

—Para poder ver cómo arden en llamas las naves de las que habla Rutger Hauer en *'Blade Runner'* —bromeó también. Dicho lo cual, se echó a reír, risa que apagó con un beso intenso en la boca de Marcos.

—Si quieres podemos ir a mi casa para ver cómo brillan los rayos C cerca de la Puerta de Tannhäuser... —prosiguió la broma.

—No le he dicho nada a Dolores de quedarse con Clara esta noche, como hago en otras ocasiones. Me temo que...

—Dolores no tiene ningún inconveniente en quedarse con Clara esta noche. Es más, va a dormir con Javi en su casa, que sabes que son como uña y carne, mientras sigue celebrando la entrada de año con sus padres. ¡Ah! Y con alguien más que acudirá seguro.

—¡O sea, que estabas conchabado con Lola! —protestó divertida Jimena golpeando a Marcos en un brazo—. El que quería dar una vuelta porque se sentía mareado por cuatro copas de sidra...

—¡Oye, que es verdad! Que a mí el alcohol me sienta fatal, ya lo sabes —le afirmó guiñándole un ojo—. Además, quiero que vengas a mi casa. Te he preparado una sorpresa para dar la bienvenida a un año que, presiento, va a ser maravilloso para los dos.

—¿Una sorpresa?

—¿Te apetece o no?

—Me apetece...

Jimena buscó los labios de Marcos con dulzura y se agarró a ellos no como si su vida dependiera de esa conexión, sino con calma, con esa dulzura que al profesor tanto excitaba; pues Jimena sabía cómo y de qué manera besarle en cada momento, pero también era correspondida de parecida forma, porque los besos de Marcos eran únicos. Besos casi amordazados por tanto tiempo y con unas ganas inmensas de gritar cuánto amaban a los labios que deseaban; y que, hasta entonces, hasta conocer a Jimena, se habían sentido acobardados, con miedo a expresar lo que llevaban dentro por la falta de correspondencia o el hastío de quien los daba.

Desanduvieron el camino agarrados de la cintura atravesando calles unas silenciosas, sumidas en la calma de la noche, y otras algo más ruidosas, donde los huéspedes de las casas rurales no tenían reparo en compartir su alegría por la entrada del año nuevo con el resto de la población de Ansó; más en la Plaza Domingo Miral, donde vivía Marcos, en la que un grupo de personas hacía partícipes a los demás vecinos del lugar con sus buenos deseos en forma de gritos y canciones que evidenciaban su hartura de alcohol.

—¡No! —exclamó Jimena llevándose la mano a la boca una vez abierta la puerta de la casa.

Marcos había llenado el pasillo de velas, un reguero que corría paralelo a las paredes y que continuaba en cada escalón de las escaleras que conducían al dormitorio, así como también por el pasillo de la planta superior para concluir en el dormitorio del profesor. Dentro, había compuesto el nombre de Jimena con velas sobre el cabecero de la cama. Poco le importaba que la llama de algunas velas estuvieran ya a punto de extinguirse tras tantas horas encendidas, lo que contaba era el detalle. Jimena echó a Marcos sobre la cama. Su mirada se entornó conforme se desbotonaba la camisa blanca y, luego, se quitaba la minifalda negra —el atuendo que tanto gustaba y excitaba al profesor— para quedarse en sujetador del mismo color y el tanga y las medias de idéntica tonalidad.

—No es San Juan de Gaztelugatxe, pero se le parece, ¿no? —admitió el profesor.

Jimena volvió a buscar la boca de Marcos, pero esta vez, ya en casa, a resguardo de cualquier mirada, con fiereza, una vez desatada la bestia que llevaba dentro al sentirse protegida por el profesor y las paredes de su casa; él, que había sido capaz, aunque de manera modesta, de recrear el escenario que siempre había soñado ella con recorrer al atardecer, con los escalones del lugar iluminados por velas y el sonido del mar batiendo contra las rocas mientras el sol se deshacía en unas aguas teñidas de sangre.

—San Juan de Gaztelugatxe estará siempre donde tu estés.

Aquel beso fue el preámbulo de una noche única para los dos. Sí, era la noche de año nuevo, la primera que pasaban juntos, y también la primera noche del año, la primera que se entregaban el uno al otro; una noche que no era más que la continuación de la docena que habían compartido desde el día que lo hicieron en la cama de Jimena. Para ésta y Marcos lo mismo daba París que San Juan de Gaztelugatxe o Ansó. Una docena de noches para amarse, una docena de noches para conocerse, una docena de noches para saber que sí, que estaban hechos el uno para el otro, una docena de noches para darse cuenta de que sus besos nunca sabrían igual porque cuando el amor se desborda, sus sabores son infinitos. Doce noches para cerciorarse de que la felicidad se encontraba al alcance de sus manos, y sólo ellos y nadie más que ellos decidirían ser felices si así lo querían. Y ya habían decidido serlo.



Tres veces hicieron el amor esa noche, y después del último encuentro, el menos salvaje, decidieron tenderse en la cama y compartir las confidencias que aún les quedaban por hacerse con la compañía de un par de latas de cerveza que Marcos había traído de la cocina y el cenicero sobre la cama, en el que Jimena dejaba caer la ceniza que cubría un par de cigarrillos ya apagados.

La luz del amanecer se perfilaba a través de las rendijas de la persiana y arrancaba claros, no demasiados, pero sí los suficientes para que la oscuridad no fuera la nota dominante en la habitación. Marcos había revisado el teléfono móvil para comprobar la hora. Apenas eran las ocho de la mañana, las ocho de la mañana del día

1 de enero de 2017, que sería largo para los dos, pues no habían pegado ojo.

El deseo de Jimena esa noche no había tenido fin, y aún exhaustos todavía se besaron en la cama revuelta, con la almohada y la manta por el suelo. Los restos de una batalla encarnizada que mantuvieron durante casi cuatro horas y que, por ahora, había concluido con una tregua que los besos que se prodigaban en los labios, suaves y silenciosos, parecía que no iban a alterar.

—Entonces ya no has vuelto a saber nada de él...

—Desde hace un par de meses. Un buen día dejó de llamar, y hasta la fecha. La semana pasada encendí el teléfono móvil y no me encontré ninguna llamada ni mensaje suyos. Mejor así.

—Laura...

Marcos suspiró. Jimena decodificó el suspiro de inmediato.

—¿Qué te pasa?

—¿Le quieres aún?

Antes de contestar, posó sus labios en los del profesor.

—Quererle... Buena pregunta esa.

Jimena decidió contarle a Marcos cómo fue su relación con Germán una tarde de lluvia que permanecieron encerrados en la casa del profesor. Cerca de cuatro horas llenos de recuerdos, de anécdotas, pero también de amargura y de dolor; de cómo el accidente cambió su vida y la de Clara, de qué manera el alcohol trastornó a Germán hasta el punto de convertirle en otra persona.

—Al principio era un par de veces a la semana —le confesó aquella tarde, al principio de manera calmada—, pero luego se dio cuenta de que la única manera de sentirse a gusto consigo mismo era bebiendo. ¿Por qué? Porque el alcohol le hacía olvidar quién era, qué le sucedí y la vida que le esperaba por delante, pero también le desinhibía, le hacía sentirse más poderoso, más seguro de sí mismo. Del par de veces por semana pasó a tres o cuatro, y en apenas unos meses ya era más difícil encontrarle sobrio que ebrio.

—¿Llegó a pegarte?

—Nunca. Estuvo tentado alguna vez, pero nunca me rozó. Sí me chillaba, me chillaba cada vez más cerca de la cara, del oído, porque el alcohol le hacía sentirse fuerte. Y yo, al principio, callaba.

Callaba porque me sentía culpable de lo ocurrido y aún me siento culpable de ello. Lo peor es que, empujada por ese sentimiento de culpabilidad, empecé a ceder a sus deseos y pretensiones, a permitirle cosas que nunca habíamos hecho o a complacerle con peticiones que nunca me hubiera pedido de no ser esa persona en la que se transformó.

A Marcos le dolía imaginarse a Jimena —a Laura, como ya la llamaba— accediendo a las peticiones de Germán. La veía hablar, con los ojos húmedos, a punto de deshacerse en lágrimas, y sólo podía sentir compasión por ella. Pero también por un paralelismo de lo que vivió con Isabel; ser un esclavo sexual de la otra parte de la pareja, aunque con distintos fines: en el caso de Jimena, la pura satisfacción por apagar sus remordimientos. En el de Marcos, convertirlo en un perrillo faldero de los deseos y humor de Isabel.

—Le conozco, sé cómo es o cómo era, mejor dicho, y el Germán que conocí, del que me enamoré, nunca me hubiera pedido esas guarrerías —terminó por romper a llorar abrazándose a Marcos por culpa de la confesión que le estaba haciendo aquel sábado por la tarde—. Ese no era el Germán del que me enamoré, no lo era. No tardé en recurrir a una amiga psicóloga para buscar una salida a esa situación. Pero Germán cada día se emborrachaba más, se ponía más violento, me acusaba una y otra vez de su desgracia, y luego todo acababa igual, exigiéndome esto y lo otro en la cama. No había solución, Marcos. La única que vi fue abandonarlo todo, huir a donde fuera. Un día recordé que mis abuelos tenían una casa en Ansó cuya llave todavía guardaba mi madre. Cogerla sin que se diera cuenta fue fácil. No decirle adiós fue lo más duro de todo.

Jimena emitió un largo suspiro y dio un trago a la lata de cerveza como si le sirviera para liberarse de unos sentimientos que lastraban su alma y en ocasiones todavía la ahogaban. Le separaba de Marcos el cenicero y su lata de cerveza. El profesor trazaba caracteres y dibujos imaginarios en su piel desnuda. Quererte, le había preguntado antes Marcos, pregunta que dio lugar al recuerdo de aquel diálogo mantenido días antes; cómo dejar de querer a una persona de la que estabas enamorada hasta el tuétano y que sea una némesis de esa persona la que decida expulsarte de su vida en una cuesta abajo sin más destino que su propia autodestrucción.

—Una parte de mí aún le quiere. ¡Cómo no le voy a querer después de lo vivido a su lado! Puede que sea todavía por ese sentimiento de culpabilidad que llevo tan adentro. ¡Quién sabe! Y también es el padre de mi hija, y sólo por eso merece mi cariño. Pero, por otra parte, no quiero volver a saber nada más de él. Quizá sea egoísmo o cobardía, pero vivo más feliz así.

—¿Y a mí? —le preguntó Marcos por sorpresa.

Jimena esbozó una sonrisa amplia que transmutó en unos labios buscando el contacto con los del profesor. Se besaron con calma unos instantes, tras los que se retiró, aunque con la mano le acariciara todavía la cara unos cuantos más.

—El tiempo dirá si te quiero tanto o más que a Germán. El corazón me dice que sí, pero todo es cuestión de tiempo, Marcos. Nadie más que yo deseo amarte más de lo que le amé, y por eso quiero ir con pies de plomo. No quiero cometer los mismos errores que cometí con Germán. Quiero decir que no quiero ser tan impulsiva, tan dominante, que se haga siempre lo que yo quiero, imponer mi voluntad. No, Marcos, las cosas no son así. Todo lo ocurrido con Germán me enseñó a ponerme en el lugar de la otra persona, a ver las cosas de otra manera. Quiero quererte tanto o más de lo que le he querido, y ten claro que voy a luchar y a poner todo de mi parte para conseguirlo.

—Yo lo tengo más fácil que tú, porque ya empiezo a quererte.

—Dame tiempo, Marcos.

—Todo el que quieras, Laura, sólo quería hacerte partícipe de mis sentimientos. A mí no me está costando nada enamorarme de ti porque nada me dificulta hacerlo. Hace mucho tiempo que dejé de querer a Isabel, así que mi corazón sí llevaba colgado el cartel de libre como los taxis desde hacía bastante tiempo. Ahora lo ha quitado el cliente que se ha montado, y sospecho que no se volverá a colgar en el cristal del taxi —le reconoció riéndose después de hacer la comparación.

La mirada de Jimena comenzó a desvestirse de la película cristalina que los había vestido durante el diálogo que acababan de mantener. También se había animado a jugar con el muslo izquierdo del profesor, sobre el que dibujaba corazones imaginarios que, sin embargo, los dos veían sin necesidad de tener trazo alguno.



—¿Te puedo hacer una pregunta?

—¡Claro!

—¿De verdad intentaste quitarte la vida por esa persona?

Una tibia sonrisa se perfiló en los labios de Marcos. ¡Claro que estaba esperando la pregunta! Sabía que, tarde o temprano, se la haría. Era una cuestión que estaba ahí, se la había confesado a Dolores y ésta, como era lógico, se la había contado a Jimena. Por lo tanto, no le extrañaba en absoluto aquella pregunta.

—Tú buscaste una salida, Ansó. Pensaste en esa salida quizás también impulsada por Clara, porque no tenías ganas de arrojar tan pronto la toalla al suelo y tu hija te impulsaba a seguir adelante. En cambio, yo no tenía más salida que esa. Isabel me había anulado como persona, y cuando eso ocurre, cuando te anulan como persona, no existe más liberación que la muerte. Por eso, aquella tarde que me planté en el puente sobre el Ebro lo único que quería era marcharme y descansar de una vez. Ya nada me importaba.

—¡Benditos remeros!

—¡Y tanto! —soltó Marcos una carcajada—. Pero ¿sabes? La primera vez que vinieron a verme al hospital para saber de mí no quise que me vieran, me negué en redondo. ¡Yo quería irme de este mundo y me lo habían impedido!

—¿De verdad hiciste eso? ¡No me lo puedo creer!

—¡Laura, estaba harto de vivir! ¿Qué querías que hiciera? Yo, deseando mi muerte, y aquellos hombres me lo impidieron sacándome del agua en cuanto me vieron caer. ¡Claro que los odiaba! Luego, una vez me dieron el alta, averigüé la dirección de uno de aquellos remeros y fui una tarde para agradecerle lo que hicieron por mí. Fue después de madurar la opción de marcharme de Zaragoza, cuando me animé a recuperar el tiempo perdido e iniciar una nueva vida.

—Bienvenido a esa nueva vida.

Jimena besó a Marcos después de apartar las latas de cerveza y el cenicero, que dejó sobre la mesilla, para a continuación obligarle a tumbarse de nuevo en la cama y ser ella quien decidiera a partir de ese momento lo que harían después de aquel rato de conversación. Le bastó bajar el caudal de besos desde la boca hasta el tórax de Marcos y más abajo, escuchando su respiración

cada vez más acelerada, para cerciorarse de que el tiempo perdido nunca regresa, y que el que vivían era el tiempo de no dejar pasar más oportunidades.

## CAPÍTULO 12

*Ansó,  
comienzos de enero de 2017*

A pesar de que la mañana había amanecido algo nebulosa, la niebla terminó deshaciéndose en hilachos hasta desaparecer dejando paso a una jornada soleada, aunque fría. Pero eso no importó a Marcos y a Clara, que decidieron dedicar la jornada a montar en bicicleta. Su sintonía era cada vez mayor y Marcos no podía ocultar ante los demás alumnos que sentía especial predilección por ella. No sólo por ser la hija de Jimena —o Laura, como la llamaba cuando estaban solos—, sino por su capacidad de absorber todo lo que se la decía o se le enseñaba. Clara era una esponja, y eso al profesor le encantaba. Por eso no era raro verlos juntos los sábados por la mañana, por ejemplo, saliendo con la bicicleta, como esa mañana, o corriendo por el campo; o saliendo sin más a pasear mientras Jimena trabajaba en la tahona.

No es que a su madre le hiciera demasiada gracia verlos montados en una bicicleta. De hecho, no había vuelto a hacerlo en ninguna otra tras el accidente de Germán, pero tampoco podía castigar a su hija después de insistirle una y otra vez para tener una como el resto de sus amigos del pueblo.

—¿Hasta aquel árbol de allí? —le propuso Marcos, que al llegar a Ansó decidió comprarse una de montaña para salir a pasear por sus alrededores. Siempre le había gustado salir a pasear en bicicleta, incluso a pesar de que Isabel lo detestaba.

—¿El más grande, el que está adelantado? —le propuso Clara, con las manos aferradas al manillar de la suya.

—Sí, ese.

—¿Qué me das si te gano?

—¿Que qué te doy? —Marcos se quedó unos segundos pensativos—. Una hamburguesa con patatas fritas y Coca Cola en Jaca. ¡Pero que no se entere tu madre!

—¡Vamos!

—¡Pero, espera! ¡Eso no vale! —protestó el profesor entre risas—  
¿Y qué ganó yo si llego primero?

—¡Cógeme! —le gritó desde una distancia de varias decenas de metros.

—¡Ahora verás!

Clara era un rayo sobre ruedas. Igual de vivaracha que su madre, pedaleaba con intensidad hacia el árbol donde concluiría aquella improvisada competición. Marcos se afanó en reducir la distancia que los separaba calculando la distancia que restaba hasta el árbol en cuestión —poco menos de doscientos metros—, y bajó un par de piñones para adquirir mayor velocidad, pero un chasquido echó abajo todos sus planes.

—¡No!

Frenó en seco y se lamentó al comprobar que la cadena se había salido de su sitio. A un centenar de metros de distancia, Clara se aproximaba sin remisión hacia el árbol, y cuando llegó arrojó la bicicleta al suelo y comenzó a dar botes y gritos a la vez.

—¡He ganado! ¡He ganado!

—¡Eso no vale! —Marcos se acercó a la niña negando con la cabeza de manera ostensible—. ¡Se me ha salido la cadena y no he podido competir contra ti!

—¡Ah, se siente, se siente!

—¿Cómo que se siente?

Marcos la tiró al suelo, donde dieron un par de vueltas sobre el césped aún húmedo entre risas. Al detenerse, la hija de Jimena seguía riendo. Marcos recuperaba el resuello sin que la sonrisa tampoco se le borrara de la cara.

—¡He ganado una hamburguesa! ¿Cuándo me la voy a comer?

—Tendrá que ser un día que tu madre tenga mucho trabajo, o bien el sábado que viene podemos bajar a Jaca...

—¡Síííí!

Clara se echó sobre Marcos y le abrazó. No podía ocultar que le quería mucho como profesor, pero también como novio de su

madre, como decía con orgullo para presumir por mucho que tanto el profesor como su misma madre le pedían que fuera discreta, que no fuera pregonando a los cuatro vientos la relación que mantenían. Pero el hecho de ver cada vez con más frecuencia a Marcos por su casa y la complicidad que se gastaba con su madre significaba mucho para ella.

—¡Me gusta que seas el novio de mi madre!

—¿Sabes que eres una niña muy traviesa y que no deberías decir esas cosas? ¡Tu madre te va a regañar!

—¡Pero es verdad! ¿Sois o no sois novios?

—Somos amigos, nada más.

—Los amigos no se besan en los labios.

Marcos enarcó las cejas al escuchar esta confesión a Clara.

—¿Y tú cómo...?

—Una noche vi cómo os besabais en los labios desde la puerta del comedor.

—Si te subes a acostar es para dormir, no para bajar otra vez y espiarnos, ¿eh?

Y la regañó llenándole el vientre de cosquillas, pues Marcos sabía que Clara tenía muchas en dicha zona. Sus risas se podían oír a varias decenas de metros de distancia. Desde donde, por ejemplo, un tipo no les perdía de vista en ningún momento, e incluso aprovechaba la oportunidad para tomar algunas fotos de manera furtiva.



A Jimena no le gustó el hombre que acababa de entrar en la tahona. Ni su aspecto, ni mucho menos la manera con la que lo miraba todo, echando vistazos aquí y allá. Mientras atendía a una pareja a la que explicaba las recetas de algunos de los dulces que vendía en las bandejas, de cuando en cuando levantaba la mirada para buscar a aquel hombre, que merodeaba por la tahona como si pretendiera memorizar cada centímetro, cada rincón.

Una vez se marchó aquella pareja llevándose consigo un par de bolsas llenas de productos de la tahona se acercó al mostrador. Al

otro lado, Jimena no pudo evitar sufrir un escalofrío al escuchar su voz, tan desagradable como su aspecto.

—¡Hay que ver qué ricuras vende usted!

—Muchas gracias por el cumplido —le dijo con toda la educación de la que era capaz en ese momento—. ¿Hay algo que le interese?

—¿Y todos estos pasteles y delicias las hace usted? —prosiguió el hombre.

—Así es.

—He hecho bien en entrar, desde luego. Hacía años que no venía a Ansó, y me recomendaron que visitara su tahona si me decidía a hacerlo.

—¿Ah sí?

—Sí, gente que la visitó no hace mucho y que quedó encantada tanto con el pueblo como con su tahona.

—Bueno, ya sabe que un poco de publicidad siempre viene bien. ¿Y de lo que ve no le llama nada la atención?

Jimena empezaba a ponerse nerviosa. La presencia del hombre la estaba enervando. Su forma de mirarla, su manera de pasear por la tahona, de escrutar todo como si necesitara o quisiera retener cada detalle en su retina. Una mirada para nada agradable cuando el hombre la escrutaba con tanto interés.

—¿Qué me recomienda que me lleve?

—¡Oh! Los lazos —le ofreció la bandeja casi sin pensárselo. El primer dulce que se le ocurrió—. Los hago yo misma todos los días.

—¿Con esas manitas tan bonitas?

La sonrisa del hombre adquirió una tonalidad oscura. Sí, Jimena quería quitárselo de encima lo antes posible y verlo lejos de su tahona.

—Sí. ¿Le preparo una caja pequeña? Es de un cuarto de kilo.

—Será un placer degustarlos, señorita...

El muro de silencio que se levantó entre ambos duró unos cuantos segundos, los que Jimena empleó en llenar la caja con la cantidad de lazos concreta. No fue hasta que cerró la caja cuando se decidió a hablar.

—Jimena.

—¡Ah! Jimena... ¡Qué nombre más bonito! Como la mujer de nuestro héroe nacional, el Cid Campeador...

Jimena no sabía qué era más desagradable, si la sonrisa que exhibía el hombre, falsa y forzada a todas luces, o la carcajada impostada que compuso para reír su propio comentario.

—Pues sí, igual —admitió entregándole la caja de pasteles.

—Héroes así son los que necesita este país, ¡siempre tan falto de ellos! —exclamó el hombre mientras esperaba la vuelta del billete que le había entregado para pagar el importe de los lazos.

—Espero que le gusten.

—Estoy convencido de que así será.

El hombre salió de la tahona con la caja en la mano izquierda y poniéndose el sombrero que se había quitado para despedirse de Jimena. Anduvo unos metros paseando distraído, disfrutando del paisaje, de la tranquilidad que emanaba las calles de Ansó, hasta llegar a la Plaza Domingo Miral. Allí decidió sentarse en la terraza aprovechando la buena mañana. Pidió una cerveza y se la tomó con calma. De pronto enarcó las cejas al ver entrar en la plaza al hombre y a la niña a los que había estado tomando fotos minutos antes, en las afueras de Ansó. Los dos caminaban llevando sus respectivas bicicletas agarradas del manillar y se detuvieron delante de la puerta de una casa frente a la terraza.

Se limpió la espuma de los labios con la lengua cuando vio aparecer por la esquina opuesta a Jimena, que había acudido a recoger a Clara. Los vio intercambiar algunas palabras y miradas de complicidad. Madre e hija se marcharon juntas mientras el hombre desapareció por la puerta de su casa. Una vez contemplada la escena, sacó su teléfono móvil del bolsillo interior del abrigo que llevaba puesto y tecleó con calma unos números.

—¿Germán Domínguez? Domingo Sánchez al aparato. Sólo le llamaba para decirle que ya he encontrado a su mujer, a Laura Vílchez. Si lo desea, puede pasarse esta semana por mi despacho y le entrego unas fotos que he tomado; y, de paso, liquidamos el resto de la cantidad que queda por pagar de mis servicios. Luego, haga lo que considere oportuno.

Colgó tras escuchar la voz de agradecimiento con la que Germán le despidió. Abrió la caja que contenía los lazos, de los que comió uno.

5.000 euros por encontrarla era la tarifa que le había exigido. Le faltaba por cobrar el resto del importe acordado, aunque eso era lo de menos, pues pensaba sacar más dinero de otra manera. Marcó otro número de teléfono y esperó el tono de llamada.

—Ya he encontrado a la madre y a la hija. Vuelvo ahora mismo para Madrid. En cuanto pueda, te haré llegar las fotos que he hecho. Ve adelantando los planes que tengas, pues en el momento que el padre me dé lo que me debe lo pondremos todo en marcha.

Tras acabar la llamada, el detective dio un mordisco a otro de los lazos. Sonreía satisfecho. Ya había encontrado a Laura Vílchez y a su hija Clara. Ahora tocaba sacar un poco más de dinero de ese asunto.



## CAPÍTULO 13

*Madrid,  
cuatro días después*

**G**ermán no podía evitar la repulsión que le invadía cada vez que ponía los pies en el despacho del detective Domingo Sánchez, pero saber que aquella tarde de enero sería la última vez que lo haría le reconfortaba. El detective le invitó a tomar asiento una vez entraron en el despacho, pues había salido a recibirlo a la entrada toda vez que —por fin, le admitió a Germán— había arreglado el timbre de la puerta. Fuera, en la calle, que se veía a través del ventanal del despacho, el cielo seguía cubierto. El día había amanecido frío y así se marcharía dentro de algo más de una hora.

—Que ya iba haciendo falta. Lo sé, lo sé, pero ya sabe eso de que las cosas de palacio... —se atrevió a bromear con Germán recordándole lo del timbre.

—Por dinero no será, desde luego.

Domingo torció el gesto al escuchar la referencia al dinero que había hecho Germán. Los dos tenían claro que aquello había sido una relación profesional sin ninguna sintonía. Germán se guardaba lo que pensaba del detective: que era una persona desagradable, un tipo sin escrúpulos y en las antípodas de sus ideas, además de que su presencia le provocaba náuseas. Pero tampoco él salía bien parado en cuanto a la percepción que le causaba a Domingo, para quien el marido de Laura Vílchez no era más que un pobre borracho, un mamarracho al que su mujer había abandonado y que, además, le había mentado al contarle cómo fue el accidente que le dejó imposibilitado. Se había encargado de recabar datos en el hospital donde fue atendido y no le costó pagar una pequeña cantidad de dinero a un celador por el informe de Germán Sánchez;

al que le había sacado mucho más por encontrar a su mujer y a su hija, mucho mayor de lo que cobraba de manera habitual por casos similares.

—Claro que no, señor Sánchez. Pero para esto está aquí, para pagarme por los servicios realizados, ¿verdad?

—Sí, pero antes quiero ver las fotos —le dijo con claridad. Había ingerido un par de copas de *whisky* en un bar cercano al despacho.

Domingo se las entregó en un sobre.

—Aquí las tiene, las he impreso en buen papel para que las pueda ver con calidad, con todo detalle. —Y sonrió al decir esta última palabra.

El corazón se le paró a Germán en ese momento y sus ojos se llenaron de lágrimas que se cuidó de no derramar en presencia del detective. Después de cuatro años estaba viendo de nuevo, aunque fuera en una fotografía, a su hija Clara en compañía de otro individuo; y también a Laura, igual de guapa que siempre. Pasó las yemas de varios dedos de su mano derecha por las fotos durante unos cuantos segundos para después suspirar con gravedad y pasarse aquella mano por los ojos para secarse las lágrimas que habían asomado en ellos. ¡Cuántas ganas tenía de volver a abrazar a Clara, de colmarla de besos!

—Son su mujer y su hija, ¿verdad?

—Sí, lo son.

—Entonces, mi trabajo ha concluido, y creo que de manera positiva para usted. Le prometí concluirlo en un par de meses y no me he retrasado mucho...

Germán captó la sorna con la que estaba hablando el detective y sacó un sobre del interior de la mochila que le acompañaba y que había dejado en el suelo, que entregó a Domingo. Éste lo abrió al ver que estaba lleno de dinero.

—Lo puede contar si quiere. Ahí está lo que falta de los 5.000 convenidos.

—No hace falta, me fío de usted.

—Y entonces...

El detective se encogió de hombros por no entender a dónde quería llegar Germán.

—Entonces, ¿qué?

—Que todo esto, quiero decir, sus servicios, ya han terminado, y que a partir de ahora lo que haga es cosa mía.

No tenía dudas de que la relación había terminado, de que ya no volvería a ver a Domingo Sánchez, pero quería asegurarse.

—Por supuesto, señor Domínguez. Su mujer y su hija son cosa suya, como siempre lo han sido.

—Si es así, le agradezco lo que ha hecho por mí.

Germán se marchó del despacho de Domingo Sánchez sin ofrecerle la mano para que se la estrechara a modo de despedida. Quería salir de allí lo antes posible, dejar de tener al detective ante la vista y buscar refugio en el bar que ya conocía para pensar cómo y de qué manera debía actuar a partir de ahora.

Se sentó ante la barra del bar, que a esa hora del día —media tarde, la ciudad parecía un tanto aletargada y apenas caminaba gente por la calle—, no estaba demasiado concurrido con la idea de intentar tomarse sólo una copa. Debía empezar a ser fuerte y controlar su querencia a beber hasta casi perder el conocimiento para olvidar en qué se había convertido si quería recuperar a Laura y a su hija Clara. Al día siguiente tendría que conducir y necesitaba estar sobrio para hacerlo, y también con las ideas claras de lo que iba a hacer con ellas.



Ante Domingo Sánchez se sentó un hombre de complexión fuerte y cabeza rapada al cero, de mirada dura y rostro serio. Esperaba su llamada sentado en un banco junto a la puerta del edificio en el que el detective tenía el despacho, aunque cuando vio salir por su puerta a Germán supuso que en nada le llamaría para tratar lo que había venido a hablar con él.

—¿Lo tienes todo listo?

El hombre le escrutó con la misma mirada y sin que la seriedad se borrara de su rostro.

—Todo.

—¿Cuándo te vas?

—Hoy mismo por la noche.

Arrastraba la r en un castellano que parecía dominar, aunque demostraba ser parco en palabras. Pero eso al detective no le importaba, porque lo que le atraía del ruso era que hubiera accedido a llevar a cabo el plan que ideó nada más tener constancia del deseo de Germán. Sólo necesitaba a una persona para llevarlo a cabo, y sabía qué persona lo haría por una cantidad de dinero a la que no diría que no.

—Bien, hemos de adelantarnos al borracho. No creo que se ponga en camino hasta mañana. Ha venido ya alumbrado a verme y me imaginó que hoy terminará de cocerse.

—No problema.

—Nos jugamos mucho en esto, no hace falta que te lo recuerde.

—Yo, saberlo.

—¿Y cómo lo piensas hacer?

El hombre ni parpadeó. Torció un poco el gesto y compuso un ademán pensativo antes de responder. Había tenido tres días para prepararlo todo con calma dado que, desde que el investigador le puso al corriente del plan que había ideado, cotejó todas las posibilidades con *Google Earth* para conocer Ansó como la palma de su mano antes de llevar adelante el plan acordado.

—¡Pues arreando!

El hombre se levantó con calma de la silla y se marchó de la misma manera que entró en el despacho. Si Domingo no le había saludado al entrar, él tampoco lo hizo al salir, pues tampoco era dado a esas muestras de amistad, camaradería o cariño. Sí tenía sus sentimientos y pocas veces los exteriorizaba, razón por la que el detective, que le conocía desde hacía unos cuantos años y recurría a Andréi para cualquier cosa que tuviera que ver con los casos que se le presentaban —ya fuera pegar una paliza a alguien, entrar a robar en alguna casa si necesitaba pruebas, etcétera—, un ruso de cuarenta años que vivía en España de manera ilegal y que se prestaba a todo lo que Domingo le ofreciera o sugiriera a cambio de dinero.

Andréi había aparcado su coche en un parquin en las cercanías del despacho del detective. En la guantera estaba guardado el sobre con las fotos que Domingo le había proporcionado el mismo sábado que regresó a Madrid y que le servirían para identificar los objetivos

que buscaba. Por delante tenía algo más de cinco horas en coche, quizás seis si decidía parar para tomarse un café, como era su costumbre a mitad de camino, para evitar la fatiga. Una vez llegara a Ansó, estudiaría cómo llevar a cabo el plan ideado por el detective y se marcharía al coche a descansar hasta el momento de ponerlo en práctica.

Si todo salía bien, y ni él ni tampoco Domingo tenía ninguna duda, en unos días disfrutarían de más dinero del que hubiera imaginado antes de que el detective decidiera aceptar la búsqueda de la mujer y la hija de Germán.



Domingo carecía de escrúpulos. No sólo lo sabía, sino que presumía de ello. De hecho, los que recurrían a sus servicios lo hacían a sabiendas de que les ayudaría a resolver cualquier caso, fuera cual fuera su naturaleza, tanto dentro de los cauces legales como fuera de ellos. Es más, tampoco ocultaba que lo suyo eran aquellos casos que la policía dejaba de lado o cerraba sin el resultado deseado por quienes se los encomendaban con la esperanza de que encontrara una solución, o las respuestas que la policía no había sido capaz de hallar.

Conocía los métodos de la policía puesto que también lo era. Lo era y se consideraba como tal, aunque había sido expulsado del cuerpo una década atrás por un asunto turbio, un caso de trata de blancas en el que se había aliado con una banda del Europa del Este para recibir dinero a cambio de ser avisados de la presencia de sus compañeros del cuerpo en cualquier momento. Dejó de ser policía, pero de inmediato supo que tendría futuro dedicándose a labores de investigación para clientes desesperados o que quisieran abrir una investigación paralela a la de la policía a cambio de una remuneración que no era nada barata, puesto que jugaba con la desesperación de sus clientes.

Así, cuando Germán se presentó en su despacho dispuesto a contratar sus servicios, no dudó de que encontraría a su mujer y a su hija. Estaba más que acostumbrado a casos de esa naturaleza y sabía de qué hilos tirar para resolverlos. Pero algo advirtió en aquel

cliente que le invitó a ir un poco más allá y, conforme desplegaba su red de contactos para hallar el paradero de Laura Vílchez y su hija Clara, trazó un plan que le podría reportar pingües beneficios; pues Germán, que le parecía un miserable borracho, tenía dinero, lo había demostrado al no regatearle ni un céntimo de euro la cantidad que le pidió por hacerse cargo del caso. Un plan que, para salir adelante, necesitaba dar con el paradero de aquellas dos, y cuando eso ocurriera recurrir a un hombre de confianza como Andréi para ponerlo en marcha.

Por eso, mientras veía a Marcos y a Jimena mirarse con la complicidad con la que lo hacían, sentado en la terraza de Plaza Domingo Miral de Ansó degustando una cerveza, con Clara dando vueltas a la plaza con su bicicleta, y sabiendo cómo era de débil Germán, el investigador no tuvo dudas de que su plan saldría bien. Su instinto de policía, porque se consideraba como tal hasta el día que muriera, no le había fallado una vez más.

## CAPÍTULO 14

*Ansó,  
al día siguiente*

Jimena apremió a Clara para que terminara de desayunar después de echar un vistazo rápido al reloj de la cocina. La clase comenzaba en menos de media hora y todavía tenía a medias el desayuno, un tazón de leche y un par de magdalenas de las que elaboraba en el horno de su tahona.

—¡Venga, Clara! ¡Que hoy vas a llegar tarde a clase!

—Voooooy, mami.

—Voy, mami, pero llevas así diez minutos... —rezongó Jimena.

—¡Jooo, mami! Ahora voy, de verdad.

—Tú misma. Voy a cambiarme, y espero que cuando vuelva ya te hayas terminado el desayuno.

Clara era una niña ejemplar de verdad, pero le costaba comer. Se distraía con el vuelo de una mosca, y si eso no ocurría, mareaba la cuchara o el tenedor en el plato o en el tazón hasta exasperar a su madre, algo que sucedía con demasiada frecuencia para desesperación de Jimena. Una mala costumbre que se acentuó en Ansó y contra la que luchaba con denuedo un día tras otro. Al fin y al cabo, también era así de pequeña, y no fueron pocas las veces que su madre la riñó por culpa de la comida.

Pero cuando Jimena regresó a la cocina se encontró con que Clara se había terminado el desayuno. No obstante, su madre tenía la costumbre de revisar el cubo de basura, ya que no eran pocas las veces —también es cierto que cada vez menos— que se había encontrado allí parte del desayuno. En esta ocasión no había más rastro de las magdalenas que el papel.

—¡Que no te miento, mami! ¡Que me lo he terminado todo!

—¡Así me gusta! —y le dio un beso en la mejilla izquierda—. ¡Ale, al cole! ¿Llevas la manzana para el recreo?

—Sí, ya la he guardado en la mochila.

—Pues vete. Yo saldré enseguida, que tengo que hacer una cosa.

—¿Vas a hablar con tu novio?

—¡Serás...!

A Jimena no le dio tiempo a detener a su hija y reprenderla, con la sonrisa en la boca por la pregunta que le lanzó su hija, ya que cuando quiso hacerlo ya había salido por la puerta de su casa. El cielo estaba nublado y soplaban un viento bastante gélido, pero había salido preparada, con los guantes cubriéndole las manos, el pelo tocado con un gorro de lana y una bufanda del mismo material ocultando parte de su rostro menos la nariz y los ojos. No se percató de que, a su espalda, un hombre surgió de una cercana esquina en la que esperaba a la niña. Le bastó dar un par de pasos rápidos y echarse sobre ella armado con un pañuelo empapado en cloroformo. Los aspavientos de Clara y sus gritos cesaron en cuestión de segundos para alegría de Andréi, satisfecho por lo rápido que había ocurrido todo, y alegrándose de que no hubiera nadie más en la calle a esa hora de la mañana.

Había llegado a Ansó a última hora de la noche, y tras cenar de manera frugal decidió estudiar sobre el terreno los detalles del plan que había trazado en días anteriores ayudándose de Google Earth; y, una vez en Ansó, de un paseo por sus calles villa. El estudio sobre el terreno era esencial, porque el camino más directo entre la tahona de Laura Vílchez y la escuela estaba bloqueado por un camión según comprobó en aquella aplicación, y por eso no podía averiguar cómo era el resto, lo que tuvo que hacer en persona. No obstante, y tras estudiar las diversas posibilidades que manejaba tras revisarlas una a una in situ, decidió que se ocultaría tras la esquina de una calle perpendicular cercana a la tahona, desde la que gozaba de una buena visión de su puerta. En cuanto la viera salir, saldría tras sus pasos. Después se fue a dormir al coche, que había dejado aparcado en un anchurón de la calle Mayor para meter a Clara y marcharse del pueblo en inmediato, lo que hizo tras meterla en el asiento de atrás cubierta con una manta para que nadie reparara en ella.



Ya con la niña dentro del coche, Andréi respiró tranquilo. Devolvió el saludo a una persona que cruzó a su lado y se encendió un cigarrillo. Las campanas de la iglesia dieron las nueve de la mañana, y mientras se fumaba el cigarrillo quitó la matrícula trasera —la delantera estaba oculta tras la pared de piedra de la casa frente a la que lo había aparcado— ayudándose de un destornillador. Abrió el maletero y la tiró dentro para, a continuación, sacar la original del vehículo y volver a ponerla. Uno de los muchos trucos acumulados a lo largo de los años, y a los que recurría cuando se trataba de llevar con éxito operaciones como el secuestro de la hija de Laura Vílchez.

Andréi apagó el cigarrillo en el suelo estrujándolo con el pie derecho y regresó al interior del coche. El resto del plan consistía en conducir hasta Jaca, donde había alquilado un piso en una calle de las afueras de la ciudad por un precio muy ajustado al menos durante tres meses. La intendencia inicial en forma de comida, bebida y cualquier cosa que pudiera requerir Clara ya la había adquirido en el camino, en un centro comercial de Zaragoza, y la llevaba en el maletero. Pero, antes de llegar a Jaca, esperaría a que la hija de Laura Vílchez se despertara para entrar en la casa por su propio pie y así no despertar sospechas. Una vez ocurriera eso, se encargaría de llamar a sus padres para pedirles el rescate exigido por el detective Domingo Sánchez.

El resto, cualquier cosa que pudiera ocurrir, correría a cargo del detective, que había trazado el plan con minuciosidad para que no se le escapara ningún detalle.



Jimena se alegró de ver entrar a Marcos en la tahona. Miró el reloj y comprobó que era la hora del recreo, momento que el profesor aprovechaba para hacerle una visita, y más desde que habían iniciado su relación. Él sonrió de manera abierta al verla con una bandeja de dulces en la mano, que dejó en el mostrador.

—¡Qué bien huelen esos dulces!

—¡Pues mejor sabrán!

Marcos aceptó de inmediato el que Jimena le dio y se lo llevó a la boca. Lo saboreó con calma y cerrando los ojos. Tras ingerirlo, no

pudo evitar piroppearla:

—¡Qué manos tienes, hija!

—También tengo otras cosas tanto o más dulces que el que te acabas de comer...

Le ofreció sus labios con calma y Marcos alargó el beso todo lo que pudo. Al abrir los ojos se miraron y cada uno adivinó en la mirada del otro la misma expresión de felicidad que bañaba la suya; una imagen colmada de amor, de pasión, y de una paz inmensa por sentirse afortunados de estar al lado de la persona que más querían.

—¿Qué le ha pasado a Clara? —dijo el profesor de manera inocente.

—¿Por?

—No, te pregunto si está enferma, porque hoy no ha venido a clase.

La bandeja que Jimena estaba manipulando en ese momento cayó al suelo y su cara adquirió una tonalidad lechosa, como si hubiera visto a la mismísima muerte frente a frente.

—¿Qué me estás diciendo? ¡Si esta mañana ha salido de casa!

El rostro de Marcos también adquirió la misma tonalidad que el de Jimena con su respuesta. Sus manos se vieron poseídas de un temblor que no podía frenar por mucho que quisiera. ¿Qué estaba pasando con Clara? Era la única de la clase que ese día había faltado. ¿Habría decidido ir a algún sitio sin decírselo a nadie? No, estaba convencido el profesor, pues no era una niña dada a esas aventuras si no era en compañía de su inseparable Javi, y éste sí había asistido a clase. Entonces, ¿qué? ¿dónde podría estar? ¿Qué le podía haber pasado? Preguntas que se acumulaban en su cabeza empujándose unas a otras conforme las iba pensando.

—Marcos, dime que no me estás gastando ninguna broma.

—¡Laura, te juro que no estoy bromeando! ¡Clara no ha ido hoy a clase, por eso he venido para saber si le había ocurrido algo, pues es algo extraño, y tú misma me habrías enviado un *WhatsApp* para decírmelo!

Jimena se deshizo del delantal, que arrojó al suelo, y se fue hacia la puerta de la tahona, pero Marcos la detuvo.

—¿Dónde vas?

—¡A buscarla!

—Pero ¿dónde? ¡No lo sabemos, Laura! ¡No podemos dejarnos llevar por los impulsos! Tenemos que pensar con frialdad.

—¿Ah sí? ¿Y qué me recomiendas tú? ¡Dime!

Jimena se estaba alterando, el nerviosismo que se había apoderado de su ser lo mostró en forma de grito contra Marcos, que la había detenido cuando se disponía a abrir la puerta.

—Vamos a llamar a Dolores, seguro que decide qué es lo mejor, si avisar ya a la Guardia Civil de su desaparición, o bien organizar una búsqueda mientras vienen los agentes.

—¡Quiero salir a buscarla! —insistió lanzándose hacia la puerta.

—¡Laura, reflexiona! ¡No sabemos dónde está! ¡Pensemos, no nos dejemos llevar por la irracionalidad!

—¡Es mi hija, Marcos! ¡Es mi hija! —bramó, desesperada y comenzando a deshacerse en unas lágrimas que, varios segundos después, se convirtieron en un llanto desesperado.

Marcos sacó su teléfono móvil y buscó el número de Dolores en la agenda. Jimena se sentó en una silla que ofrecía a quienes quisieran tomar asiento mientras esperaban a ser atendidos, llorando con la cara entre las manos. Su llanto era desgarrador, y eso ponía más nervioso si cabe a Marcos, por cuya cabeza también cruzó la idea de salir a buscar a Clara donde fuera, poner Ansó y sus alrededores patas arriba si fuera necesario con tal de encontrarla.

—¿Dolores? Sí, soy Marcos. Tenemos una emergencia. Resulta que...

En el momento que Marcos estaba pronunciando aquellas palabras, la puerta de la tahona se abrió y entró Germán Domínguez para sorpresa de Jimena, que separó las manos de la cara. De repente, sus ojos se encendieron y el llanto desapareció para dejar paso a una mirada que escupía llamas a punto de consumir todo lo que encontraran a su paso. En su mirada sólo había lugar para el odio. En otro momento del pasado, quizás, la presencia de Germán le hubiera despertado temor, el miedo de volver a padecer sus arranques de furia y eso, unido a su sentimiento de culpabilidad, la hubiera sumido en un estado de ansiedad absoluto. Pero no, Jimena en ese momento sólo sintió odio por la presencia de su marido, tan

repentina, en la tahona. A Germán no le bastó ninguna palabra para notar que su presencia no le incomodaba a su Laura. Podía palpar el odio en su mirada. Un odio que nunca le conoció cuando vivieron juntos. ¿Había incubado todo ese odio en los cuatro años que llevaban separados? Esa pregunta, que surgió en su interior de manera repentina al escrutar la mirada de su mujer, no tardaría en encontrar respuesta.

## CAPÍTULO 15

**M**arcos se convirtió en un espectador de la escena, que no podía ser más violenta: Jimena y Germán se miraban en silencio sin abrir la boca. En aquel momento se podía escuchar cualquier sonido tanto dentro de la tahona como en la calle. Hasta sus respiraciones, aceleradas. En el caso de Jimena, por la situación del momento, a lo que se unió la aparición repentina de su ex; en el de Germán, por encontrarse de nuevo con Jimena, a la que hacía cerca de cuatro años que no veía.

En otra circunstancia, Marcos se hubiera marchado de allí dejando a la pareja que dirimiera su diferencias. Pero no era el caso. Sabía por Jimena de su marido, de cómo se ponía cuando bebía, de lo imprevisible que podía llegar a ser. Aparte, también estaba su experiencia, lo que había vivido tras escapar de las garras de su ex, de lo que le había costado recuperar la calma para vivir una vida normal; y que, además, estaba muy pillado por Jimena, así que, si Germán venía con intención de solventar lo que tuvieran que solventar a solas los dos, lo tendría que hacer en su presencia. Pero a Laura no pensaba dejarla sola con su ex ni por asomo.

Jimena retaba a Germán con la mirada, que se la sostenía a duras penas. No había probado gota alguna de alcohol desde que salió de Madrid a primera hora de la mañana, con las últimas tinieblas de la noche tejiendo sus sombras sobre las calles de la ciudad. Echaba de menos el alcohol, su capacidad de inhibirle, de ser quien no era, porque quien se encontraba ante Jimena era el Germán sobrio, la persona que la amaba como a nadie ni a nada en el mundo, pero propensa a la melancolía y a la timidez, cuyos rastros sólo era capaz de borrar con el alcohol desbordándose por

su cuerpo; pues era entonces cuando aparecía el otro Germán, del que Jimena había escapado para encontrar refugio en Ansó.

—¿Qué has hecho con ella? —le soltó de sopetón.

—¿Qué he hecho a quién?

—¡A mi hija! ¡Cerdo, que eres un cerdo!

La intervención de Marcos evitó que Jimena descargará una andanada de golpes en el cuerpo de Germán, como era su intención. La mantuvo a distancia rodeándola con los brazos para impedir que volviera a abalanzarse sobre su ex. Lo que no pudo evitar es que siguiera gritando presa de una excitación y de un nerviosismo que ya se habían apoderado de su cuerpo.

—¡Como le hagas daño, juro que te mataré! ¡Juro que te mataré, cabrón! ¡Que eres un maldito cabrón!

Jimena se echó a llorar con desesperación y Marcos trató de consolarla. Germán observaba la escena estupefacto sin saber qué estaba pasando allí. Reconocer en Marcos a la persona que jugaba con su hija en las fotos no le costó nada y dio por sentado que era con quien su mujer había rehecho la vida fuera de Madrid. Lo que le desconcertaba era su reacción, y asimismo que se hubiera lanzado contra él con tanto odio.

—¿Qué está pasando aquí? No entiendo nada de lo que está pasando. Yo sólo vengo a por mi hija, Laura. ¡Tengo derecho a verla, y lo sabes!

—¿Y vienes con esas, con ese cinismo? ¡Eres un hijo de puta!

Marcos tuvo que hacer esfuerzos de nuevo por contener a Jimena, que luchaba por desembarazarse del profesor para lanzarse contra su marido con los ojos llenos de lágrimas. Al no poder hacerlo, se derrumbó en el suelo, donde siguió llorando. Marcos se agachó y trató de consolarla, y también la besó en la cabeza. Luego miró a Germán y se topó con su rostro de estupefacción, que no había variado ni un ápice desde que Laura trató de pegarle.

—Clara ha desaparecido.

—¿Qué? —ahogó Germán el chillido.

—Esta mañana no ha acudido a la escuela y tampoco está aquí. No sabemos dónde se encuentra. La alcaldesa del pueblo ha

organizado una patrulla de búsqueda. Si no la encontramos, tendremos que avisar a la Guardia Civil.

Germán se quedó inmóvil en el centro de la tahona con la vista clavada en el suelo y mesándose el cabello en repetidas ocasiones. Después comenzó a negar en silencio y a mirar a todas partes y a ninguna hasta posar la mirada en la de Jimena, que apestaba a odio.

—Dime que no has tenido nada que ver. ¡Dímelo!

—Te lo juro, quesito. ¡Te juro que no he tenido nada que ver!

Dicho lo cual, Germán se arrodilló a su lado y no pudo evitar echarse a llorar en el hombro derecho de Jimena. Marcos observaba la situación en silencio, preso de una angustia que no sabía cómo calmar; e incubando una sospecha que, conforme pasaban los minutos, crecía en su interior.



Menguaba la luz del sol sobre Ansó y el frío se hacía cada vez menos soportable cuando Marcos y Jimena vieron entrar a Dolores en la Plaza Domingo Miral. Después de verla negar con la cabeza al aproximarse donde se encontraban, se vinieron abajo. Detrás de la alcaldesa venía un grupo de vecinos que no pudieron evitar saludar con cariño a Jimena.

—Hemos revisado el Merendero de la Fuente Alta y su alrededores de arriba abajo, también los de la Tejería. ¡Hasta hemos buscado en la chopera del Molino Viejo y toda la ribera del río, incluyendo la Presa Vieja! Nada de nada. Puede que haya tirado para arriba, no sé, pero ya con estas horas y la noche cayendo...

—Mi niña, mi niña... —murmuraba Jimena abrazada por Marcos, con los ojos secos de tanto llorar. El profesor hacía lo que podía por consolarla, pero no había manera de conseguirlo.

—Puede que haya decidido salir al campo, ya sabes que es muy fantasiosa, y al verse perdida decidiera refugiarse en algún lugar. ¡Aparecerá, ya lo verás! —la consolaba Marcos.

—Mi niña, mi niña...—insistía Jimena.

—No te hundas ni pierdas las fuerzas ahora, ¿eh? ¡Que, si tú eres fuerte, tu hija más! Así que no vamos a perder la esperanza,

¿vale?

Jimena asintió en silencio con los ojos llorosos. El grupo de vecinos se deshizo y cada uno regresó a su casa no sin confabularse de retomar la búsqueda los que su trabajo o quehaceres se lo permitiera al día siguiente. Marcos se separó de Jimena un instante para hablar con Dolores.

—¿Crees que deberíamos avisar ya a la Guardia Civil?

—Yo lo haría. Puede que se personen aquí en nada y comiencen alguna búsqueda. El problema es dónde dirigir a sus agentes. ¡Esto es tan grande...! —se lamentó la alcaldesa abriendo los brazos.

—¿Tienes el número a mano?

—Sí, ahora te lo busco. Si quieres, teclea mientras te lo doy.

—De acuerdo.

Mientras Dolores buscaba el número de teléfono del cuartel de la Guardia Civil en la agenda de su terminal, Marcos levantó la mirada y observó a Germán recostado contra la pared bajo los soportales de la plaza.

Habían pasado ya ocho horas desde que Jimena hubiera visto a Clara por última vez, y su desaparición debía de haber acontecido después de las nueve menos cuarto y antes de las nueve, los momentos en que salió de casa y Marcos solía comenzar las clases todos los días. Desde que tuvo información de la desaparición, su mente albergó todas las posibilidades y no descartó ninguna, por inverosímiles que fueran. Una de ellas, que tildaba de tal, era la que más peso cogía en su cabeza, y hacía esfuerzos por sacarla de allí, por descartarla, por más que fuera la que más temía conforme pasaban las horas.

—Mira, aquí lo tienes, es el 974...

En el otro extremo de la plaza, Germán observaba la escena con una lata de cerveza en la mano. Habían sido demasiadas horas sin ingerir alcohol, lo necesitaba con urgencia, así que decidió adquirir una lata y tomársela bajo los soportales de la plaza. Iba a darle un nuevo trago cuando percibió la vibración de su teléfono móvil en uno de los bolsillos de su pantalón. Compuso un gesto de extrañeza al no reconocer el número que le estaba llamando y pulsó el botón verde en la pantalla.

—¿Quién es?



—¿Germán Domínguez?

—¿Quién es? —insistió.

—Eso no interesar a usted ahora. Lo único interesar es que hemos secuestrado a su hija. Pronto, más noticias.

—¡¿Qué?! —aulló levantándose a la vez que soltaba la lata de cerveza, que cayó al suelo desparramando el contenido que le quedaba. Lo único que escuchaba ya era la señal de llamada finalizada. La persona que le acaba de contactar cortó la comunicación de forma brusca tras advertirle de que lo haría de nuevo más adelante.

Aún aturdido por la llamada y su contenido, tan confuso como perdido, Germán se dirigió al lugar en el que estaban Marcos y Jimena. Por qué, quién. Esas dos preguntas martilleaban su cabeza sin parar, se habían desatado como dos aves deseosas de salir de una jaula y que se estrellaban una y otra vez contra los barrotes buscando una salida que sólo estaba en su cabeza. Por qué, quién. En eso pensaba mientras daba pasos cortos. Su cuerpo marchaba a bastantes menos velocidades que su mente, que se sumergía en aquellas dos dudas a las que no tardaron en unirse otras tantas: ¿Clara estaría bien? ¿Dónde estaría? ¿Con qué intenciones la había secuestrado quien quisiera que hubiera sido? Sólo tenía dos certezas: que Clara había sido secuestrada, y que los secuestradores, al menos el que le había llamado, tenían un fuerte acento eslavo. Eso despertó en su interior los peores temores, pues había oído hablar de sus métodos, de cómo se comportaban con los secuestrados. En ese instante palideció al imaginar en manos de quién podría estar su hija, instante que coincidió con su llegada al lugar donde estaban Marcos y Jimena.

—Clara ha aparecido.

Jimena le miró con la misma mirada cargada de odio con la que le recibió en la tahona.

—¿Cómo lo sabes?

—Me acaban de llamar para decírmelo.

—¿Quién?

—Quien la ha secuestrado.

Jimena ahogó un grito llevándose la mano derecha a la boca, y a continuación se derrumbó en el suelo. Marcos se agachó para tratar

de levantarla, pero no pudo lograrlo: Jimena se había desmayado.

## CAPÍTULO 16

Una patrulla de la Guardia Civil del destacamento de Jaca acudió a primera hora de la noche a Ansó para recabar información acerca de la desaparición de Clara. Jimena y Marcos fueron los primeros en prestar declaración; la primera, además de ser su madre, por ser la última persona que la vio antes de desaparecer. Dolores, por su parte, explicó a los agentes qué zonas habían registrado y cuáles habían dejado para el día siguiente debido a la llegada de la noche. También Germán declaró ante los agentes, al ser la persona a la que llamaron los secuestradores, a los que confesó que estaba convencido de que se trataba de un ciudadano del este de Europa porque hablaba con acento duro y arrastraba bastante la letra r, además de usar el castellano con no demasiada fluidez. Asimismo, por el tono de voz, le dijo que podría tratarse de una persona relativamente joven, de no más de 40 años.

Una ráfaga de viento frío saludó la salida de Marcos a la calle. A pocos pasos de distancia, apoyado en la pared junto a una puerta, encontró a Germán fumando un cigarrillo. Lo tiró al suelo y fue en busca del profesor, que lo recibió subiéndose el cuello de su abrigo. Sobre sus cabezas brillaba una infinidad de puntos diminutos en el cielo.

—¿Qué tal está? —le preguntó al profesor.

—Se despertó hace media hora. Le hemos dado una infusión para que se calmara y, a continuación, un diazepam. Dolores, la alcaldesa, se ha quedado con ella.

—Espero que encontremos pronto a Clara.

—Yo también lo espero.

—No creo que tardemos mucho en hacerlo. Tengo una corazonada —le confesó Germán.

—Ah, ¿sí? ¿Es que ya tienes una pista, o acaso la persona con la que has hablado te ha contado algo que no nos has confesado y quizás prefieras callarte?

—Corazonadas mías, nada más.

Germán se expresaba con la suficiencia que le daba el alcohol ingerido que, desde que se enteró de la noticia del secuestro de su hija, había ido creciendo en cantidad. Primero, para reponerse del susto, eso había dicho a algunos de los parroquianos del bar cercano a la plaza en cuya barra se apostó; después, para relajarse, tratar de olvidar lo ocurrido y para que la imagen de su hija, que se le aparecía una y otra vez, no le martirizara más; por último, porque ya se lo pedía el cuerpo, porque era incapaz de sentirse persona si no era con unos cuantos litros de alcohol dentro de su cuerpo.

A su espalda oyeron el sonido de la puerta de la casa de Jimena, que Dolores había cerrado tras de sí. En dos pasos se unió a la pareja de hombres.

—Ya se ha dormido —les informó la alcaldesa, que se palpó los bolsillos buscando su paquete de tabaco. Germán se percató de ello y le ofreció un cigarrillo, que encendió también.

—Gracias —le dijo Dolores de manera lacónica.

—¿Está bien entonces?

—Todo lo bien que se puede estar después de que te hayan dicho que tu hija está secuestrada.

—Lola... —trató de terciar Marcos.

—¿Se puede saber a qué a cojones has venido? —le preguntó a Germán con enfado.

—A recuperar a mi hija y a mi mujer.

—Vaya curda de campeonato que me llevas, ¿eh, campeón?

—Mi trabajo me cuesta —le respondió con tono burlón.

—Vamos a calmarnos... —volvió a terciar Marcos.

—No quiero verte por aquí, ¿me has entendido? ¡Lárgate lejos! ¡No sé cómo narices has dado con Laura, pero no quiero que estés cerca de ella ni por un minuto más, ¿estamos? ¡Que para eso soy la alcaldesa de Ansó!

—Por mucha alcaldesa que seas, no puedes echarme de aquí. No he cometido ningún delito, así que me quedaré el tiempo que haga falta hasta encontrar a mi hija.

—Tiene razón, Lola. No ha cometido ningún delito. No puedes echarlo de aquí.

Dolores escupió la colilla del cigarro al suelo y la aplastó con rabia.

—¡Iros los dos a tomar por culo! —les gritó antes de marcharse.

—Lola, espera... —Marcos trató de tranquilizarla un poco. También estaba muy nerviosa por la desaparición de Clara y por ver a Jimena tan destrozada.

—Déjame, Marcos, ¡por favor!

—Vaya carácter... —se atrevió a bromear Germán.

—Está preocupada, como es normal. Al igual que yo.

—¿Quieres insinuar que yo no lo estoy?

—Esa mirada vidriosa me indica más bien otra cosa.

—Lo que haga con mi vida es cosa mía.

—¡Faltaría más! Ahí no me meto, pero sí que te voy a decir una cosa: Laura está bien ahora, ¿me entiendes? Ha recuperado la tranquilidad, vive feliz con su hija, disfruta de la vida. No vengas tú ahora a joderla y a joderlo todo.

—A tu lado, desde luego —le dijo con la mirada brillante y ahogada en alcohol—. ¿Desde cuándo estáis juntos?

—Eso es asunto mío.

—Disculpa, pero también es mío. ¿O tengo que recordarte que Laura es todavía mi mujer?

—Cierto —resopló Marcos—. Desde finales del año pasado.

—¿Sólo?

—Llegué a Ansó el verano pasado para ocupar la plaza de profesor que había quedado vacante.

—Y te enamoraste...

—Si te vas a quedar más tranquilo, te diré que me quedé pillado, sí. Enamorarse es más complejo, es algo que lleva su tiempo, aunque todo marcha de manera adecuada como para que lo pueda afirmar en cualquier momento.

—Es mi mujer.

—No creo que ya lo quiera seguir siendo. ¿Por qué no se lo preguntas mañana? De todas formas, tardé mucho tiempo en enterarme de que estaba casada, y no fue por su boca.

—Seguro que fue la alcaldesa. Tiene pinta de chafardera y de boyera.

—Te rogaría que delante de mí no hables de ella así.

—¡Hablo como me sale de los huevos! —chilló Germán, enfadado—. ¡He venido a recuperar a mi mujer y a mi hija, y de aquí no me marcharé sin las dos!

—Lo primero es encontrar a tu hija, pero por lo que veo, no es algo que a ti te importe mucho a tenor de tu estado actual... —expuso Marcos manteniendo la tranquilidad.

—¡Tú no sabes nada de mí! —volvió a chillarle—. ¿Quién eres tú para criticarme por lo que haga o deje de hacer? ¡Claro que estoy preocupado por mi hija! Pero yo tengo la solución, y si quiero ahora mismo podría resolverlo. ¿Eres tú capaz de hacer eso? —le dijo con tono burlón.

—Lo primero, sé quién eres, y ya que nos estamos sometiendo a este ejercicio de sinceridad, tú tampoco sabes quién soy yo, pero te puedo asegurar que no lo he tenido nada fácil, al igual que tú tampoco ahora, pero he tenido la serenidad y el convencimiento de darme cuenta de qué quiero hacer con mi vida. Y quiero tener a Laura y a Clara a mi lado. ¿Te ha quedado claro? El problema con tu vida lo tienes tú. ¡Y te juro que, si mi hija estuviera secuestrada, donde menos estaría ahora mismo es en un bar emborrachándome!

Germán levantó el puño derecho decidido a golpear a Marcos, que se adelantó con parecido ademán, pero se lo pensó. No quería meterse en problemas y sabía que de golpearle tendría que salir corriendo de Ansó, so pena de no ser denunciado ante la Guardia Civil por el profesor y también por la alcaldesa, que le había demostrado unas ganas inmensas de quitárselo de encima. Esa reacción le hizo ver que Dolores le odiaba, odio que le debería de haber inculcado Laura al contarle cómo fueron sus últimos meses de convivencia. Y lo que tenía claro, por encima de todas las cosas, es que no quería crearse enemigos en aquel pueblo al que había acudido para llevarse a las dos mujeres de su vida. Pero, para eso, tenía que encontrar el paradero de su hija, y sabía qué camino tomar.

—Ya hablaremos de todo esto cuando aparezca Clara...

Y sin más, Germán dio la espalda a Marcos y echó andar calle Navarra abajo en dirección a la calle Mayor. Le vendría bien mover un poco las piernas y despejar la cabeza antes de hacer la llamada que tenía pensado hacer. A continuación, se marcharía a descansar a la casa rural en la que había alquilado una habitación. Por cuánto tiempo es lo que no sabía, pero tenía el convencimiento de que de Ansó no se marcharía sin Laura y Clara.



*Jaca,  
primera hora de la noche*

Andréi preparó una tortilla a Clara, a la que había dejado cenando sola en el salón del piso que había alquilado en Jaca, para devolver la llamada que tenía pendiente. La niña se estaba portando bien y, salvo un par de ocasiones que se echó a llorar pidiendo volver con su madre, que fue cuando más le costó controlarla, podía decir que el secuestro marchaba por unos cauces normales. Antes de marcar el teléfono del contacto que le había llamado con anterioridad echó un nuevo vistazo al salón, donde la vio mareando el tenedor sobre la tortilla sin prestar la atención al devedé de Bob Esponja que había comprado para tenerla entretenida. Confiaba en que el secuestro se resolviera con prontitud, pues la presencia de Clara le despertaba sentimientos que prefería mantener alejados de sí.

Se llevó el terminal al oído izquierdo y no tardó en escuchar la voz pastosa del detective Domingo Sánchez.

—¿Qué tal va la cosa? ¿Te está dando muchas complicaciones la niña?

—Estar cenando ahora. Yo poner dibujos y ella comer tortilla.

—Bien. Mañana grabarás un vídeo y lo enviarás desde el otro terminal que tienes y desde una ubicación distinta a la que te encuentras, a ser posible lejos de Jaca, por si a la guardia civil le da por rastrear tu localización.

—Así será.

—Por cierto, me acaba de llamar el padre, ya sabes, el borracho. Adivina dónde está...

—Mí no saber.

—¡En Ansó! El muy cabrón ha llegado esta mañana a Ansó. Un poco más y nos jode los planes, desde luego. Pero, a lo que voy, ¿sabes qué me ha pedido?

—¿Qué cosa?

—Encontrar a su hija, ¿qué te parece?

—¿Eso querer?

—Así que mañana por la mañana partiré hacia Jaca para estar más cerca de las operaciones y, de paso, sacarle algo más de dinero a ese gilipollas. ¡Al final no se nos va a dar nada mal este asunto, mi querido Andréi!

El detective colgó y Andréi guardó el teléfono móvil en el bolsillo interior de la chaqueta que vestía. Regresó al salón y encontró a Clara dormida sobre la mesa. En la televisión, Patricio miraba con cara de estupor a Bon Esponja. Cogió a la niña y la llevó hasta la cama de la habitación pequeña, donde la metió para arroparla a continuación. Clara dormía plácidamente y Andréi se quedó mirándola así durante unos segundos para, después, cerrar la puerta de la habitación y buscar el sofá, donde se tumbó tras pasar por el frigorífico y coger una lata de cerveza y algo de fruta para comer. No tenía más hambre.

El primer trago que dio a la lata fue largo. La dejó sobre la mesita que tenía junto al cabecero del sofá y comenzó a pensar en sus hijos. Mijaíl tenía tres, dos chicos y una chica, esta última un poco más mayor que Clara. Buscó en la televisión algo con lo que entretenerse y espantar la imagen de sus hijos de la cabeza, especialmente la de Alisa, la niña de sus ojos. Felicidad, había averiguado que significaba dicho nombre en castellano, y era así; porque su nacimiento, después de dos niños con serias discapacidades, les había llenado de felicidad al recibir la noticia de que Alisa no tenía ningún retraso ni malformación alguna. Todo lo contrario que Andréi y que Antón, cinco y tres años mayores que su hermana, que vinieron al mundo uno ciego y sordo, y el otro con problemas en el embarazo que le provocaron una parálisis cerebral.

Fueron aquellos años de penurias, de trabajar de sol a sol con tal de llevar un dinero a casa que permitiera afrontar los gastos médicos de los dos chicos y, si sobraba algo, junto al sueldo de su



mujer, Svetlana, pagar el apartamento en el que vivían y comer de manera muy frugal. Aún recordaba el día que le dijo que estaba embarazada de nuevo. A Andréi se le cayó el mundo encima: una nueva boca que alimentar y a saber en qué estado fue lo primero que pensó, pensamiento que se acrecentó conforme el embarazo de Svetlana avanzó. Pero el nacimiento de Alisa lo compensó todo. Eso y verla crecer sana a diferencia de sus hermanos mayores. Por eso se prometió que ni a la niña ni a su mujer nunca les faltaría de nada, así como cuidados para Andréi y Antón, aunque tuviera que marcharse para ello del país. Y así llevaba tres años en España al servicio de tipos como Domingo Sánchez y de otros de parecida o peor reputación, a cambio de un dinero más que aceptable que enviaba a su mujer, quedándose una parte pequeña para comer y pagarse la habitación de la pensión en la que dormía.

Soñando con regresar cualquier día a Rusia para reunirse con su familia y ver crecer a Alisa y cuidar de Andréi y de Antón, Andréi se quedó dormido en el sofá. El día había sido largo, aunque no sospechaba que el siguiente iba a serlo mucho más.

## CAPÍTULO 17

*Jaca,  
a la mañana siguiente*

Andréi había preparado el desayuno para Clara: un tazón de leche con cereales, pan con mantequilla y fruta. La niña no puso reparo a lo que el ruso le había preparado, al contrario, pues, aunque su madre preparaba dulces en el horno también le insistía que comiera fruta en el desayuno. Desayunaba con una *Tablet* delante, en la que veía un episodio de dibujos animados con calma, pues esa mañana Andréi le había explicado que no acudiría al colegio como todos los días. En realidad, Clara no sabía dónde se encontraba, ya que desde que despertó en el coche del ruso hasta que la introdujo en el piso donde ahora desayunaba, en todo momento no pudo ver por tener los ojos tapados con un pañuelo.

Andréi la dejó sola desayunando y se asomó a la terraza del piso que había alquilado en Jaca. Encendió un cigarrillo y le dio una calada larga. Se había prometido por enésima vez dejar de fumar, pero los nervios de los asuntos que le encargaban —como el secuestro de Clara— los calmaba con un cigarrillo entre los dedos, por lo que era imposible que abandonara el vicio tal como era su deseo. Apenas había movimiento de coches y de gente en la zona donde se encontraba el edificio, en las afueras de Jaca. Una zona tranquila, por lo que indagó antes de afrontar el secuestro, un lugar ideal para no despertar sospechas y así mantener recluida a Clara el tiempo que hiciera falta. Cuánto era la pregunta.

En otros secuestros en los que se había involucrado todo dependía de la celeridad a la hora de ponerse en contacto con la familia y mantener el pulso negociador, además de jugar con sus nervios. Llamadas oportunas y presionando a la familia, el papel de

los secuestrados para agilizar el pago de su familia... Pero, en el caso de Clara, Domingo había decidido tomar las riendas del secuestro desde el momento que Germán, el padre de la niña, le contactó para pedirle ayuda con objeto de localizarla.

—Déjame que sea yo quien le hable. Yo llevaré las negociaciones a través de él, puesto que es la única persona con la que nos hemos puesto en contacto.

Andréi miró el reloj, que marcaba las nueve de la mañana. Domingo le había avisado cuando salía de Madrid, y eso fue sobre las siete de la mañana, por lo que, calculó, al menos no llegaría hasta las doce. Tres horas esperándole encerrado en casa con una niña que, si bien no le daba ninguna molestia, le hacía sentirse incómodo. Cada vez que la miraba le venía el recuerdo de Alisa, y eso le entristecía. ¡Cuánto la echaba de menos! Tanto o más que a Andréi, a Antón y a Svetlana. Echaba mucho de menos a su familia, los besos de su hija, la ternura de sus hijos, los intentos de Antón por transmitir cariño a su padre y cómo se lo devolvía sorbiéndose las lágrimas; también las caricias de Svetlana, su calor, esa pasión con la que le recibía en la cama y donde, después de comerse a besos como si cuando la abandonaran sus vidas se fueran a extinguir, se dejaba el alma en cada acometida dentro de su mujer hasta que la blanqueaba la razón; y, extinguidas las sacudidas del orgasmo, se abrazaban sabiendo que, aunque la vida les diera la espalda y el futuro no les infundiera ningún optimismo, siempre se tendrían el uno para el otro.

Andréi apagó el cigarrillo tras arrancarle sólo tres caladas. Le había prometido a Svetlana que no volvería a fumar nunca más, y eso ocurrió seis meses atrás, la última vez que estuvo apenas una semana disfrutando de su familia.

—No me gusta verte fumar tanto... —le reconvino una noche que, tras apagar el último cigarrillo del día en el cenicero, se acostó en la cama.

—Mañana lo dejo, te lo prometo, *moya printsessá*.<sup>[3]</sup> —le prometía mientras la abrazaba.

—Eso me dices siempre, *Mishka*<sup>[4]</sup> ...

—Que sí, te lo prometo, ya lo verás...

Aquella noche, como todas las que pasó en casa, terminó con los besos sustituyendo a las palabras y las caricias despertando fragores que estaban deseando ser apagados. Entonces Andréi cogía a su princesa, como le llamaba, o ella se sentaba encima de su Mishka, el osito que fue mascota de los Juegos Olímpicos celebrados en Moscú en 1980. Conformaban una pareja dispar: él, casi dos metros de altura, formido y con cara de malas pulgas a pesar de que, en el fondo, era lo que su mujer le llamaba, un osito de peluche; la mujer rebasaba por poco el metro sesenta. Pecosa y pelirroja, poseía una vivacidad y una determinación que parecía imposible que pudiera contener un cuerpo tan pequeño. Pero sí, Svetlana era un volcán en erupción cuando había que serlo y una abnegada madre de familia en todo momento. ¡Y la echaba tanto de menos...!

A pesar de que Domingo le había prohibido que tuviera cerca su teléfono móvil, por si le entraban tentaciones de ponerse en contacto con su familia mientras estaba trabajando, no pudo resistirse a echar un nuevo vistazo a las fotos que almacenaba en el terminal. Fotos de Alisa riendo, soplando las velas de la tarta de su último cumpleaños, lanzándole un beso con la palma de una mano; la sonrisa tan extraña como preciosa de Antón, ensimismado en su mundo; la seriedad en el gesto de Andréi, tan parecido a él como le solía decir Svetlana... Pasó las fotos recreándose en cada una y guardó el teléfono de nuevo en el bolsillo antes de enjugarse una lágrima que estuvo a punto de resbalar por su mejilla izquierda.

Andréi resopló y decidió regresar al interior de la vivienda. Lo tenía decidido: en cuanto terminara el secuestro de Clara, regresaría a Rusia. Necesitaba tener a la familia a su lado. Y una vez allí, ya sopesaría si volver o no a España, pues cada día se le hacía más duro separarse de su mujer y de sus hijos. Cuando entró en el salón Clara ya había terminado de desayunar.

—¿Tú terminar?

—Sí. Oye, ¿por qué hablas tan mal? —le preguntó Clara.

—¿Yo hablar mal?

—¡Hablas muy mal! Así no se habla.

—¿Tú entenderme?

—Sí.

—Entonces yo no hablar mal. Y ahora, tú grabar vídeo para mamá.

A Clara se le iluminó la cara al oír la mención de su madre.

—¿Voy a ver a mamá? ¿Cuándo?

—Pronto, pero primero tú grabar vídeo para que mamá ver que tú estar bien.

—Vale.

A Andréi le gustaba el carácter de Clara. Alegre, muy despierta y obediente, igual que el de su hija Alisa. Clara también sentía simpatía por aquel hombre que la había llevado al piso en el que ahora se encontraba. La estaba tratando muy bien, con mucho cariño, y le daba ciertos caprichos que su madre no le concedía, o bien a regañadientes. De ahí que entre los dos se hubiera establecido una cierta relación de complicidad, aparte de que Andréi le había prometido en todo momento que pronto vería a su madre.

Había decidido grabar el vídeo en el mismo piso desoyendo la orden del investigador. Lo haría enfocando sólo la cara de la niña, lo que haría imposible reconocer el lugar donde se había grabado. Además, usaba un sistema de mensajería distinto a *WhatsApp* llamado *Telegram*, que empezaba a ser conocido en Occidente, y que resultaba ser más seguro que aquel otro, lo que dificultaría las labores de búsqueda y de rastreo de la Guardia Civil para dar con el punto de origen del vídeo que enviaría después a sus padres.

Los dos entraron en una habitación vacía que, hasta ese momento, había servido de cuarto trastero, lo que se ajustaba a los intereses del ruso. Delante de una de las paredes, desnudas y pintadas de blanco, había colocado una silla.

—Tú sentarte.

—¿Aquí?

—Sí.

Clara tomó asiento y Andréi sacó un teléfono móvil de otro bolsillo. Era un modelo que había adquirido a petición de Domingo Sánchez. Se había asegurado de que tuviera una buena resolución para grabar el vídeo que después mandaría tanto a la madre como al padre de la niña, además de instalarle una serie de aplicaciones, entre ellas *WhatsApp* y *Telegram*.

—¿Tú recordar bien lo que decir?

—¡Sí!

—¿Tú recordar el dinero?

—Sí, 30.000 euros. Es así, ¿no?

—Sí, y cuando mamá pagar, tú volver a verla.

—¿Y el dinero es para ti?

«El dinero es para ti». 30.000 euros suponían una fortuna para él. Con ese dinero podría dar una mejor calidad de vida a su familia, y por su cabeza había pasado la idea de negociar con los padres de Clara por su cuenta. Pero hacerlo supondría enfrentarse a Domingo Sánchez, y era mal enemigo. Estaba en España sin papeles, con el miedo de ser expulsado en cualquier momento, y temía que el investigador le denunciara, de ahí que le tuviera agarrado por todas partes y no tuviera ninguna libertad de movimientos. Estaba sujeto a sus directrices y no le quedaba más remedio que obedecerle.

—Entonces, cuando enseñar tres con los dedos, tú empezar a hablar, ¿de acuerdo?

—¡Vale!

Andréi levantó un tercer dedo de su mano izquierda y comenzó a grabar.

—Mamá, estoy bien. Me tratan bien, pero quiero estar contigo. Me han dicho que tienes que pagar 30.000 euros si quieres que vuelva contigo. ¡Por favor, mamá! ¡Quiero volver a estar contigo!

Andréi levantó el pulgar de su mano derecha para indicarle a Clara que la grabación era correcta.

—¿Se lo vas a enviar ahora a mi mamá?

—Sí.

—¡Qué bien! ¡Entonces podré ver a mi mamá pronto!

—Sí. ¿Querer comer ya?

—¿Qué me vas a preparar de comer?

—Gustarte comida, ya verás.

Clara regresó al salón, donde se sentó en el sofá para seguir viendo dibujos animados. Andréi, por su parte, se metió en la cocina, llenó una olla de agua y la puso a hervir. Tenía pensado hacerle unos espaguetis con tomate, una comida que sabía que le gustaría a la niña. ¿A qué niño no le gustaban unos espaguetis con tomate?



***Ansó,  
a esa misma hora de la mañana***

Dolores salió de la habitación de Jimena y se dirigió al pequeño salón, donde se encontró con Marcos, que daba vueltas a la estancia; como si estuviera deseando que la alcaldesa regresara a su lado para hacerle partícipe de su plan. Dolores se sentó a la mesa y se sirvió un café largo solo al que dio un trago de inmediato.

—Acaba de quedarse dormida.

—¿Le has dado otro diazepam? —preguntó Marcos.

—Prefiero que esté tranquila y que se entere lo menos posible de lo que esté ocurriendo. Ya habrá tiempo de que se muestre más lúcida, porque sospecho que esto va para largo.

Marcos asintió en silencio la reflexión que le había compartido la alcaldesa. Apenas había visto despierta unos minutos a Jimena, en los que se mostró nerviosa y deseosa de conocer noticias del paradero de su hija. Al no darle Marcos ninguna novedad, quiso incorporarse de la cama y salir a buscarla. El profesor tuvo que recurrir a la ayuda de Dolores, que había esperado fuera del dormitorio a que terminaran de hablar, para calmarla. Al ser reclamada su presencia, la alcaldesa entró en el dormitorio y se afanó con todas sus energías en calmar a Jimena, que pugnaba por librarse de la resistencia de ambos para salir en busca de Clara donde quisiera que pudiera estar.

Pues esa era el quid de la cuestión: dónde. Después de la llamada recibida la tarde anterior por parte de quien aseguraba haber secuestrado a Clara, Germán juraba no haber recibido ninguna notificación más, ni en forma de llamada ni tampoco de *WhatsApp*.

Pero ¿por qué se había puesto en contacto el secuestrador con Germán y no con su madre, por ejemplo? ¿Por qué tenía ese contacto? ¿Quién se lo había proporcionado? Eran muchas las preguntas que bullían en la cabeza de Marcos, y todas sin respuesta. No obstante, las sospechas sobre él eran máximas. Sí,

estaba preocupado por su hija o al menos así se lo había hecho ver, pero cuando le confesó que podía resolver el secuestro de Clara cuando así lo quisiera...

Todas estas dudas las compartió con Dolores, que también convino en que Germán no era de fiar. ¿Y si fuera el responsable del secuestro de su hija para llevársela? Una sospecha que no se podía descartar, puesto que había llegado a Ansó de buenas a primeras.

—¿Y si durante todo este tiempo se ha dedicado a buscarlas y ahora, que las ha encontrado, ha decidido llevarse a Clara y el secuestro es la mejor forma de conseguirlo? —elucubró Dolores.

—Y más después de lo que me contó anoche, cuando te largaste cabreada.

—¿Qué te contó?

—Me aseguró que sabía cómo encontrar a Clara. Le insistí que me dijera cómo lo pensaba hacer, pero se cerró en banda en todo momento. Sí, iba bastante borracho, pero me sorprendió la determinación con la que hablaba y el convencimiento que parecía transmitir con sus palabras. Por eso te digo que ese tío nos oculta algo.

—¿Y si hubiera contratado a alguien para que lo hiciera? —apostilló a su vez Marcos.

—Podiera ser también.

Dolores dio otro sorbo a la taza de café, que dejó sobre la mesa, y le miró con fijeza. El sol, que entraba a través del cristal de la ventana, iluminaba la estancia de manera agradable, aunque la calefacción, que estaba encendida, también hacía lo suyo por mantener la casa caliente.

—Hay que ir a buscarlo ahora mismo para hablar con él —determinó Marcos—. De todas formas, y como apoyo, he pensado en recurrir a un amigo de Zaragoza que controla bastante de informática y que es capaz de rastrear la posición de una persona a partir de su teléfono móvil. ¿Qué te parece?

—¿Y eso se puede hacer?

—Si cuentas con la tecnología adecuada y los conocimientos necesarios, es pan comido.

—¿Y te fías de ese amigo tuyo?



Marcos enarcó las cejas. Le sorprendió tanto la intención como el gesto que le dedicó la alcaldesa, que le miraba con interés, además de atisbar cierto recelo de sus palabras.

—Porque te recuerdo que la Guardia Civil ya se ha hecho cargo del caso y se trata de facilitarles su labor, no de entorpecerlas.

—Lo sé. Por eso la presencia de este amigo sería de gran ayuda para ellos y para nosotros. Todo lo que averiguara lo pondría en conocimiento de la Guardia Civil, si es lo que te preocupa.

—Llámallo entonces.

—En un rato comenzarán las clases y tengo que ir al colegio. Hay que tratar de mantener la mayor normalidad posible. Pero, si te parece, primero iré en busca de ese Germán y, por el camino, aprovecharé para llamar a mi amigo.

—¿Dónde está alojado?

—Ha alquilado una habitación en el hostel Kimboa.

—De acuerdo, yo me quedo aquí. En principio, con el diazepam que le he dado, Jimena tendría que dormir unas cuantas horas, pero toda precaución es poca.

—Ok. Hablamos entonces si se produce alguna novedad.

Marcos abandonó la casa de Jimena y se encaminó hacia el hostel Kimboa, situado al pie del Paseo Chapitel, ya casi en las afueras del pueblo. Mientras encaraba la calle Navarra antes de tomar la de Pedro Cativela buscó en la agenda el número de teléfono de Filemón, uno de sus mejores amigos de la infancia. Hacía un par de años que no se veían, ya que le había contratado una multinacional de seguridad y rara era la semana que no viajaba fuera de España. Aún así habían mantenido el contacto en todo momento, y si había alguien que pudiera ayudarle a encontrar al secuestrador de Clara, esa persona era Filemón.

Subió las escaleras que conducían a la entrada del hostel, que también era restaurante, y se fue a la puerta del primero, separadas las dos por una ventana. Allí encontró a Raquel, la chica que atendía las intendencias del negocio.

—Salió hace una hora o así —le informó a Marcos, que recibió la noticia con gran sorpresa.

—¿Y no te dijo a dónde?

—Es un hombre un poco parco en palabras. Tiene dos caras. Anoche llegó borracho y alzó la voz en un par de ocasiones. Hoy, sin embargo, parecía otra persona. Sólo dijo que tenía que hacer unas gestiones y que no sabía si regresaría en todo el día.

—Entonces se tiene que haber marchado de Ansó.

—Es lo más probable. Ayer no devolvió la llave cuando salió después de registrarse, pero hoy sí lo ha hecho.

Marcos salió del hostel. El día había amanecido nublado y frío y en el camino no se había cruzado más que con dos personas. Miró el reloj. Quedaban quince minutos para que comenzaran las clases y el resto de los niños no tenían la culpa de su preocupación por la desaparición de Clara. No tenía más remedio que ir al colegio, pero antes buscó el contacto de su amigo Filemón y le envió un *WhatsApp*

## CAPÍTULO 18

*Jaca,  
cinco horas después*

**G**ermán no deseaba volver a ver nunca más a Domingo, pero la situación le obligaba a recurrir de nuevo a sus servicios. Y allí estaba, esperándole en el lugar donde le había citado. Le llamó antes de salir de Ansó y fue el investigador quien le indicó dónde y a qué hora después de que llegara de Madrid, lo cual estimó que no ocurriría antes del mediodía.

Hasta la hora de la cita, Germán dio un par de vueltas por el centro de la ciudad, que aprovechó para entrar en un bar con objeto de consumir alguna que otra bebida que le entonara. Estaba deseando alejarse de Ansó, pues no tenía ganas de volver a encontrarse con Dolores ni con Marcos, el hombre que había suplantado su papel de padre de Clara y de pareja de Laura. Cuanto menos contacto tuviera con ellos, mejor, al menos hasta que su plan comenzara a dar frutos, pues no dudaba de que el investigador le ayudaría a encontrar a Clara tal como había hecho antes con las dos.

Domingo fijó la cita frente a la catedral de Jaca al mediodía, y cuando Germán le vio entrar en la Plaza de San Pedro no pudo reprimir una mueca de asco; seguía sintiendo por el mismo asco que el día que le conoció, pero no le quedaba más remedio que confiar en él una vez más. El investigador le indicó con una señal que se pusiera a caminar a su lado cuando llegara a su altura, lo que hizo una vez se encontraron delante de la puerta de la catedral.

—Compruebo con alegría que quedé satisfecho con mi trabajo, señor Sánchez... —le dijo a modo de saludo.

Germán no respondió, se puso a caminar a su lado en silencio. Domingo compuso una media sonrisa al reparar en la mirada vidriosa del padre de Clara, porque que tuviera alguna copa encima era buena noticia para sus intenciones: sabía que así podría manejarle más a su antojo.

—Entonces, ahora me pide que encuentre a su hija...

—Eso es lo que quiero. ¿Puede hacerlo?

—No pide usted ni nada... —le replicó el investigador haciéndose el interesante—. No es fácil lo que me propone, ya lo sabe.

—Pero si fue capaz de encontrar a mi mujer y a mi hija, no creo que esto le suponga mucha dificultad.

—Me halaga, señor Sánchez. En fin, lo voy a intentar, aunque no le prometo nada.

—Ya sabe que por dinero no es. Mi hija es lo más importante para mí.

«Ya sé que tu hija es lo más importante para ti», repitió para sí el investigador. Se abstuvo de sonreír una vez escuchado aquel comentario, pero su sola mención le serviría para establecer una cifra que el padre pagaría con tal de recuperarla. Jugaba con esa baza, y por eso pensaba sacarle todo el dinero que pudiera.

—Necesitaré algo para, primero, establecerme aquí, y luego, para pagar a los colaboradores que requiera para encontrarla. No sabemos si el secuestrador se encuentra en la zona o ha huido lejos, aunque algo me hace sospechar que sigue por aquí.

—¿En qué se basa para realizar esa afirmación?

—Si la niña desapareció ayer, lo más probable es que haya decidido esconderla no lejos para, así, estar lo más cerca posible en caso de que se abra una negociación con los padres.

Germán se detuvo en su caminar. Habían recorrido buena parte de la calle del Obispo, al abrigo de sus edificios. La mañana era igual de nublada, aunque algo menos fría que en Ansó. Miró al cielo con gesto pensativo y luego se dirigió a Domingo, que entendió que quería deshacerse ya de su compañía, lo cual le serviría para ponerse en contacto de inmediato con Andréi.

—Encuéntrela, señor Sánchez, se lo pido por favor. Es lo que más quiero en esta vida.

—Haré lo que pueda, señor Domínguez.

Se despidió del investigador con un apretón de manos tibio y siguió caminando calle del obispo adelante, sin rumbo ni sentido. Antes de llegar a la esquina con la calle Mayor decidió entrar en un mesón a su derecha. El cuerpo le pedía algo de alcohol, y no estaba dispuesto a negarle la petición.

Domingo esbozó su típica sonrisa de hiena. Las cosas estaban saliendo como suponía. Una vez Andréi secuestrara a Clara, era primordial ponerse en contacto con Germán y no con su madre, pues consideraba al primero más manejable para sus intereses. A continuación, no dudaba de que el padre le llamaría para pedirle ayuda a la hora de encontrar a su hija. El resto, según su plan, consistía en dejar pasar el tiempo, tres o cuatro días a lo sumo. Después, liberarían a Clara. Todo por 7.000 euros, que es lo que le pensaba cobrar por encontrar a Clara. Un importe que, estaba convencido, pagaría Germán comparado con los 30.000 que iba a pedirle Andréi en cuanto le contactara de nuevo.

Sacó su teléfono móvil de uno de los bolsillos de su pantalón y buscó el número del ruso en la agenda, que marcó.

—Ya puedes enviar el vídeo al padre. Seguro que se encarga de hacérselo llegar a la madre. Esta noche, cuando acuestes a la niña, me acercaré al piso y trazaremos la estrategia a desarrollar a partir de ahora.

Tras colgar volvió a esbozar otra de sus sonrisas de hiena. Sólo necesitaba cobrar el dinero que le pensaba pedir a Germán por devolverle a su hija, del que Andréi no vería ni un euro. Era parte del plan que había concebido. Y sabía cómo hacerle daño en caso de que el ruso se le rebelara.



Mientras el agua hervía con los espaguetis dentro de la olla, Andréi buscó el móvil de Germán en *Telegram*.

—*Der'mo*<sup>[5]</sup>! —maldijo en ruso al comprobar que aquél no usaba esa aplicación de mensajería instantánea.

¿Qué hacer ahora?, sopeso Andréi. Podía coger a Clara y marcharse a algún lugar apartado de Jaca, como le había ordenado el investigador, y grabar el vídeo otra vez para enviárselo al padre

por *WhatsApp* también desde allí. Si no, la Guardia Civil tendría claro que el secuestrador de Clara estaría en Jaca o cerca de dicha localidad si decidían rastrear el envío del *WhatsApp*. Eso, en caso de que lo hicieran, se repitió Andréi; que dudaba de la capacidad de aquel cuerpo y su pericia toda vez que había participado en otros secuestros y, salvo en zonas más pobladas, la benemérita no disponía de los recursos necesarios para emprender operaciones como el rastreo de un teléfono móvil. No tenía más remedio que jugársela.

Inspiró con fuerza y se deshizo del aire inspirado con calma.

—*Pust' Bog pomiluyet menya*<sup>[6]</sup> —murmuró en ruso tras enviarlo.

Para el resto de las directrices a seguir tendría que esperar a la llegada de Domingo, por la noche, una vez Clara se hubiera acostado.



*Ansó,  
primera hora de la tarde*

Marcos se lanzó como una fiera a por uno de los dos móviles de Jimena, el que tenía memorizado el número de Germán, que estaban encima de la mesa del salón una vez lo oyó sonar. Se trataba de un *WhatsApp* que le había enviado, por lo que supuso que estaría relacionado con el secuestro de su hija.

Jimena descansaba en su habitación. Entre Marcos y Dolores habían conseguido que comiera algo dada su falta de apetito; y también que se diera una ducha para que, al menos, su aspecto fuera un poco más presentable, por ejemplo, si la Guardia Civil se acercaba a su casa para recabar más información, o para informarle de las pesquisas que sus agentes estaban realizando.

La casa de Jimena se había convertido en el centro de operaciones de la búsqueda de Clara. Dolores se había traído el portátil para agilizar las tareas y labores relacionadas con el Ayuntamiento, mientras que Marcos había regresado después de dar por terminadas las clases.

Dolores, que estaba en la cocina, también se percató del sonido que había emitido el teléfono móvil y acudió de inmediato al salón.

—Es de Germán —le informó Marcos.

—¡Ábrelo!

—¡Dios! —soltó el profesor—. ¡Es un vídeo de Clara!

—¡Pobrecita niña! —se agitó la alcaldesa, a la que le entró una congoja repentina. Se puso al lado de Marcos, que pulsó la tecla de reproducción para verlo—. Y baja el volumen, no lo vaya a escuchar Laura.

—Tienes razón.

Marcos pulsó el botón de reproducción y escucharon el mensaje en un volumen que, convinieron, no pudiera escuchar Jimena desde la habitación. Al acabar suspiraron en silencio. Dolores se incorporó después de encenderse un cigarrillo y comenzó a dar vueltas por el salón mientras el profesor veía de nuevo el vídeo.

—30.000 euros. ¡Qué hijos de puta! —murmuraba para sí—. 30.000 euros...

Marcos acabó de ver el vídeo y dejó el móvil de Jimena encima de la mesa.

—Al menos sabemos que está bien.

—Gracias a Dios, sí, pero ¡a saber dónde la pueden tener!

—Dónde, quiénes son, cuántos... Tantas y tantas preguntas...

Se levantó y se pasó las manos por la parte trasera del cuello, que comenzó a masajear. Estaba cansado, muy cansado, pues apenas pegó ojo la noche anterior, y el día se le estaba haciendo muy cuesta arriba.

—Por la imagen no se puede deducir nada. El fondo es muy neutro, por lo que podría estar en cualquier parte.

—Aquí no está seguro. Si no, ya lo sabríamos —apuntó la alcaldesa—, pero a partir de ahí, quién sabe.

—Tengo una sospecha...

Sí, Marcos tenía una sospecha producto de atar diversos cabos durante las últimas horas a partir de la conversación con Germán, lo que le permitió darle una credibilidad que podría ser definitiva. Aunque, para que eso ocurriera, habría de esperar a tener cerca a su amigo Filemón.

—¿Qué sospechas?

—Que quien quiera que sea el secuestrador, se encuentra en Jaca.

—¿En Jaca?

—Acaban de enviar el vídeo, por lo que están convencidos de que habrá una negociación, y si eso ocurre necesitan estar lo más cerca de aquí para soltar a Clara en el hipotético caso de llegar a un acuerdo. Además, necesitan un sitio en el que puedan pasar desapercibidos y no levantar sospechas, por lo que ningún pueblo de los alrededores le sirve. E, incluso, si precisaran escapar, es mejor hacerlo desde un sitio como Jaca, que ofrece más opciones que Ansó, por ejemplo, o cualquiera de los pueblos de los alrededores.

—Tú para detective no tendrías precio —se atrevió a bromear Dolores.

—Demasiadas lecturas de *Los Cinco* de niño —continuó el profesor la broma—. Filemón es la persona que puede ayudarnos a saberlo, y me ha asegurado que llegará antes de que anochezca. Está en Zaragoza pasando unos días, por lo que no ha dudado en echarnos una mano. Cuando acuda aquí y comience a investigar, según lo que nos diga daremos parte a la Guardia Civil para que se encarguen de encontrar y detener a los secuestradores.

—Me parece lo correcto.

—Ojalá esto acabe pronto —dijo Marcos dirigiendo la mirada a la puerta de la habitación de Jimena—, o le va a costar la salud.



## CAPÍTULO 19

*Ansó,  
primera hora de la noche*

**M**arcos y Filemón se dieron un enorme abrazo cuando el último salió del coche. Lo había aparcado en una zona habilitada que le había indicado el profesor la última vez que hablaron antes de que saliera de Zaragoza. Le había estado esperando bajo un cielo cuajado de estrellas y acompañado del ulular del viento, que esa noche batía con fuerza sobre el valle.

—¡Joder, tío! ¡Qué buena pinta tienes! ¡Qué bien te está sentando este sitio!

—No me puedo quejar, Filemón. Aquí soy muy feliz. ¿Bien el viaje?

—Bien, tranquilo. Escuchando a Extremoduro cualquier cosa se te hace más liviana.

Todavía sigues escuchándolos? ¡Que ya no tenemos 20 años!

Volvieron a darse otro abrazo antes de subir unas escaleras para internarse en el casco urbano de Ansó. Filemón era alto y delgado, lo más parecido a un junco, y lucía unas gafas grandes de pasta que le conferían el aspecto del típico empollón del colegio, que siempre lo había sido, además del friki del grupo. Su pasión por los ordenadores se convirtió, previo paso por la universidad, en su profesión, y ahora se dedicaba a asesorar a empresas dentro de una compañía de seguridad para protegerse de cualquier amenaza que navegara por Internet. Los malos, como decía entre bromas, lo tenían más jodido con él al teclado de cualquier ordenador.

Marcos dejó en su casa la pequeña maleta con la que Filemón había acudido a Ansó, pero no así la mochila, donde llevaba uno de los ordenadores con los que trabajaba. Se dirigieron a la casa de

Jimena, cuya puerta les franqueó Dolores, que les estaba esperando con la cena preparada y con una sorpresa: Jimena despierta y, según les había asegurado la alcaldesa antes de subir la escalera, lo suficientemente tranquila como para hablar con Filemón.

Mientras cenaron, tanto Marcos como Filémón compartieron anécdotas e historias de sus años de colegio y de instituto, de sus correrías por Zaragoza y alrededores, de sus viajes hasta que el primero cayó en las redes de Isabel y se desgajó poco a poco del grupo de amigos de toda la vida. Jimena rio cada una de aquellas anécdotas e incluso por un momento pareció relajada, tranquila. Marcos la miró en varias ocasiones y respiró tranquilo al ver que, al menos durante esos instantes, parecía no pensar en su hija, aunque no tenía dudas de que se trataba de instantes efímeros, una tregua en el dolor que la embargaba por no tener a Clara a su lado.

Terminada la cena, y ya con la mesa del salón vacía, Filemón desplegó sobre ella el portátil, un *router* para conectarse a Internet y varios dispositivos que, salvo él, nadie más conocía cuál podría ser su utilidad. Pero si los había sacado de la mochila es porque le serían necesarios para lo que se disponía a hacer.

—Lo primero, mándame el vídeo por *WhatsApp* —le pidió a Marcos.

—Mándaselo, Laura.

Jimena buscó el *WhatsApp* que recibió de Germán y se lo envió al amigo de Marcos como se lo había solicitado. Una vez recibido, Filemón conectó su móvil al portátil.

—La suerte es que lo ha enviado por *WhatsApp*. Si lo hubiera hecho por *Telegram* hubiera sido una operación mucho más difícil —les aseguró Filemón a los tres.

—¿*Telegram*? —preguntó Jimena con cara de extrañeza—. ¿Qué es eso?

—Como *WhatsApp*, pero de los rusos.

—¿Y es mejor? —volvió a inquirir Jimena.

—Sí, porque los rusos se han cuidado muy mucho de la seguridad de la aplicación, cosa que no ocurre con *WhatsApp*. Si quieres comunicarte con una relativa seguridad, que nunca es ni podrá ser completa, mejor hacerlo con *Telegram*, que lo sepáis.

—¿Y de verdad puedes saber desde dónde se ha enviado ese vídeo? —preguntó ahora Dolores.

—Primero hay que averiguar su IP y luego, mediante un código PHP, que está vinculado a un servidor, ver dónde han quedado registrados el envío del *WhatsApp* y los datos de identificación del cliente.

—Como si me hablas en chino —replicó Dolores.

—¿No os dije que era bueno? —presumió Marcos ante las dos.

Filemón tecleó en silencio durante un par de minutos, tras los cuales miró a las tres personas que le acompañaban en el salón.

—El mensaje ha sido enviado desde Jaca.

Marcos lanzó un grito de satisfacción que sobresaltó a Jimena y a Dolores.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Las dos miraron a Filemón con cara de asombro. No creían que, en apenas cinco minutos, el amigo de Marcos hubiera sido capaz de obtener el paradero de la persona que había enviado el vídeo de Clara.

—Bueno, al menos sabemos que está en Jaca. Eso facilita las cosas... —comentó Dolores.

—Pero se puede saber el lugar exacto desde el que se envió —apostilló Filemón.

—¿De verdad? —articuló Jimena, casi tanto o más sorprendida que antes.

—¡Claro! Sólo hay que ubicar las coordenadas en un localizador y éste nos dirá dónde se encuentra. La verdad es que esta gente es muy chapucera —se atrevió a bromear Filemón—. Vamos, me apostaría a que son unos aprendices. Peor no se puede hacer.

—¡Dinos dónde están, por favor! —le animó Dolores, presa de una enorme excitación.

Filemón volvió a teclear durante un par de minutos en silencio, tras los que giró la pantalla del portátil para mostrársela a Marcos, Jimena y Dolores.

—¡Y ya está! Calle Ibón de Iserias número 5. Ahí es donde están los secuestradores.

—Eso está en las afueras, cerca de la Escuela Militar de Montaña —precisó Dolores—. ¡Voy a avisar a la Guardia Civil!

La excitación se apoderó de los presentes en el salón de la casa de Jimena. La alcaldesa buscó el teléfono del sargento de la Guardia Civil en la agenda y Marcos se levantó para abrazar a su amigo, al que felicitó por su pericia y conocimientos. Después regresó junto a Jimena y le agarró de las manos para darle un beso en los labios. Sus miradas estaban preñadas de una melancolía llena de esperanza.

—¡Ya verás qué poco queda para que la tengamos otra vez con nosotros! —le dijo el profesor. Una amplia sonrisa iluminaba su rostro.



*Jaca,  
a esa misma hora de la noche*

Germán se incorporó lentamente mirando a todas partes. Se había quedado dormido en el asiento del coche para dormir los efectos de la borrachera que agarró tras abandonar la compañía de Domingo. Le dolía la cabeza y también el cuello por culpa de la mala postura en la que se había quedado dormido. Abrió la ventanilla para que el aire fresco de la noche le despejara un poco. Pero no fue suficiente, por lo que decidió salir y estirar las piernas, también entumecidas después de tanto tiempo durmiendo dentro del coche.

¿Cuánto tiempo habría estado durmiendo? No lo podía saber con certeza. Tras dejar al investigador, dio una vuelta por el casco histórico de Jaca y bebió más que comió en un par de bares. En un momento determinado recibió el mismo *WhatsApp* que Jimena. Sin perder ni un instante llamó a Domingo, quien le pidió que le reenviara el vídeo que había recibido y que esperara sus instrucciones. Al ver que el investigador no le llamaba decidió seguir bebiendo hasta casi perder el conocimiento. Aún así, regresó al coche y lo condujo hasta cerciorarse de que era incapaz de hacerlo, por lo que aparcó en el primer lugar que encontró.

Al despertar comprobó que lo único que sabía es que era de noche y que Clara seguía secuestrada. Revisó el teléfono móvil y vio que no tenía ninguna llamada ni tampoco mensajes de Domingo

Sánchez, por lo que decidió llamarlo para saber si había conseguido ya realizar alguna indagación acerca del vídeo recibido horas antes. No tardó en escuchar su voz, cuyo tono parecía enfadado.

—¿Qué desea, señor Domínguez?

—Buenas noches, señor Sánchez. Sólo quería saber si ya ha conseguido hacer algún tipo de averiguación acerca del vídeo enviado por los secuestradores.

—¡No, aún no he conseguido hacer nada! ¡Y si me disculpa, no es un buen momento para atenderle! ¡Lo siento!

Germán se encogió de hombros por la rudeza mostrada por el investigador, que se olvidó de cortar la llamada. Parecía tener prisa y estar malhumorado, por lo que entendió que había dejado el móvil en cualquier sitio para volver a lo que le tenía ocupado antes de que le hubiera llamado. Por eso se llevó de nuevo el teléfono al oído.

—Señor Sánchez, se ha olvidado de...

Y escuchó voces de fondo, voces que discutían. Aparte de la del investigador, también escucho otra más masculina y la de una niña que lloraba. El corazón se le desbocó al reconocer de inmediato aquel llanto. Podía estar todo el tiempo del mundo alejado de su hija que siempre reconocería su voz estuviera donde estuviera. Y Germán estaba tan lúcido como para cerciorarse de que la voz, sí, era de su hija Clara; y de que quien la había secuestrado no era otro sino el investigador que había contratado para encontrarla.

Un insulto lleno de rabia llenó la solitaria calle en la que había aparcado el coche. Un insulto que Germán profirió cargado de odio y de enfado hacia una persona en concreto, y que es más que posible que hubieran escuchado todos los vecinos de la zona. Nunca en su vida había sentido tantas ganas de matar a nadie en ese momento como al investigador Domingo Sánchez.



***Jaca,  
a esa misma hora de la noche,  
a un centenar de metros de distancia***

Clara no había aceptado bien la presencia de Domingo Sánchez. Le resultaba una persona muy desagradable, y ya la había gritado y

amonestado en un par de ocasiones en presencia de Andréi, que no se atrevió a rechistar en ningún momento a pesar de que le repugnaba el trato que el investigador daba a la niña. Se notaba, pensó por un instante, que los niños no le resultaban demasiado simpáticos.

El último grito, dentro de la discusión que había podido escuchar Germán porque a Domingo se le olvidó cortar la llamada, tenía como origen la negativa de Clara a marcharse a la cama tal como le había exigido el investigador. Necesitaba hablar con Andréi para determinar la estrategia a seguir a partir de ese instante, y para eso la niña tenía que estar encerrada en su habitación a toda costa. Pero Clara se negaba. La noche anterior, el ruso le permitió ver dibujos en la televisión hasta la hora que quiso —cosa que también le prohibía su madre—, y ahora no estaba dispuesta a marcharse a la cama como le ordenaba Domingo.

—¡No tengo sueño! —replicó Clara con enfado.

—¡Pues lo crías! ¡Así que a la cama ahora mismo!

Domingo levantó a la fuerza a Clara, que se resistía como podía. La poca paciencia del investigador acabó con un bofetón que le propinó a la niña en la cara en presencia de Andréi. Clara volvió a llorar y el ruso se le encaró.

—¡Tú ser hijo del demonio! —le chilló muy enfadado—. ¿Por qué pegar a niña?

—¡Cállate si quieres seguir en esto y ver el dinero que te corresponde! ¡Aquí mando yo y se hace lo que yo diga!, ¿estamos? ¡Pues chitón! —amenazó a Andréi—. ¡Y tú, a la cama de una puta vez, que ya me tienes harto de tanto puchero y de tanta tontería!

Domingo llevó a Clara a rastras hasta la habitación, donde la arrojó a la cama y después cerró la puerta tras de sí.

—¡Y como se te ocurra salir, te juro por la madre que me parió que esta noche vas a dormir caliente!

El investigador regresó al salón, donde se encontró con la cara del ruso llena de ira, a quien ordenó que se sentara a la mesa, pues tenían muchas cosas de qué hablar. El secuestro de Clara aún tenía varios flecos pendientes y había que pulir esos detalles para que saliera como pretendía.

—¿Y mi teléfono? ¿Dónde narices lo he...? ¡Ah, está aquí! —dijo al reparar en el terminal, que había abandonado encima del sofá. Su cara palideció al comprobar que Germán había cortado la llamada un par de minutos antes, puesto que se le había olvidado hacerlo por reprender a Clara. Andréi se percató del problema que se había desatado de manera imprevista al ver la forma en que el investigador miraba la pantalla de su teléfono móvil, lo que acompañó de una frase que no presagiaba nada bueno para el plan de secuestrar a Clara, ni tampoco para ella misma.

—¡La madre que la parió...!

## CAPÍTULO 20

*Jaca,  
un par de horas después*

Dolores, Jimena y Marcos viajaron hasta Jaca en el coche de Filemón, que se había prestado a llevarlos por si su concurso fuera necesario, aunque sospechaba que no lo sería, puesto que la facilidad con la que había encontrado la ubicación de los secuestradores le hizo cerciorarse de que se encontraba ante unos chapuceros de cuidado; o bien gente sin la más mínima preparación para acometer dicho secuestro.

En los alrededores de la calle Ibon de Iserias estaban desplegadas dos patrullas de la Guardia Civil a la espera de la llegada de los refuerzos pedidos a Zaragoza. A pesar de las indicaciones aportadas por el amigo de Marcos, Eduardo García, el sargento del puesto de Jaca, no se fiaba en absoluto de lo que pudieran encontrar dentro del piso en el que, al parecer, se ocultaban los secuestradores. Toda precaución era poca, por lo que era mejor contar con compañeros acostumbrados a entrar en pisos y así capturar a quienes se encontraran dentro en ese momento, que hacerlo con los efectivos que tenía a su disposición.

Fue Dolores quien le informó de todas las pesquisas realizadas por el amigo de Marcos y de qué manera había localizado el lugar exacto donde permanecía Clara secuestrada. Lo primero que hizo Eduardo García fue mandar a una patrulla al lugar para que estuviera al tanto de cualquier movimiento que se produjera en la zona: las personas que entraran y salieran del inmueble, si salían acompañadas de una niña...



A pesar de los intentos del profesor y de la alcaldesa, Jimena no quiso quedarse en Ansó. Si esa noche podía recuperar a su hija, quería ser la primera en estrecharla entre sus brazos. Marcos, a regañadientes, aceptó que fuera a Jaca, y ahora le hacía compañía en el asiento trasero del coche de Filemón. Le besó en la cabeza sosteniéndole la mano derecha, que aferraba con fuerza para transmitirle toda su entereza y ánimo.

Jimena sólo pensaba en ese momento en Clara, en su estado, pero también no podía dejar de pensar en quien aún era su marido, Germán; porque Filemón lo había encontrado en Jaca valiéndose del engaño: Jimena le había enviado un *WhatsApp* para preguntarle si tenía noticia de los secuestradores y su ubicación indicaba que se encontraba cerca del lugar donde podía estar Clara secuestrada.

¿Y si Germán fuera uno de los secuestradores? Esa idea volvió a sobrevolar la cabeza de Jimena. Tenía claro que, de ser así, nunca podría perdonar al padre de su hija, y de que lucharía, en ese caso, porque cumpliera la pena de cárcel que le correspondiera en caso de ser juzgado. Estaba dispuesta a todo con tal de ver a su marido encerrado entre rejas si se demostraba su culpabilidad.

Dolores, que permanecía fuera junto al sargento de la Guardia Civil, se acercó hasta el coche. Abrió la puerta del copiloto y se sentó en el asiento.

—Dice el sargento que el grupo de operaciones especiales estará aquí en una hora más o menos. Ellos, por su parte, ya tienen cubierta la entrada y la salida de la calle, de tal manera que nadie puede entrar o salir de ella. ¡De esta noche no pasa! —se volvió entonces para hablar a Jimena—. ¡Antes de que amanezca tendrás de nuevo a tu hija, y tu ex ya se puede ir preparando, porque va a pasar una temporadita a la sombra!

—Suponiendo que sea quien la haya secuestrado...

—¿Acaso te queda alguna duda después de lo que nos ha mostrado Filemón? —ahora miró al amigo de Marcos.

—Todavía no acabo de creer que haya sido capaz de hacer algo así —insistió Jimena—. Me cuesta tanto creerlo...

—¡Es capaz de todo con tal de recuperar a su hija!

De pronto, los cuatro se sobresaltaron por el tumulto que se formó al comienzo de la calle, donde los agentes habían dispuesto una

barrera para impedir el acceso de cualquier vehículo.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó Dolores.

—¡No me jodas! —articuló Jimena.

—¿Qué pasa? —le inquirió Marcos a continuación.

—¡Ese coche! ¡El que está intentando entrar en la calle, al que apuntan los agentes!

—¿Qué pasa con ese coche? —insistió Marcos.

—¡Es el coche de Germán! —afirmó Jimena. Tras pronunciar aquellas palabras se hizo un enorme silencio dentro del coche. Un silencio que se podría haber rasgado con un cuchillo de lo pesado, casi asfixiante que era. Qué estaba haciendo Germán allí, por qué quería entrar en la calle, a dónde iba. Preguntas que se desataron en la cabeza de las cuatro personas que estaban dentro del coche y cuyas respuestas estaban a punto de conocer.



***En el piso de la calle Ibon de Iserias, Jaca,  
a esa misma hora de la noche***

Andréi entró en la habitación en la que dormía Clara. Se abstuvo de encender la luz para no despertar a Domingo, que dormía en la habitación de al lado. Valiéndose de la linterna de su teléfono móvil, se llevó el dedo índice de su mano derecha a los labios para pedirle que hiciera el menor ruido posible. Clara le hizo caso en todo momento y salió tras el ruso, que iluminaba el camino que los llevaría a la calle.

Había decidido huir del piso con Clara y entregarse a la Guardia Civil al comprobar que sus agentes habían dado con ellos. Eso ocurrió nada más acostarse Domingo, cansado tras una larga jornada que incluía un viaje desde Madrid. Apostado como estaba en la terraza exterior, pudo comprobar cómo, en cuestión de minutos, los agentes de la Benemérita rodeaban la zona para que nadie pudiera escapar. Estaban perdidos, y la única manera de evitar males mayores era entregar a la niña y convencer a los agentes de que no había tenido nada que ver en el secuestro. Porque, en ocasiones, Andréi resultaba ser demasiado ingenuo, y

ahora estaba viviendo una de aquellas ocasiones; pero también contaba con la baza de contarles cómo Domingo había urdido el plan, de qué manera le había encomendado el secuestro de Clara. Contaba con los mensajes que le había enviado en los últimos días trazando el plan del secuestro y de su desarrollo. A todas luces, estaba claro que el ideólogo del secuestro era Domingo Sánchez y que él no era más que una persona a la que el detective había presionado para que colaborara so pena de denunciarlo ante la policía para ser expulsado del país. A eso se aferraba.

Con sigilo, Andréi abrió la puerta y franqueó el paso a Clara, que le miraba con temor.

—¿Querer seguir aquí encerrada? —le preguntó agarrándola con suavidad de la mano derecha.

Clara negó con la cabeza.

—Entonces, salir de aquí sin hacer ruido y luego, en la calle, correr conmigo. ¿Estar de acuerdo?

Sin abrir la boca, Clara asintió.

—¡Vamos!

—Vaya, vaya... Así que mi amigo Andréi me quiere traicionar.

El aludido se giró y vio aparecer por la puerta la silueta de Domingo, que también se había servido de la linterna de su teléfono móvil para seguir la estela de Andréi y de Clara. Y lo hizo armado de una pistola con la que apuntó al ruso.

—Niña, tú bajar escaleras.

—Hazlo, mocosa, y te pego un tiro. Y luego te pego a ti otro, ¿estamos? —les amenazó el investigador—. Así que para dentro otra vez.

—Eres ser miserable —le respondió Andréi—. Ser miserable con niños y con todo el mundo, ser miserable con Andréi también. ¡Tú ser una persona despreciable!

—Ojito con esas palabras, que te meto un tiro ahora mismo y dejo a tu mujer viuda y con tres bocas que alimentar. ¡A ver a qué se dedica si no estas tú para mantener a la familia! ¿Sabes a qué se dedicaría? Porque lo sabes, Andréi. A que lo sabes, ¿verdad?

En un segundo pasó por su mente la imagen de su mujer y de sus hijos; llorando al enterarse de la muerte de su marido, devastada por su pérdida, pero más aún por enfrentarse a un mundo sin clemencia

para una persona como ella, viuda y con tres hijos, y dos de ellos con minusvalía. ¿Qué sería de ella?, le había preguntado Domingo. No se lo quería ni imaginar, y tampoco tenía ninguna intención de dejar tirada a su familia.

—¡Ser maldito! —bramó Andréi abalanzándose sobre Domingo.

El sonido de un disparo resonó en el descansillo. Clara chilló muerta de miedo. Desde el suelo, aún Andréi le gritó:

—¡Niña, tú correr! ¡Tú correr!

—¡Quédate quieta donde estás!

Clara hizo caso al ruso y echó a correr escaleras abajo. Más arriba se sucedían los golpes que se propinaban Domingo y Andréi. El ruso había esquivado el disparo del investigador y se enzarzaron en una lucha en la que el segundo trataba de evitar que el primero le disparara de nuevo; una pelea en la que se sucedían los golpes, los insultos entre uno y otro. Una lucha agónica en la que estaban sus vidas en juego, pues un paso en falso de Domingo podría acabar con su pistola en manos de Andréi, lo que le daría la oportunidad de matarlo. Y, asimismo, si quien se dejaba achantar en su ataque era el ruso, no tenía dudas de que el detective le dispararía otra vez como había hecho con anterioridad.

Domingo pataleaba sin descanso, pues sabía que su única manera de salir victorioso del enfrentamiento era separarse de Andréi la distancia suficiente como para apuntarle y descerrajarle de un tiro. Eso lo sabía el ruso, de ahí que se afanase en mantener en alto el brazo del detective en todo momento para evitar que le disparara de nuevo.

De repente, sonó otro disparo.

Y se hizo el silencio.



### ***Jaca, al pie de la calle Ibón de Iserias***

—¡No se puede pasar! ¡Está acordonada la zona! —le ordenó uno de los guardias civiles a Germán, que había frenado de manera brusca al encontrarse de bruces con el control.

—¡Soy el padre de la niña que está secuestrada! —le dijo, acelerado, al agente nada más bajar la ventanilla.

—¿Es usted el padre?

—¡Soy su padre, lo juro!

El agente llamó a un compañero para que, a su vez, avisara al sargento. Nada más ver el coche, Jimena se echó a correr hacia él. Asustado, Marcos salió tras ella para evitar lo que se temía, que se enzarzara en una pelea con el que todavía era su marido. Pero fue el mismo agente que había dado el alto a Germán quien la detuvo en su carrera antes de que pudiera llegar hasta el coche.

—¡Quieta, señora! —le ordenó el agente.

—¿Dónde la tienes, malnacido? —chilló Jimena, llena de rabia, sujetada por Marcos, que había conseguido detenerla con la ayuda del agente.

—¡Yo no la he hecho nada, quesito! ¡Te lo juro! ¡Pero sé quién la tiene secuestrada!

—¿Sabe quién la ha secuestrado? —preguntó el sargento, que acababa de llegar a la altura del coche de Germán.

—Sí, es un tipo al que contraté para que encontrara a mi hija y a mi mujer.

—¿Esta persona es su marido? —le preguntó el sargento a Jimena sin dejar de mirar a Germán.

—Todavía lo es, sí.

—¿Qué más sabe?

—Al conocer el secuestro de mi hija, decidí contratar de nuevo sus servicios. Pensé que me ayudaría de nuevo, pero esta noche, después de llamarle para conocer algún avance, no colgó la llamada y pude escuchar una discusión y el lloro de mi hija. Por eso quise ir hasta el cuartel para avisarles, pues me vi con ese tipo esta misma mañana aquí, en Jaca, pero me encontré con este control.

De pronto, todos escucharon los dos disparos. Los agentes, Dolores, Jimena, Marcos, Germán... El profesor tuvo que contener a Jimena, desquiciada, que quería librarse de la resistencia del profesor para correr hasta el portal en el que, ya no había dudas, permanecía secuestrada su hija.

La calle se había llenado de curiosos atraídos por la presencia de la Guardia Civil, cuyos agentes se las veían y deseaban para contener a tanto curioso. Desde el fondo de la calle se escuchaba el

sonido de varias furgonetas que se acercaban hasta allí a gran velocidad.

—¡Han llegado los de asaltos! ¡Todos listos! —ordenó el sargento de inmediato—. ¡Martínez, Aguado! —llamó a dos de sus agentes—, ¡mantenga a esa gente fuera del perímetro! ¡A quien quiera meter la nariz más de la cuenta, se lo llevan para el cuartelillo!

—¡Mami! ¿Dónde estás?

Por la puerta del portal número 5 apareció Clara, que se detuvo en la calle asustada ante la cantidad de gente que había.

—¡Clara! ¡Clara! —chillaba su madre desde el centro de la calle, donde el agente de la guardia civil había parado a su madre.

—¡No puede pasar! ¿No ha oído el disparo? —insistió el agente—. ¡Quédese aquí quieta!

—¿Es que no lo ve? ¡Es mi hija!

—¡Mamá, mamá! —gritó Clara al escuchar a su madre, y corrió hacia ella entre lágrimas.

—¡Esa es mi hija! ¿No lo entiende?

Jimena se desembarazó del agente y se fue al encuentro de su hija. Ambas se abrazaron en mitad de la calle. Fue el suyo un abrazo rápido, porque de inmediato fueron retiradas, ya juntas, por dos de los agentes de asalto mientras los demás, cerca de media docena, se encaminaban hacia el portal armados con escudos y con un ariete para derribar puertas.

Marcos corrió a su encuentro y se abrazó a ellas. A escasos metros, Germán contemplaba la escena absorto, como ausente. Lo hizo durante unos segundos, pasados los cuales arrancó el coche y se marchó del lugar sin dejar más rastro que una estela de humo tras de sí.

## CAPÍTULO 21

*Jaca,  
primera hora de la madrugada*

Jimena abrazaba a Clara, a la que había cogido en brazos. ¿Cuándo fue la última vez que estuvieron así? La abrazaba mientras le acariciaba los rizos del pelo y Clara reposaba la cara en el hombro derecho de su madre. Hacía frío en Jaca. Soplaban un viento gélido que arrastraba hojas y papeles del suelo. Madre e hija esperaban a que Marcos y Dolores salieran del cuartel de la Guardia Civil, donde estaban reunidos con el sargento. No tardaron en hacerlo. Dolores se encendió un cigarrillo y sonrió al ver a madre e hija en aquella pose.

—El tal Domingo Sánchez no ha muerto. Está estabilizado y le van a operar para extraerle la bala de la pierna, pero su vida no corre peligro. Cuando se recupere le tomarán declaración, pero por lo que parece puede que se tire una temporada entre rejas por intento de secuestro —informó Marcos a Jimena.

—¿Y de Germán se sabe algo?

—Nada, es como si se lo hubiera tragado la tierra. Conforme se marchó de la calle nadie más le ha vuelto a ver. Uno de los agentes tomó la matrícula y la ha comunicado a otras patrullas de la zona, porque su declaración también sería importante para esclarecer los hechos en su totalidad.

—Y luego está lo del ruso —apostilló Dolores.

—¿Qué ruso? —preguntó Jimena.

—El hombre que me cuidó —dijo Clara.

—¿Ese hombre te cuidó? —le preguntó su madre.

—Sí, me daba de comer y me contaba cuentos de su país. Además, me dejaba ver siempre la tele.

—De esa persona tampoco hay rastro. Los del grupo de asalto sólo encontraron al investigador en la entrada del piso con un balazo en la pierna. De ese tipo, nada de nada. Otro que ha desaparecido sin dejar rastro.

—En fin... —suspiró Jimena—. Entonces, ¿podemos volver ya a casa y olvidar esta pesadilla?

—Deberíamos, aunque hay que esperar a que nos lleve algún agente. ¿O no recuerdas que nos ha traído el amigo de Marcos?

—¡Es verdad! —protestó Jimena—. ¡Pero es que no veo el momento de irnos a la cama! Verdad, ¿mi niña?

Clara asintió en silencio y con la cabeza apoyada en el hombro de su madre. Cuando la levantó se encontró a una decena de pasos, agazapado tras un coche aparcado, una cara que le resultaba familiar. La cara le sonrió y le levantó el pulgar derecho en señal de si estaba todo bien y ella asintió sin dejar de sonreír. Satisfecho, Andréi se deslizó agachado aprovechándose del coche y, amparado por la oscuridad, se alejó del cuartel de la Guardia Civil perdiéndose por las calles de Jaca.



Andréi entró en un pub que vio abierto. Sabía que era lo único que encontraría así a aquella hora de la madrugada y necesitaba una copa. Se acodó en un extremo de la barra para intentar pasar desapercibido, aunque lo tenía imposible porque sólo había dos clientes dentro del local. La camarera, una chica joven morena y resuelta, le sirvió un chupito de vodka que se bebió de un golpe.

—Otro, por favor —pidió arrastrando la r final.

La camarera se lo sirvió, pero en esta ocasión decidió bebérselo con más calma. No obstante, el primero le había tranquilizado el ánimo. Lo ansiaba después de todo lo ocurrido en las últimas horas.

Domingo había resultado ser un rival difícil de manejar y a punto estuvo de tenerlo a tiro en más de una ocasión. Casi a oscuras se imaginaba la cara repulsiva del investigador apretando los dientes por acercar su arma lo máximo posible a cualquier parte del cuerpo del ruso, pero Andréi fue más rápido y consiguió dominar el brazo de Domingo y hacer disparar el arma sobre una de sus piernas.



A partir de ese momento todo se resolvió de manera rápida, casi a la carrera. Al escuchar el sonido de las pisadas de los miembros del grupo de asalto de la Guardia Civil, se metió en el piso, corrió a la habitación ayudándose de la luz del teléfono del investigador —el suyo lo había perdido cuando Domingo le atacó y no perdió el tiempo en buscarlo—, cogió su mochila, siempre lista para salir cuando hiciera falta, y se subió a la azotea del edificio —le ayudó que el piso estaba en la última planta— recordando sus tiempos de escalador en el ejército. Desde la azotea presencié toda la operación y el despliegue organizado por la Guardia Civil para, después, saltar de azotea en azotea con cuidado hasta encontrar una puerta, cuya cerradura forzó, para descender hasta la calle.

Dio un sorbo al chupito que le tranquilizó. Volvería a Madrid, eso lo tenía claro. Al día siguiente viajaría en coche y descansaría un par de días. Después ya tendría tiempo de pensar en qué ocupar su vida. Tenía un par de opciones sobre la mesa que le habían planteado en las últimas semanas, pero que había dejado en suspenso. Se trataba de cosas legales, un par de locales de moda que le habían ofrecido controlar los accesos y colaborar en su seguridad. El sueldo era mucho menos de lo que le pagaba — cuando le pagaba— Domingo por sus servicios, pero al menos era algo seguro y legal. Uno de los dueños de aquellos locales hasta le aseguró que podría conseguirle los papeles para que pudiera trabajar sin problemas en España.

Andréi se bebió el resto del chupito de otro golpe. Ya iba siendo hora de traer a su familia consigo, necesitaba tenerla cerca, y la oportunidad que se le presentaba era una buena manera de intentarlo. Tener a su familia a su lado es lo que más feliz le hacía en el mundo, y quería serlo. Ya no aspiraba a nada más en esta vida.



***Ansó,  
entrada la madrugada***

Tras recoger sus cosas, Germán abandonó el hostel donde se había alojado y caminó hacia el coche, que había aparcado cerca. Lo hizo con el ánimo derrotado tras comprobar que sí, que Laura había rehecho su vida con otra persona y que le demostraba un odio enfermizo. Un odio que hacía imposible una vuelta atrás, un regreso a tiempos mejores a sabiendas de que no existía ninguna base ni esperanza para hacerlo.

Para empezar, era consciente de su problema con la bebida, de que estaba enganchado a ella por la simple necesidad de olvidar lo que era, de evadirse de un presente que olía a desgracia, presintiendo un futuro que destilaba un aroma aún peor que el que le asfixiaba en aquel tiempo. ¿Soñar con volver a tener a Laura y a Clara a su lado? Una ilusión. Quizás la única aspiración a la que podía agarrarse era a la de dejar pasar unos meses, un respiro en el tiempo para, una vez restañadas las heridas, intentar arreglar las cosas entre ellos. Una entente cordial para, al menos, ver a su hija cada cierto tiempo, para no perderse más cosas de ella, cosas que ya eran irrecuperables. Tampoco aspiraba a más.

Metió la mochila en el coche y se sentó en el asiento del conductor de su coche adaptado. Suspiró con gravedad. Quería volver a Madrid lo antes posible y, además, no había vuelto a probar ni una gota de alcohol desde que se despertó tras la borrachera después de hablar con Domingo Sánchez. Una prueba de resistencia a la que se estaba sometiendo, un ejercicio de voluntad para demostrarle a Laura, llegado el tiempo, de que podría confiarle el cuidado de su hija durante un fin de semana, algunos días en verano. Tiempo para quererla, para cuidarla, para volver a sentirse su padre.

Metió la llave de contacto y arrancó el coche acompañado de las estrellas, que brillaban con intensidad en un cielo limpio de nubes. Antes de salir insertó un cedé en el reproductor musical, un compacto especial en el que había grabado algunas de las canciones que tanto les gustaban. El disco de nuestra vida, lo había llamado. Un disco que escucharon centenares de veces antes de que Laura se marchara de su lado, y que seguía escuchando porque cada una de las canciones grabada estaba preñada de recuerdos. *Where the streets has no name, Imagine, Hey Jude,*

*Enjoy the silence...* Canciones que cantaba con voz quebrada en ocasiones, que hacían que su alma se desgarrara en lágrimas de las que no se podía deshacer porque no tenía más que una mano útil para conducir. El recuerdo de Laura le causaba tanto daño...

Todas aquellas canciones le acompañaron en el camino de Ansó a Jaca y después en los primeros tramos de la E7. A pesar de no haber tráfico, circulaba por encima del límite de velocidad permitido bajo las estrellas, aguantando los envites en el alma que le propinaba cada canción. Quería llegar cuanto antes a Madrid. Fue escuchar *American Pie* ahora, más relajado que en el tramo desde Ansó hasta Jaca, y no poder reprimir el llanto de verdad, las lágrimas más agrias y dolorosas. Esa versión del tema de Don McLean que destrozó Just Luis con sus ritmos maquineros; el tema con el que se dieron el primer beso en aquel pub de la Playa del Arenal de Palma de Mallorca. Un beso que sabía a poco porque los dos sabían que habría más en cuanto salieran de aquel pub buscando cualquier lugar en el que comerse a besos sin más horizonte que el día siguiente.

No pudo más. Apoyó el brazo que tenía inútil en el volante para sostenerlo y con el otro limpiarse las lágrimas, y eso le restó la concentración y el tiempo necesarios para evitar al jabalí que, de manera repentina, se le cruzó en la carretera. Germán perdió el control de su coche, se salió de la vía y dio bastantes vueltas de campana hasta quedar volcado en un sembrado. Se hizo el silencio. Estaba aprisionado y le costaba respirar, y entonces sintió que la vida se le escapaba a chorros, tanto como la sangre que fluía por las múltiples heridas abiertas. Todo por culpa de otro maldito jabalí.

La última imagen que vio fue la de su hija Clara regalándole un beso desde la distancia. Germán sonrió. La imagen de su hija se deshizo poco a poco en medio de una claridad cada vez brillante. Entonces dejó de sentir el otro brazo y también las piernas y su propio cuerpo para experimentar una paz desconocida hasta entonces, y que le habría encantado disfrutar en vida.

Y con esa sonrisa en el rostro le encontraron al día siguiente, cuando unos ciclistas avisaron a la Guardia Civil después de avistar un coche volcado en un sembrado.

## EPÍLOGO

*Ansó,  
última hora de la tarde  
Finales del mes de mayo de 2017*

—¡Mami! ¡Ya ha llegado Marcos!

Clara saltó a los brazos del profesor en cuanto le vio entrar en la casa de su madre. Al abrazarla arrojó al suelo la chaqueta del traje que había decidido ponerse, con corbata incluida, para asistir a la reunión a la que estaba citado en Zaragoza a primera hora de mañana. Estaba harto de aquella prenda y también de la corbata, aunque ésta ya se la había desanudado casi desde que salió de la misma reunión, nada más entrar en el coche una vez concluida.

—¿Qué tal la reunión? —le saludó Jimena dándole un beso en los labios después de que Clara volviera al sofá, donde estaba viendo la televisión hasta que entró el profesor.

—Bien, bien... —respondió con una sonrisa—. Mejor de lo que esperaba.

—¿Sí? —insistió Jimena—. ¿Te han vuelto a dar la plaza?

—Mejor que eso —mientras hablaba, se dirigió a la cocina. Abrió la puerta de la nevera y sacó una cerveza—. Casi me han asegurado que la plaza es mía hasta que me harte.

—¿Vas a seguir siendo nuestro profesor? —le preguntó Clara.

—Así es.

La niña se levantó de nuevo para aferrarse a su cuerpo. Marcos se agachó para besarla.

—Pero aún no digas nada a nadie.

—¿Ni siquiera a Javi?

—A nadie.

—¡Bieeeeeen!

—Sospecho que nadie quiere venir aquí para dar clase...  
—expuso Jimena.

—Más o menos —sonrió Marcos—. En especial los jóvenes, los recién salidos de la universidad. Les echa atrás el clima, el que Ansó sea un pueblo tan pequeño. Y como soy joven y quiero seguir aquí, parece que no se van a complicar mucho en cuanto a buscar un profesor para el colegio.

—Pero ¿eso se puede hacer? —quiso saber Jimena.

—No lo sé, pero me imagino que sí. El inspector se ha remitido a mis informes, que son muy positivos. Cree que es bueno que siga aquí, así que no insistirán en la plaza. Que es mía, vamos.

—¡Marcos sigue siendo nuestro profesor! —empezó a gritar y a bailar Clara a la vez.

—Clara, ¿te has lavado las manos? Vamos a cenar en nada.

—¡Voooooy!

—Te quedas a cenar, ¿verdad?

La mirada de Jimena ardía. La suya era una de esas miradas llenas de felicidad, una mirada que no se podía explicar con palabras de la cantidad de sentimientos y sensaciones que encerraba. Marcos navegó en silencio por ella durante unos segundos en los que no se oyó más sonido en el salón que el de la televisión encendida. De pronto, un estallido líquido bañó aquella mirada vistiéndola de una energía que podría iluminar la casa entera de lo mucho que brillaba.

—Pues en principio pasaba sólo para daros la noticia.

—Quédate... —le pidió Jimena agarrándole de las manos. Su tono de voz, casi un susurro, sonaba a petición de compañía, a calor que se reclama porque es necesario para pasar ese momento o el que venga a continuación; para sentirse protegida cuando ese calor es lo que más se ansía y se necesita para seguir sintiéndose viva.

—Si te quedas, después de cenar te doy yo otra...

Jimena besó con dulzura los labios de Marcos.

—¿Y no me la puedes adelantar?

Bajó una de las manos de Marcos a su vientre, que sintió cómo se le erizaba la piel, cómo su cuerpo era devastado por un escalofrío tan brutal como agradable. Esa extraña sensación de estar esperando a lanzarse al vacío, pero con el miedo de no saber

a cuánta profundidad se enfrenta uno, aunque en el fondo esté deseando hacerlo, incluso tocar el fondo por muy profundo que esté, o quedarse sumergido en sus aguas porque es el mejor lugar que conoce para darse cuenta de lo bonita que puede llegar a ser la vida.

—Creo que esto sí que es un plan a largo plazo, ¿no? —le dijo Jimena.

Clara regresó al salón y presencié cómo Marcos volteaba a su madre en el aire como si se hubiera vuelto loco para, a continuación, dedicarle el beso más dulce que nunca hubiera dado a una mujer. Un beso que encerraba todo, que encerraba tantas cosas que la manera más sencilla de resumirla era esa, con un beso. Ahora era su mirada la que ardía, una mirada bañada en lágrimas de felicidad. La mirada de un hombre feliz, el más feliz del mundo. Un hombre encantado de saber que la vida podía ser tan maravillosa como quisiera.

Tras la cena, Clara se fue a acostar y Marcos y Jimena salieron a dar un paseo. La noche era agradable, aunque la rebeca con la que ella se cubría los brazos no le sobraba. Pasearon cogidos de la mano durante un rato sin decirse nada. Sólo se miraban y sonreían. Un actor dijo en una ocasión que le encantaba que los planes salieran bien, y a Marcos no le importaba que fueran a corto o a largo plazo. Sin preverlo, les había surgido uno como el primero que proclamaba aquel actor, y tenía pinta de ser de los segundos.

Pasado un rato se miraron de nuevo, y sin decirse nada, dedicándose sólo una sonrisa, volvieron a casa, puesto que Clara ya estaría durmiendo. Por sus miradas supieron que sus cuerpos habían entrado en combustión y se necesitaban para apagar la pasión que amenazaba por consumirlos por completo. Ya sin obstáculos, con la seguridad de un futuro fijado y sin más barrera que los sueños, Marcos y Jimena se abrazaron en la cama y dejaron que la noche y sus secretos dieran paso a una madrugada que les revelaría lo mucho que se amaban, pero no menos de lo que se amarían durante la vida que les quedaba por vivir juntos.

Fue al ver entrar el primer rayo de luz del día a través de la ventana, con Jimena durmiendo a su lado vencida por el cansancio, cuando Marcos asintió en silencio mirándola embelesado. Ansó,

Jimena y Clara le habían abierto las puertas de esa felicidad de la que ya nunca más volvería a apearse.

## AGRADECIMIENTOS

Esta novela le debe mucho a tres personas: a la escritora Abril Laínez, que me animó a dar el paso y a plasmar en papel las historias que tengo en la cabeza producto de tantas y tantas lecturas, además de aportar sugerencias a la trama; a María, por su lectura y aportaciones al texto; y a Estudio Álamo, por su maquetación y la preciosa portada que ha diseñado.

Y, en especial, a ti, que has apostado por ella como lectura. Tanto si te ha gustado como si no, me haría mucha ilusión que me lo hicieras saber a mi correo [cristina.duran.escritora@gmail.com](mailto:cristina.duran.escritora@gmail.com) o a través de mis redes sociales:

Facebook: <https://www.facebook.com/cristina.duran.escritora>

Instagram: [cristinaduranescritora](https://www.instagram.com/cristinaduranescritora)

¡Tu opinión es muy importante para mí!

¡Gracias por tu confianza y por tu lectura!

Cris

---

[1] A menudo, en ansotano.

[2] Parada, en ansotano.

[3] Mi princesa.

[5] Mierda, en ruso.

[6] Que Dios se apiade de mí.